# La mujer rota

## La edad de la discreción
## Monólogo

Simone de Beauvoir

*La mujer rota* reúne tres relatos o novelas breves en los que Simone de Beauvoir expone de una manera directa y sin artificios una temática genuinamente femenina y feminista. Se trata de tres relatos muy distintos entre sí, protagonizados por tres mujeres también muy diferentes, pero que, al fin y al cabo, ejemplifican un mismo conflicto: la anulación de la personalidad mediante relaciones amorosas absorbentes, que acaban por convertirse en una trampa de la que será muy difícil escapar. Frente a ello, Simone de Beauvoir aboga por la participación activa de la mujer en la sociedad como único modo posible de alcanzar la libertad.

Junto al acertado empleo de las técnicas del monólogo interior y la habilidad de la autora para reflejar la interioridad de los personajes mediante sus acciones. *La mujer rota* destaca en la obra de Simone de Beauvoir por la aparente simplicidad de la prosa y por la densidad de significados que encierra.

Simone de Beauvoir

# La mujer rota

## La edad de la discreción. Monólogo

**ePub r1.1**
**orhi** 21.08.2019

Título original: *L'âge de la discretion. Monologue. La femme rompue*
Simone de Beauvoir, 1967
Traducción: Dolores Sierra & Neus Sánchez
Retoque de portada: Meddle

Editor digital: orhi
ePub base r2.1

# LA EDAD DE LA DISCRECIÓN

¿Mi reloj está parado? No. Pero las agujas no dan la sensación de girar. No mirarlas. Pensar en otra cosa, en cualquier cosa: en este día detrás de mí, tranquilo y cotidiano, a pesar de la agitación de la espera.

Enternecimiento al despertar. André estaba acurrucado en la cama, los ojos cubiertos con una venda, la mano apoyada en la pared, con gesto infantil, como si en la confusión del sueño hubiera necesitado experimentar la solidez del mundo. Me he sentado al borde de la cama, he apoyado la mano sobre su hombro. Se ha arrancado la venda, una sonrisa se ha dibujado sobre su rostro atolondrado.

—Son las ocho.

He instalado en la biblioteca la bandeja del desayuno; he tomado un libro recibido la víspera y ya a medias hojeado. ¡Qué fastidio todas esas cantinelas sobre la incomunicación! Si uno quiere comunicarse, generalmente se logra. No con todo el mundo, ciertamente, pero sí con dos o tres personas. A veces oculto a André caprichos, nostalgias, inquietudes menores; sin duda él también tiene sus pequeños secretos, pero a grandes rasgos no ignoramos nada el uno del otro. He servido en las tazas, té de China muy caliente, muy cargado. Lo hemos bebido revisando nuestro correo; el sol de julio entraba a raudales en el cuarto. ¿Cuántas veces nos habíamos sentado frente a frente ante esta mesita, delante de las tazas de té muy cargado, muy caliente? Y otra vez mañana, dentro de un año, dentro de diez años… Ese instante tenía la dulzura de un recuerdo y la alegría de una promesa. ¿Teníamos treinta años, o sesenta? Los cabellos de André se han encanecido tempranamente: en otra época, esa nieve que realzaba la frescura mate de su piel parecía una coquetería. Sigue siendo una coquetería. La piel se ha endurecido y agrietado, viejo cuero, pero la sonrisa de la boca y de los ojos ha conservado la luz. A pesar de los desmentidos del álbum de fotografías, su imagen juvenil concuerda con su rostro de hoy: mi mirada no le conoce edad. Una larga vida con risas, lágrimas, cóleras, abrazos, confesiones, silencios, impulsos, y a veces parece que el tiempo no hubiera pasado. El porvenir todavía se extiende hasta el infinito. Se ha levantado:

—Buena suerte con el trabajo —me ha dicho.

—Tú también: buen trabajo.

No ha contestado. En esa clase de búsqueda, forzosamente hay períodos en los cuales no se adelanta; uno se resigna a eso con menos facilidad que antes.

He abierto la ventana. París olía a asfalto y a tormenta, abrumado por el pesado calor del verano. He seguido a André con la mirada. Es quizá durante esos instantes, cuando lo veo alejarse, cuando él para mí existe con la más trastornadora evidencia; la alta silueta se empequeñece, dibujando a cada paso el camino de su regreso; desaparece, la calle parece vacía pero en realidad se trata de un campo de fuerzas que lo conducirá otra vez hacia mí como a su sitio natural; esta certidumbre me conmueve aún más que su presencia.

Me he quedado un largo rato en el balcón. Desde mi sexto piso descubro un gran pedazo de París, el vuelo de las palomas por encima de los techos de pizarra y esas

falsas macetas que son chimeneas. Rojas o amarillas, las grúas (cinco, nueve, diez, cuento diez) obstruyen el cielo con sus brazos de hierro; a la derecha, mi mirada tropieza con una alta muralla perforada por pequeños agujeros: un inmueble nuevo; descubro también torres prismáticas, rascacielos recientemente edificados. ¿Desde cuándo el terraplén del bulevar Edgar-Quinet se transformó en un párking? La frescura de ese paisaje me salta a la vista, y sin embargo, no me acuerdo de haberlo visto distinto. Me gustaría contemplar uno al lado de otro los dos grabados: antes, después, y asombrarme de sus diferencias. Pero no. El mundo se crea bajo mis ojos en un eterno presente; me habitúo tan rápidamente a sus rostros que no advierto que cambian.

Sobre mi mesa, los ficheros, el papel blanco me invitaban a trabajar; pero las palabras que bailaban en mi cabeza me impedían concentrarme. «Philippe estará aquí esta noche.» Casi un mes de ausencia. He entrado en su habitación, donde todavía había libros, papeles, un viejo pulóver gris, un pijama violeta, este dormitorio que no me decido a transformar porque no tengo tiempo ni dinero, porque no quiero creer que Philippe haya dejado de pertenecerme. He vuelto a la biblioteca impregnada por un gran ramo de rosas frescas e inocentes como lechugas. Me sentía sorprendida de que este apartamento jamás me hubiera parecido desierto. Nada faltaba. Miraba cariñosamente los colores ácidos y tiernos de los cojines diseminados sobre los divanes; las muñecas polacas, los bandoleros eslovacos, los gallos portugueses ocupaban modosamente sus sitios. «Philippe estará aquí…» Me he quedado desamparada. La tristeza puede llorarse. Pero la impaciencia de la alegría no es fácil de conjurar.

He decidido salir a respirar el olor del verano. Un negro alto, vestido con un impermeable azul eléctrico y cubierto con un gorro gris, barría indolentemente la acera: antes, era un argelino color gris oscuro. En el bulevar Edgar-Quinet me he unido al bullicio de las mujeres. Como ya casi no salgo por la mañana, el mercado me parecía exótico (tantos mercados por la mañana, bajo tantos cielos). Una viejecita renqueaba de una carnicería a otra con sus mechones tirados hacia atrás, apretando el asa de su bolsa vacía. En otros tiempos no me inquietaba por los ancianos; los tomaba por muertos cuyas piernas aún caminan; ahora los veo: hombres, mujeres, apenas un poco más viejos que yo. A ésta ya la había observado el día en que había pedido sobras para sus gatos al carnicero. «¡Para sus gatos! —dijo cuando ella salió—. No tiene gato. ¡Va a cocinarse uno de esos guisotes!» Al carnicero le parecía divertido. Luego recogería los desperdicios bajo las tablas de la carne antes de que el enorme negro hubiera barrido todo a la alcantarilla. Sobrevivir con ciento ochenta francos por mes: hay más de un millón en ese mismo caso; y otros tres millones apenas menos necesitados.

He comprado frutas, flores, he callejeado. Jubilarse, suena un poco como ser tirado al canasto; la palabra me helaba. La extensión de mis ocios me horrorizaba. Estaba equivocada. El tiempo me queda un poco holgado de hombros, pero me las

arreglo. ¡Y qué placer vivir sin consigna, sin apremio! En ocasiones, a pesar de todo, el estupor me gana. Me acuerdo de mi primer puesto, mi primera clase, las hojas muertas que crujían bajo mis pies en el otoño provinciano. Entonces el día de la jubilación —que un lapso dos veces tan largo, o casi, como mi vida anterior separaba de mí— me parecía irreal como la muerte misma. Y he aquí que hace un año que ha llegado. He cruzado otras líneas, pero más imprecisas. Ésta tiene la rigidez de una trampa de hierro.

He regresado, me he sentado a mi mesa: sin trabajo, hasta esta alegre mañana me hubiera parecido insulsa. Hacia la una hice un alto para poner la mesa en la cocina: totalmente igual a la cocina de la abuela, en Milly —quisiera volver a ver Milly— con su mesa de granja, los bancos, los cobres, el techo con las vigas al descubierto; sólo que hay un horno de gas en lugar de una cocina de hierro fundido, y un frigorífico. (¿En qué año aparecieron en Francia los frigoríficos? Compré el mío hace diez años, pero ya era un artículo corriente. ¿Desde cuándo? ¿Antes de la guerra? ¿Inmediatamente después? De nuevo una de esas cosas de las que ya no me acuerdo.)

André ha llegado tarde, me había avisado: al salir del laboratorio había tomado parte en una reunión sobre la fuerza disuasiva. He preguntado:

—¿Ha estado bien?

—Hemos estado redactando un nuevo manifiesto. Pero no me hago ilusiones. No tendrá más eco que los otros. A los franceses les importa un pito. La fuerza disuasiva, la bomba atómica en general, todo. A veces tengo ganas de salir volando a otra parte: a Cuba, a Malí. No, seriamente, sueño con ello. Allá uno quizá pueda ser útil.

—No podrías trabajar más.

—No sería una gran desgracia.

He dejado sobre la mesa la ensalada, el jamón, el queso, la fruta.

—¿Tan descorazonado estás? No es la primera vez que no dan en el clavo.

—No.

—… ¿Entonces?

—No quieres comprender.

Me repite a menudo que ahora todas las ideas nuevas vienen de sus colaboradores, que está demasiado viejo para inventar: no lo creo.

—¡Ah!, veo lo que piensas —dije—. No lo creo.

—Estás equivocada. Tuve mi última idea hace quince años.

Quince años. Ninguno de los períodos de depresión que ha atravesado ha durado tanto tiempo. Pero en el punto al que ha llegado, sin duda, tiene necesidad de esta pausa para reencontrar una inspiración nueva. Pienso en los versos de Valéry:

> Cada átomo de silencio
> es la posibilidad de un fruto maduro.

De esta lenta gestación van a nacer frutos inesperados. Esta aventura de la cual he participado apasionadamente no ha terminado: la duda, el fracaso, el tedio de los estancamientos, luego una luz entrevista, una esperanza, una hipótesis confirmada; después de semanas y meses de paciencia ansiosa, la embriaguez del éxito. No comprendía gran cosa de los trabajos de André, pero mi confianza testaruda fortificaba la suya. Permanece intacta. ¿Por qué ya no puedo comunicársela? Me niego a creer que nunca más veré brillar en sus ojos la alegría febril del descubrimiento.

Dije:

—Nada prueba que no tengas un segundo empuje.

—No. A mi edad uno tiene hábitos mentales que frenan la invención. Y de año en año me vuelvo más ignorante.

—Volveremos a hablar dentro de diez años. Harás tal vez tu más grande descubrimiento a los setenta años.

—Siempre tu optimismo: te garantizo que no.

—¡Siempre tu pesimismo!

Nos hemos reído. Sin embargo, no hay de qué reír. El derrotismo de André es infundado, por una vez carece de rigor. Sí, Freud escribió en sus cartas que a una cierta edad no se inventa nada más y que es desolador. Pero él era entonces mucho más viejo que André. No importa: injustificada, esta morosidad no me entristece menos. Si André se abandona a ella significa que de una manera general está en crisis. Me sorprende, pero el hecho es que no se resigna a haber sobrepasado los sesenta años. A mí, miles de cosas me divierten todavía; a él, no. Antiguamente se interesaba por todo; ahora es toda una historia arrastrarlo a ver una película, a una exposición, a casa de amigos.

—Qué lástima que ya no te guste pasear —he dicho—. ¡Los días son tan hermosos! Hace un momento pensaba que me hubiera gustado volver a Milly y al bosque de Fontainebleau.

—Eres sorprendente —me ha respondido con una sonrisa—. ¡Conoces toda Europa y querrías volver a ver los alrededores de París!

—¿Por qué no?, la colegiata de Champeaux no es menos hermosa porque yo haya subido a la Acrópolis.

—Bueno, cuando el laboratorio cierre, dentro de cuatro o cinco días, te prometo un gran paseo en coche.

Tendríamos tiempo para hacer más de uno, puesto que nos quedamos en París hasta principios de agosto. ¿Pero tendrá ganas? Le he preguntado:

—Mañana es domingo. ¿No estás libre?

—¡No, por desgracia! Ya sabes, por la noche hay esa conferencia de prensa sobre el *apartheid*. Me han traído una cantidad de documentos que todavía no he mirado.

Prisioneros políticos españoles, detenidos portugueses, iraníes perseguidos, rebeldes congoleños, cameruneses, guerrilleros venezolanos, peruanos, colombianos,

siempre está dispuesto a ayudarlos en la medida de sus fuerzas. Reuniones, manifiestos, mítines, octavillas, delegaciones, nada le desanima.

—Trabajas demasiado.

—¿Por qué demasiado? ¿Qué otra cosa hacer?

¿Qué hacer cuando el mundo se ha descolorido? No queda más que matar el tiempo. Yo también atravesé un mal período, hace diez años. Estaba asqueada de mi cuerpo, Philippe se había vuelto un adulto, después del éxito de mi libro sobre Rousseau me sentía vacía. Envejecer me angustiaba. Y después emprendí un estudio sobre Montesquieu, logré que Philippe se diplomara, hacerle comenzar una tesis. Me confiaron unas clases en la Sorbona que me interesaron aún más que el liceo. Me resigné a mi cuerpo. Me pareció resucitar. Y actualmente, si André no tuviera una conciencia tan aguda de su edad, olvidaría fácilmente la mía.

Ha vuelto a salir y me he quedado todavía un largo rato en el balcón. He mirado girar sobre el fondo azul del cielo una grúa color minio. He seguido con la mirada a un insecto negro que trazaba en el azul un ancho surco espumoso y helado. La perpetua juventud del mundo me corta el aliento. Cosas que amaba han desaparecido. Muchas otras me han sido dadas. Ayer al anochecer, subía por el bulevar Raspail y el cielo era carmesí; me parecía caminar sobre un planeta extraño donde la hierba habría sido violeta, la tierra azul: los árboles escondían el parpadeo rojizo de un cartel de neón. Andersen se maravillaba, a los sesenta años, de atravesar Suecia en menos de veinticuatro horas mientras que en su juventud el viaje duraba una semana. He conocido semejantes deslumbramientos: ¡Moscú a tres horas y media de París!

Un taxi me ha conducido al parque Montsouris, donde tenía cita con Martine. Al entrar en el jardín el olor de la hierba cortada me ha llegado al corazón: olor a los pastos de alta montaña por donde caminaba, mochila a la espalda con André, tan conmovedor por tratarse del olor de las praderas de mi infancia. Reflejos, ecos, repitiéndose hasta el infinito: he descubierto la dulzura de tener tras de mí un largo pasado. No tengo tiempo de narrármelo, pero a menudo fortuitamente lo percibo como transparente en el fondo del momento presente; le da su color, su luz, como las rocas o las arenas se reflejan en el tornasolado mar. Otras veces me ilusionaba con proyectos, promesas; ahora la sombra de los días idos amortiguaba mis emociones, mis placeres.

En la terraza del café-restaurante, Martine bebía un zumo de limón. Espesos cabellos negros, ojos azules, un vestido corto con franjas anaranjadas y amarillas, tirando un poco a violeta: una hermosa y joven mujer. Cuarenta años. A los treinta años yo había sonreído, cuando el padre de André había tratado de «hermosa y joven» a una cuarentona; y las mismas palabras me venían a los labios a propósito de Martine. Actualmente, casi todo el mundo me parece joven. Me ha sonreído:

—¿Me ha traído su libro?

—Por supuesto.

Ha mirado la dedicatoria:

—Gracias —me ha dicho con voz emocionada, y ha agregado—: Tengo mucha impaciencia por leerlo. Pero este final de curso está muy cargado. Tendré que esperar al catorce de julio.

—Me gustaría conocer su opinión.

Tengo gran confianza en su juicio: es decir, que estamos casi siempre de acuerdo. Me sentiría en un plano de mayor igualdad con ella si no conservara aún hacia mí esa vieja deferencia entre alumna y profesora, si bien ella ya lo es, además de estar casada y ser madre de familia.

—Es difícil hoy día enseñar literatura. Sin sus libros, no sabría verdaderamente cómo arreglármelas. —Me ha preguntado tímidamente—: ¿Está contenta con éste?

Una pregunta permanecía en sus ojos sin que osara formularla. He tomado la iniciativa. Sus silencios me animan a hablar más que muchas preguntas atolondradas.

—Usted sabe lo que he querido hacer: a partir de una reflexión sobre las obras críticas publicadas desde la guerra, proponer un nuevo método que permita penetrar en la obra de un autor de una manera más exacta de lo que hasta ahora se ha hecho. Espero haberlo logrado.

Era más que una esperanza: una convicción. Me llenaba de sol el corazón. Qué hermoso día, y me gustaban esos árboles, ese césped, estas alamedas donde tan a menudo me había paseado con mis camaradas, con amigos. Algunos han muerto o bien nuestras vidas se han alejado. Por suerte, al contrario de André, que ya no ve a nadie, he seguido unida a algunos alumnos y a colegas jóvenes; los prefiero a las mujeres de mi edad. Su curiosidad vivifica la mía, y me arrastran tras de su porvenir, más allá de mi tumba.

Martine ha acariciado el volumen con la palma de la mano.

—A pesar de todo, voy a echarle un vistazo esta misma noche. ¿Lo ha leído alguien?

—Sólo André. Pero la literatura no le apasiona.

Ya nada le apasiona. Y es tan derrotista conmigo como con él mismo. Sin decírmelo, en el fondo está convencido de que todo cuanto yo haga en adelante no añadirá nada a mi reputación. No me perturba porque sé que se equivoca. Acabo de escribir mi mejor libro y el segundo tomo irá todavía más lejos.

—¿Su hijo?

—Le envié un paquete de pruebas. Me hablará de ello: regresa esta noche.

Hemos hablado de Philippe, de su tesis, de literatura. Como yo, ella ama las palabras y las personas que saben servirse de ellas. Lo que pasa es que se deja devorar por su profesión y su hogar. Me ha acompañado hasta casa en su pequeño Austin.

—¿Vuelve pronto a París?

—No creo. De Nancy iré directamente a descansar a Yonne.

—¿Trabajará algo durante las vacaciones?

—Me gustaría mucho. Pero siempre estoy corta de tiempo. No tengo su energía.

No es una cuestión de energía, me dije al dejarla: no podría vivir sin escribir. ¿Por qué? ¿Y por qué me he encarnizado en hacer de Philippe un intelectual, cuando André lo hubiera dejado lanzarse a otros caminos? Niña, adolescente, los libros me salvaron de la desesperación; eso me ha persuadido de que la cultura es el más alto de los valores, y no logro considerar esta convicción con mirada crítica.

En la cocina, Marie-Jeanne se atareaba en preparar la cena: en el menú, los platos preferidos de Philippe. He verificado que todo fuera bien, he leído los diarios y resuelto unos difíciles crucigramas que me han retenido tres cuartos de hora; a veces me divierte quedarme largo rato inclinada sobre un casillero donde las palabras están virtualmente presentes, aunque invisibles; para hacerlas aparecer, empleo mi cerebro como un revelador; me parece arrancarlas de la espesura del papel, donde se habrían escondido.

Rellena la última casilla, he elegido en mi guardarropa mi vestido más bonito, de seda gris y rosa. A los cincuenta años mis vestidos me parecían siempre demasiado tristes o demasiado alegres; ahora sé lo que me está permitido o prohibido, me visto sin problemas. Sin placer también. Esa relación íntima, casi tierna, que antes tenía con mi ropa ha desaparecido. Sin embargo, he contemplado con satisfacción mi silueta. Fue Philippe quien un día me dijo: «Vaya, estás engordando». (Casi no parece haber notado que he recuperado la línea.) Me sometí a un régimen, compré una balanza. Antes no me imaginaba que me inquietaría alguna vez por mi peso. ¡Y aquí estoy! Cuanto menos me reconozco en mi cuerpo, más obligada me siento a ocuparme de él. Está a mi cargo y lo cuido con una dedicación aburrida, como a un viejo amigo poco favorecido, algo disminuido, que tuviera necesidad de mí.

André ha traído una botella de Mumm que he puesto a enfriar, hemos charlado un poco y llamado por teléfono a su madre. Lo hace a menudo. Ella está más sana que una manzana; aún milita enérgicamente en las filas del PC; pero, con todo, tiene ochenta y cuatro años, vive sola en su casa de Villeneuve-lés-Avignon: él se inquieta un poco por ella. Reía en el teléfono, yo les escuchaba lanzar exclamaciones, protestar, pero pronto se callaba: Manette es voluble cada vez que se le presenta la ocasión.

—¿Qué ha dicho?

—Está cada vez más convencida de que de un día a otro cincuenta millones de chinos van a franquear la frontera rusa. O si no, arrojarán una bomba en cualquier parte por el placer de hacer estallar una guerra mundial. Me acusa de tomar partido por ellos: imposible convencerla de que no.

—¿Está bien? ¿No se aburre?

—Estará encantada de vernos; en cuanto al aburrimiento, ignora lo que es.

Maestra, tres hijos, la jubilación ha sido una felicidad que todavía no ha agotado. Hablamos de ella y de los chinos, sobre quienes estamos tan mal informados como todo el mundo. André ha abierto una revista. Y aquí estoy, mirando mi reloj cuyas agujas no dan la sensación de girar.

Ha aparecido de pronto; cada vez me sorprende encontrar en su rostro, armoniosamente fundidos, los rasgos disímiles de mi madre y de André. Me ha abrazado muy fuerte diciendo palabras joviales y me he abandonado a la ternura de la chaqueta de franela contra mi mejilla. Me he separado de él para abrazar a Irène; ella me sonreía con una sonrisa tan helada que me ha sorprendido sentir bajo mis labios una mejilla dulce y cálida. Irène. La olvido siempre; está siempre allí. Rubia, ojos gris-azul, boca suave, mentón agudo, y en su frente demasiado amplia algo al mismo tiempo vago y obstinado. La he borrado rápidamente. Estaba sola con Philippe, como en aquel tiempo cuando le despertaba cada mañana con una caricia sobre la frente.

—¿Ni siquiera una gota de whisky? —ha preguntado André.

—Gracias. Tomaré un zumo de fruta. —¡Qué razonable es! Vestida, peinada con una razonable elegancia, el cabello liso, un mechón que oculta su gran frente, maquillaje ingenuo, trajecito austero. Me sucede a menudo, cuando hojeo una revista femenina, decirme: «¡Vaya! Es Irène». Al verla también me ocurre reconocerla con dificultad. «Es mona», afirma André. Ciertos días estoy de acuerdo: delicadeza de las orejas y de las fosas nasales, la ternura nacarada de la piel que subraya el azul oscuro de las pestañas. Pero si mueve un poco la cabeza, el rostro huye, no se percibe más que esa boca, ese mentón. Irène. ¿Por qué? ¿Por qué Philippe siempre se ha relacionado con esa clase de mujeres, elegantes, distantes, esnobs?

Sin duda, para probarse a sí mismo que era capaz de seducirlas. No se ataba a ellas. Yo pensaba que si se atara… Pensaba que no se ataría, y una noche me dijo: «Voy a anunciarte una gran noticia», con el aspecto algo sobreexcitado de un niño que en un día de fiesta ha jugado demasiado, reído demasiado, gritado demasiado. Hubo ese golpe de gong en mi pecho, sangre en mis mejillas, todas mis fuerzas tensas para reprimir el temblor de mis labios. Una noche de invierno, las cortinas corridas, la luz de las lámparas sobre el arco iris de los almohadones y ese abismo de ausencia repentinamente abierto. «Te gustará: es una mujer que trabaja.» Ella trabaja de vez en cuando como *script-girl*. Conozco a esas jóvenes «a la moda». Tienen una vaga profesión, pretenden cultivarse, hacer deportes, vestirse bien, mantener impecable su apartamento, educar perfectamente a sus hijos, llevar una vida mundana; en una palabra, éxito en todos los planos. Y no tienen verdadero interés por nada. Me hielan la sangre.

Habían partido para Cerdeña el día en que la facultad cerraba sus puertas, a principios de junio. Mientras cenábamos alrededor de esta mesa donde tan a menudo he hecho comer a Philippe (vamos, termina esa sopa; toma otro poco de carne; come algo antes de salir para tu clase), hemos hablado de su viaje —hermoso regalo de bodas ofrecido por los padre de Irène, ellos tienen dinero—. Ella callaba mucho, como una mujer inteligente que sabe esperar el momento de colocar una observación astuta, algo sorprendente; de vez en cuando soltaba una frasecita, sorprendente —en mi opinión, al menos— por su tontería o su banalidad.

Hemos vuelto a la biblioteca. Philippe ha echado un vistazo sobre mi mesa.

—¿Has trabajado mucho?

—Todo va bien. ¿No has tenido tiempo de leer mis pruebas?

—No, figúrate. Lo siento muchísimo.

—Leerás el libro. Tengo un ejemplar para ti.

Su negligencia me ha entristecido un poco, pero no lo he demostrado; le he dicho:

—¿Y ahora, vas a volver seriamente a tu tesis?

No ha respondido. Ha cambiado una rara mirada con Irène.

—¿Qué hay? ¿Volvéis a salir de viaje?

—No. —Nuevamente un silencio, y ha dicho con un poco de fastidio—: ¡Ah!, vas a enfadarte; me lo reprocharéis, pero durante este mes he tomado una decisión. Resulta muy pesado conciliar un puesto de asistente y una tesis. Ahora bien, sin tesis, la universidad no me ofrece un porvenir interesante. Voy a dejarla.

—¿Qué estás diciendo?

—Voy a abandonar la universidad. Soy aún lo bastante joven como para orientarme en otro sentido.

—Pero no es posible. A esta altura no vas a perderlo todo —dije con indignación.

—Compréndeme. Antes, el profesorado era una profesión de oro. Ahora soy el único que encuentra imposible ocuparse de sus alumnos y trabajar para sí: son demasiado numerosos.

—Eso es cierto —dijo André—. Treinta alumnos es treinta veces un alumno. Cincuenta es una multitud. Pero seguramente se puede encontrar una salida que te permita tener más tiempo para ti y terminar tu tesis.

—No —dijo Irène con tono tajante—. La enseñanza, la investigación, realmente están muy mal remuneradas. Tengo un primo químico. En el CNRS[1] ganaba ochocientos francos por mes. Ha entrado en una fábrica de colorantes: gana tres mil.

—No es solamente una cuestión de dinero —dijo Philippe.

Por supuesto. También cuenta estar en la realidad. En pequeñas frases mesuradas ella ha dado a entender lo que pensaba de nosotros. Eso sí: lo ha dicho con tacto, ese tacto que uno ve venir de lejos. (No quiero de ninguna manera herirlos, no me tengan rabia, sería injusto, sin embargo hay cosas que hace falta decirles y si no me contuviera diría bastantes más.) André, desde luego, es un gran sabio, y yo para ser mujer, no he tenido poco éxito. Pero vivimos separados del mundo, en laboratorios y bibliotecas. La joven generación de intelectuales quiere estar en contacto directo con la sociedad. Philippe, con su dinamismo, no está hecho para nuestro género de vida, hay otras carreras donde podría dar mucho más la medida de su capacidad.

—En fin, una tesis es algo caduco —concluyó. ¿Por qué a veces ella profiere tales enormidades?

Irène no es tan estúpida. Existe, cuenta, ha anulado la victoria que yo había obtenido con Philippe, contra él, para él. Un largo combate, a veces tan duro para mí. «No logro hacer esta disertación, me duele la cabeza, ponme una nota diciendo que estoy enfermo.» «No.» El dulce rostro de adolescente se crispaba, envejecía, los ojos

verdes me asesinaban: «No eres amable». André intervenía. «Por una vez…» «No.» Mi desamparo en Holanda durante esas vacaciones de Pascuas en las que dejamos a Philippe en París. «No quiero que tu diploma sea una chapuza.» Y él había gritado con odio: «No me lleves, me importa tres pitos, no escribiré una línea». Y luego sus éxitos, nuestra armonía. Nuestra armonía que Irène está quebrando. Me lo arranca por segunda vez. No quería estallar delante de ella, me he dominado.

—Entonces, ¿qué tienes intención de hacer?

Irène iba a responder, Philippe la ha cortado.

—El padre de Irène tiene en vista diferentes cosas.

—¿De qué tipo? ¿En los negocios?

—Es impreciso todavía.

—Has hablado de eso con él antes de tu viaje. ¿Por qué no nos has dicho nada a nosotros?

—Quería reflexionar.

He tenido un sobresalto de cólera; era inconcebible que no me hubiera consultado desde que la idea de abandonar la universidad había brotado en su cabeza.

—Vosotros me censuráis naturalmente —dijo Philippe con aire irritado.

El verde de sus ojos tomaba ese color de tormenta que conozco bien.

—No —dijo André—. Hay que hacer lo que uno tiene ganas de hacer.

—¿Tú me censuras?

—Ganar dinero no me parece una finalidad exaltante. Estoy sorprendida.

—Te he dicho que no se trataba solamente de dinero.

—¿De qué, estrictamente? Precísalo.

—No puedo. Es necesario que vuelva a ver a mi suegro. Pero aceptaré lo que me proponga sólo si encuentro interés en ello.

He discutido aún un poco, lo más serenamente posible, tratando de convencerlo del valor de su tesis, recordándole antiguos proyectos de ensayos, de estudios. Ha respondido cortésmente, pero mis palabras resbalaban sobre él. No, no me pertenecía ya, para nada. Incluso su aspecto físico había cambiado: otro corte de pelo, ropa más a la moda, el estilo del distrito XVI. Yo he sido quien ha dado forma a su vida. Ahora, asisto a ella desde fuera como un testigo distante. Es la suerte común a todas las madres: ¿pero, quién no se ha consolado nunca diciéndose que su suerte es la suerte común?

André ha esperado el ascensor con ellos y yo me he desplomado sobre el diván. Este vacío, otra vez… El bienestar del día, esa plenitud en el centro de la ausencia no era más que la certeza de tener a Philippe aquí por algunas horas. Lo había esperado como si él regresara para no volver a irse: volverá a irse siempre. Y nuestra ruptura es mucho más definitiva de lo que había supuesto. Yo no participaré en su trabajo, ya no tendremos los mismos intereses. ¿Es que el dinero cuenta hasta ese punto para él? ¿O no hace más que ceder ante Irène? ¿La ama tanto? Habría que conocer sus noches. Sin duda ella sabe colmar a la vez su cuerpo y su orgullo: bajo sus apariencias

mundanas, la imagino capaz de desenfrenos. Tengo tendencia a subestimar la importancia del lazo que crea en una pareja la felicidad física. La sexualidad para mí ya no existe. Llamaba serenidad a esta indiferencia; repentinamente, la entendí de otra manera: es una carencia, la pérdida de un sentido; eso me vuelve ciega a las necesidades, a los dolores, a las alegrías de quienes la poseen. Me parece no saber ya nada de Philippe. Una sola cosa es segura: ¡cómo va a faltarme! Es quizá gracias a él que yo me adaptaba, o algo así, a mi edad. Me arrastraba a su juventud. Me llevaba a las Veinticuatro Horas de Le Mans, a las exposiciones de *op-art*, y hasta a un *happening*. Su presencia agitada, inventiva, colmaba toda la casa. ¿Me acostumbraré a este silencio, al curso formal de los días que ningún imprevisto quebrará ya?

He preguntado a André:

—¿Por qué no me has ayudado a hacer entrar en razón a Philippe? Has cedido enseguida. Tal vez entre los dos podríamos haberlo convencido.

—Es necesario dejar a la gente en libertad. Nunca ha tenido muchas ganas de ser profesor.

—Pero su tesis le interesaba.

—Hasta cierto punto, muy incierto. Lo comprendo.

—Comprendes a todo el mundo.

En el pasado, André era tan intransigente para con los demás como para consigo mismo. Ahora, sus posiciones políticas no han cedido, pero en su vida privada no reserva más que para sí su severidad; excusa, explica, acepta a la gente. Algunas veces hasta el punto de exasperarme. He continuado:

—¿Crees que ganar dinero es un objetivo suficiente en la vida?

—No sé demasiado bien cuáles han sido nuestros objetivos ni si eran suficientes.

¿Pensaba lo que decía o se divertía provocándome? Le ocurre cuando me encuentra demasiado obstinada en mis opiniones y mis principios. En general, dejo de buena gana que me hostigue, entro en el juego. Pero en esta oportunidad no estaba de humor para bromear. Mi voz subió de tono:

—¿Por qué hemos vivido como lo hemos hecho, si te parece igualmente bien vivir de otra manera?

—Porque *nosotros* no hubiéramos podido.

—No hubiéramos podido, porque nuestro género de vida nos parecía válido.

—No. Para mí, conocer, descubrir, era una manía, una pasión, o incluso una especie de neurosis, sin ninguna justificación moral. Nunca he pensado que todo el mundo debería imitarme.

En el fondo, yo pienso que todo el mundo debería imitarnos, pero no he querido discutirlo.

—No se trata de todo el mundo, sino de Philippe. Va a transformarse en un hombre de negocios, y yo no lo he educado para eso.

André reflexionaba.

—Es molesto para un joven tener padres que todo lo han conseguido demasiado bien. No se atreve a creer que marchando sobre sus huellas los igualará. Prefiere apostar a otros números.

—Philippe empezaba muy bien.

—Lo ayudabas, trabajaba a tu sombra. Francamente, sin ti no habría ido lejos y es bastante perspicaz para darse cuenta.

Siempre había habido esta sorda oposición entre nosotros, a propósito de Philippe. Quizás André se había sentido contrariado por el hecho de que él hubiera elegido las letras y no la ciencia; o era la clásica rivalidad padre-hijo que se manifestaba: había tenido siempre a Philippe por un mediocre, lo que era una manera de aguijonearlo hacia la mediocridad.

—Ya sé —he dicho—. Nunca le has tenido confianza. Y si duda de sí es porque se ve por tus ojos.

—Puede ser —dijo André con tono conciliador.

—De todas maneras, la gran responsable es Irène. Es ella quien lo incita. Desea que su marido gane mucho. Y está demasiado contenta de alejarlo de mí.

—¡Ah!, no te hagas la suegra. Irène vale tanto como cualquier otra.

—¿Qué otra? Ha dicho disparates.

—Suele ocurrirle. Pero a veces es maliciosa. Es signo de un desequilibrio afectivo más que de falta de inteligencia. Por otra parte, si lo que quería más que nada era dinero, no se hubiera casado con Philippe, que no es rico.

—Ella ha comprendido que él podría llegar a serlo.

—En todo caso, lo ha elegido antes que a cualquier pequeño esnob.

—Si ella te agrada, tanto mejor.

—Cuando uno siente interés por alguien, debe dar un poco de crédito a la gente que ese otro ama.

—Es cierto —he dicho—. Pero Irène me descorazona.

—Hay que ver de qué ambiente sale.

—Lamentablemente, no sale.

Esos grandes burgueses podridos de pasta, influyentes, importantes, me parecen más detestables todavía que el medio frívolo y mundano contra el cual se rebeló mi juventud.

Durante un momento hemos guardado silencio. Detrás de los cristales de la ventana, el letrero de neón saltaba del rojo al verde, los ojos de la gran muralla brillaban. Una hermosa noche. Hubiera bajado con Philippe para tomar una última copa en una mesa de la terraza… Inútil sugerirle a André que viniera a dar una vuelta, visiblemente comenzaba a tener sueño.

—Me pregunto por qué Philippe se ha casado con ella.

—¡Oh!, sabes que desde fuera uno no comprende jamás esas cosas.

Había contestado con aire indiferente. Su rostro estaba agobiado, apoyaba un dedo contra su mejilla, a la altura de la encía: un tic que había contraído desde hacía

algún tiempo.

—¿Te duelen las muelas?

—No.

—Entonces ¿por qué te manoseas la encía?

—Verifico que no me duele.

El año pasado, se tomaba el pulso cada diez minutos. Es verdad que había tenido un poco de hipertensión, pero un tratamiento lo ha estabilizado en 17, lo que para nuestra edad es perfecto. Conservaba el dedo apoyado contra su mejilla, sus ojos estaban vacíos, se hacía el viejo, iba a terminar por convencerme de que lo era. Por un instante he pensado con horror: «¡Philippe se ha ido y yo voy a terminar mi vida con un anciano!». He tenido ganas de gritar: «Basta, no quiero». Como si me hubiera escuchado, me sonrió, volvió a ser él mismo y nos hemos ido a dormir.

Duerme todavía; voy a despertarlo, beberemos té de China muy oscuro, muy fuerte. Pero esta mañana no se parece a la de ayer. Necesito reaprender que he perdido a Philippe. He debido saberlo. Me ha dejado desde el instante en que me ha anunciado su casamiento; desde su nacimiento: una nodriza hubiera podido reemplazarme. ¿Qué he imaginado? Porque él era exigente yo me he creído indispensable. Porque él se dejaba influir fácilmente, ha creído haberlo creado a mi imagen. Este año, cuando le veía con Irène o con su familia política, tan diferente de lo que es conmigo, me parecía que se prestaba al juego: yo era quien detentaba su verdad. Y él elige apartarse de mí, romper nuestras complicidades, rechazar la vida que al precio de tantos esfuerzos le había edificado. Se volverá un extraño.

¡Vamos! Yo, a quien André con frecuencia acusa de optimismo ciego, acaso estoy atormentándome por nada. Con todo, no pienso que fuera de la universidad no haya salvación, ni que hacer una tesis sea un imperativo absoluto. Philippe ha dicho que no aceptaría sino un trabajo interesante… Pero yo desconfío de las oportunidades que el padre de Irène puede ofrecerle. Desconfío de Philippe. Ya se le ha ocurrido otras veces ocultarme cosas, o mentirme; conozco sus defectos, he sacado mis conclusiones; ya hasta me conmueven como podría hacerlo un defecto físico. Pero ahora estoy indignada de que no me haya tenido al corriente de sus proyectos. Indignada y ansiosa. Hasta ahora, cuando él me apenaba, siempre sabía consolarme: no estoy segura de que esta vez lo consiga.

¿Por qué André se había retrasado? Había trabajado cuatro horas seguidas, mi cabeza estaba pesada, me he tendido sobre el diván. En tres días Philippe no había dado señales de vida; no es su costumbre; su silencio me sorprendía tanto más ya que, cuando él teme haberme herido, multiplica las llamadas telefónicas y las notas. No comprendía, sentía un peso en el corazón y mi tristeza se extendía como una mancha de aceite; ensombrecía el mundo que, para compensar, la alimentaba. André. Se estaba volviendo cada vez más huraño. Vatrín era el único al que aún aceptaba ver y se había irritado porque yo le había invitado a almorzar: «Me aburre». Todo el mundo

lo aburría. ¿Y yo? Me había dicho, hace mucho, mucho tiempo: «Puesto que te tengo, jamás podré ser desdichado». Y no tenía aspecto feliz. Ya no me amaba como antes. ¿Qué significaba amar, para él, hoy día? Estaba aferrado a mí como a una vieja costumbre, pero yo no le aportaba ya ninguna alegría. Acaso era injusto, pero le guardaba rencor: él accedía a esta indiferencia, se instalaba en ella.

La llave ha girado en la cerradura, me ha abrazado, tenía aspecto preocupado.

—Me he retrasado.

—Algo.

—Es que Philippe ha venido a buscarme a la Escuela Normal. Hemos tomado una copa juntos.

—¿Por qué no lo has traído aquí?

—Él quería hablar en privado. Para que sea yo quien te diga lo que quería decirnos.

—¿Qué es?

(¿Partía para el extranjero, muy lejos, por años?)

—No va a gustarte. No se atrevió a confesarlo la otra noche, pero es cosa hecha. Su suegro le ha encontrado una posición. Lo hará entrar en el Ministerio de Cultura. Me ha explicado que a su edad ése es un puesto magnífico. ¿Pero te das cuenta de lo que eso supone?

—Es imposible. ¡Philippe!

Era imposible. Él compartía nuestras ideas. Había corrido grandes riesgos durante la guerra de Argelia (esa guerra que nos había asolado y que ahora parecía no haber ocurrido nunca); se había hecho apalear en manifestaciones antigaullistas; había votado igual que nosotros en las últimas elecciones…

—Ha dicho que ha evolucionado. Ha comprendido que el negativismo de la izquierda francesa no la había llevado a nada, que estaba acabada, que él quería estar en la realidad, tener contacto con el mundo, obrar, construir.

—Uno creería estar escuchando a Irène.

—Pero era Philippe quien hablaba —ha dicho André con voz dura.

Bruscamente me he dado cuenta. Me ha ganado la cólera.

—Entonces ¿qué? ¿Es un arribista? ¿Un chaquetero? Espero que le hayas echado una bronca.

—Le he dicho que lo desaprobaba.

—¿No has intentado hacerle cambiar de opinión?

—Por supuesto que sí. Discutí.

—¡Discutir! Hacía falta intimidarlo, decirle que no volveríamos a verlo más. Has sido demasiado blando, te conozco.

De pronto todo se me venía encima, una avalancha de sospechas, de malestares que había rechazado. ¿Por qué nunca había tenido sino mujeres demasiado bien vestidas, encopetadas, esnobs? ¿Por qué Irène y ese casamiento con bombos y platillos, por la Iglesia? ¿Por qué se mostraba tan solícito, tan halagador con su

familia política? Se movía en ese ambiente como pez en el agua. Yo no había querido plantearme preguntas, y cuando André arriesgaba una crítica, yo defendía a Philippe. Toda esa terca confianza se transformaba en rencor. De golpe Philippe había cambiado de rostro. Un chaquetero, un intrigante.

—Voy a hablarle.

He ido hacia el teléfono. André me ha detenido.

—Primero cálmate. Una escena no arreglará nada.

—Me aliviará.

—Te lo ruego.

—Déjame.

He marcado el número de Philippe.

—Tu padre acaba de decirme que te incorporas al gabinete del Ministerio de Cultura. Felicitaciones.

—¡Ah! Por favor —me dijo—, no adoptes ese tono.

—¿Y qué tono debería adoptar? ¿Debería regocijarme cuando ni siquiera te atreves a hablarme cara a cara?, ¿tanta vergüenza te da?

—No tengo vergüenza en absoluto. Uno tiene derecho a corregir sus opiniones.

—¡Corregir! Hace seis meses condenabas radicalmente la política cultural del régimen.

—¡Y bien, justamente voy a intentar cambiarla!

—¡Vamos! No tienes peso, y lo sabes. Harás el juego prudentemente, te procurarás una hermosa carrera. Es la ambición lo que te empuja, nada más.

Ya no sé lo que le he dicho; él gritaba: «Cállate, cállate». Yo continuaba, él me cortaba la palabra, su voz se volvía odiosa. Ha terminado por decirme con furor:

—Uno no es un sinvergüenza porque se niegue a compartir vuestras obstinaciones seniles.

—¡Basta! ¡No volveré a verte nunca más en mi vida!

He colgado, me he sentado, bañada en sudor, temblando, las piernas flojas. Más de una vez nos hemos peleado a muerte, pero esto era serio: no volvería a verlo más. Su cambio de partido me asqueaba, y sus palabras me habían herido porque habían querido ser hirientes.

—Nos ha insultado. Ha hablado de nuestras obstinaciones seniles. No volveré a verle jamás y no quiero que vuelvas a verlo.

—Tú también has sido muy dura. No has debido colocarte en un terreno pasional.

—¿Y por qué no? Él no ha tenido para nada en cuenta nuestros sentimientos; prefiere su carrera a nosotros, acepta pagarla con una ruptura…

—No ha pretendido una ruptura. Y por lo demás, no ocurrirá, me opongo.

—En lo que a mí respecta, está hecho: todo ha terminado entre Philippe y ya.

Me he callado: continuaba temblando de cólera.

—Desde hace algún tiempo Philippe andaba en cosas raras —dijo André—. No querías admitirlo, pero yo me daba perfecta cuenta. Sin embargo, no hubiera creído

que llegaría a esto.

—Es un sucio ambicioso de medio pelo.

—Sí —dijo André con tono perplejo—. Pero ¿por qué?

—¿Cómo por qué?

—Lo decíamos la otra noche: seguramente tenemos nuestra parte de responsabilidad. —Vaciló—: Eres tú quien le ha insuflado la ambición; de por sí, él era más bien indiferente. Y sin duda yo he desarrollado en él un antagonismo.

—Toda la culpa es de Irène —prorrumpí—. Si no se hubiera casado con ella, si no hubiera entrado en ese ambiente, jamás habría transigido.

—Pero se casó con ella en parte porque ese ambiente le imponía respeto. Hace ya mucho tiempo que sus valores no son los nuestros. Veo muchas razones para ello.

—No vas a defenderlo.

—Trato de explicármelo.

—Ninguna explicación me convencerá. No volveré a verlo. No quiero que vuelvas a verlo.

—No te equivoques. Lo censuro. Lo censuro profundamente. Pero volveré a verlo. Tú también.

—No. Y si tú me fallas, después de lo que me ha dicho por teléfono, te guardaré rencor como nunca te lo he guardado. No me hables más de él.

Pero tampoco podíamos hablar de otra cosa. Hemos cenado casi en silencio, muy rápidamente, y luego cada uno ha cogido un libro. Guardaba rencor a Irène, a André, al mundo entero. «Seguramente tenemos nuestra parte de responsabilidad.» ¡Ah! era ocioso buscar razones, excusas. «Obstinaciones seniles», me había gritado esas palabras. Estaba tan segura de su amor por nosotros, por mí; en verdad yo no contaba demasiado, no era nada para él, un vejestorio que se arrincona en el compartimiento de los accesorios; no me quedaba otra solución que arrinconarle a él también allí. Durante toda la noche me ha sofocado el rencor. Por la mañana, una vez que André ha salido, he entrado en la habitación de Philippe, he destrozado los viejos diarios, los viejos papeles; he llenado un baúl con sus libros; en otro he amontonado el pulóver, el pijama, todo lo que quedaba en los armarios. Ante los estantes desnudos, se me han llenado los ojos de lágrimas. Tantos recuerdos emocionantes, conmovedores, deliciosos se despertaban en mí. Los haría desaparecer. Él me había abandonado, traicionado, escarnecido, insultado. Nunca se lo perdonaría.

Han pasado dos días sin que habláramos de Philippe. La tercera mañana, cuando examinábamos nuestro correo, le he dicho a André:

—Una carta de Philippe.

—Supongo que se excusa.

—Pierde su tiempo. No la leeré.

—¡Oh!, a pesar de todo mírala. Sabes cómo le cuesta dar los primeros pasos. Dale una oportunidad.

—Nada de eso.

He metido la carta en un sobre en el que he escrito la dirección de Philippe.

—Déjala en un buzón, por favor.

Siempre había cedido demasiado fácilmente a sus bellas sonrisas, a sus lindas frases. Esta vez no cedería.

Dos días después, en las primeras horas de la tarde, Irène ha llamado al timbre.

—Querría hablarle cinco minutos. —Vestido muy sencillo, los brazos desnudos, los cabellos sueltos: tenía el aspecto de una jovencita, fresca y tímida. Todavía no la había visto nunca en ese papel. La he hecho entrar. Por supuesto, venía a defender la causa de Philippe. La devolución de la carta le había afligido. Se excusaba de lo que había dicho por teléfono, no pensaba una sola palabra de todo eso, pero yo conocía su carácter, se encolerizaba rápidamente, entonces decía cualquier cosa y todo se lo llevaba el viento. Quería por todos los medios explicarse conmigo.

—¿Por qué no ha venido él mismo?

—Tenía miedo de que usted le cerrase la puerta en las narices.

—En efecto, es lo que hubiera hecho. No quiero volver a verlo. Punto. Punto final.

Ella insistía. Él no soportaba que yo estuviera disgustada con él, no había imaginado que yo me hubiera tomado las cosas tan a pecho.

—Entonces se ha vuelto idiota; ¡que se vaya al diablo!

—Pero usted no se da cuenta; lo que papá logró para él es una proeza; a su edad, un puesto así, es algo completamente excepcional. Usted no puede exigir que él sacrifique su porvenir.

—Él tenía un porvenir limpio, conforme a sus ideas.

—Perdóneme: a las ideas suyas. Ha evolucionado.

—Evolucionará, ya conocemos esa música; pondrá sus opiniones de acuerdo con sus intereses. Por el momento chapotea en la mala fe: no piensa más que en tener éxito. Reniega y lo sabe, eso es lo que es feo —he dicho con arrebato.

Irène me ha clavado los ojos:

—Supongo que su vida siempre ha sido impecable, y que eso la autoriza a juzgar a todo el mundo desde muy alto.

Me he puesto en guardia:

—He tratado de ser honesta. Quería que Philippe lo fuese. Lamento que usted lo haya desviado.

Se echó a reír.

—Se diría que se ha vuelto ladrón, o falsificador.

—Dadas sus convicciones, no encuentro honorable su elección.

Irène se ha puesto de pie:

—A pesar de todo, es curiosa esta severidad —ha dicho con lentitud—. Su padre, que políticamente está mucho más comprometido que usted, no ha roto con Philippe. Y usted…

La he cortado:

—No ha roto… ¿Quiere usted decir que han vuelto a verse?

—No sé —ha dicho vivamente—. Sé que él no había hablado de romper cuando Philippe lo puso al corriente de su decisión.

—Eso fue antes de la llamada telefónica. ¿Pero después?

—No sé.

—¿Usted no sabe a quién ve ni a quién deja de ver Philippe?

—No —ha respondido con aire terco.

—Está bien. No tiene importancia.

La he acompañado hasta la puerta. He repasado en mi cabeza nuestras últimas réplicas. ¿Ella se había contradicho por perfidia o por torpeza? De todos modos, mi convicción estaba hecha. Casi hecha. No lo suficiente para que la cólera me liberase. Bastante como para que la angustia me sofoque.

No bien André hubo llegado, yo ataqué:

—¿Por qué no me has dicho que habías vuelto a Ver a Philippe?

—¿Quién te ha contado eso?

—Irène. Vino a preguntarme por qué no vuelvo a verlo, ya que tú te ves con él.

—Te había advertido que volvería a verlo.

—Yo te previne que te guardaría rencor a muerte.

—Tú le has persuadido de que me escriba.

—Claro que no.

—Desde luego que sí. Te has burlado bien de mí. «Sabes cómo le cuesta dar los primeros pasos.» ¡Y tú los habías dado! A escondidas.

—Respecto a ti, él ha dado el primer paso.

—Empujado por ti. Vosotros habéis conspirado a mis espaldas. Me habéis tratado como a una niña, como a una enferma. No tenías derecho.

De pronto había humaredas rojas en mi cabeza, una niebla roja delante de mis ojos, algo rojo que gritaba en mi garganta. Mis rabietas contra Philippe me son familiares, me reconozco en ellas. Pero con André, cuando (raramente, muy raramente) entro en cólera contra él, es un tornado que me arrastra a miles de kilómetros de él y de mí misma, a una soledad a la vez quemante y helada.

—¡Nunca me habías mentido! Es la primera vez.

—Pongamos que he cometido un error.

—Error de volver a ver a Philippe, error de hacerte cómplice en mi contra, con él y con Irène, error de engañarme, de mentirme. Eso suma muchos errores.

—Escucha… ¿Quieres escucharme, serenamente?

—No. No quiero hablarte más, no quiero verte más, necesito estar sola, voy a tomar el aire.

—Ve a tomar el aire y trata de calmarte —me ha dicho secamente.

He salido a la calle, he caminado como a veces lo he hecho para apaciguar temores, cóleras, para conjurar imágenes. Solamente que ya no tengo veinte años, ni siquiera cincuenta; la fatiga se ha adueñado de mí rápidamente. He entrado en un bar,

he bebido un vaso de vino, los ojos lastimados por la luz cruel del neón. Philippe estaba acabado. Casado, se había pasado al otro bando. Ya no me quedaba nadie más que André, a quien, justamente, no tenía. Nos creía transparentes el uno para el otro, unidos, soldados como hermanos siameses. Se había desligado de mí, me había mentido: volvía a encontrarme sobre este taburete, sola. A cada segundo, al evocar su rostro, su voz, atizaba un rencor que me devastaba. Como en esas enfermedades en las que uno se forja su propio sufrimiento, cada inspiración desgarra los pulmones y sin embargo uno está obligado a respirar.

He vuelto a la calle, he seguido caminando. ¿Y entonces qué?, me preguntaba atontada. No íbamos a separarnos. Continuaríamos viviendo uno al lado del otro, solitarios. Así que enterraría mis agravios, esos agravios que no quería olvidar. La idea de que alguna vez mi cólera me podría abandonar me exasperaba más aún.

Cuando he regresado, he encontrado un mensaje sobre la mesa: «Me he ido al cine». He empujado la puerta de nuestra habitación. Sobre la cama estaba el pijama de André, en el suelo los mocasines que le sirven de pantuflas, un paquete de tabaco y sus medicamentos contra la hipertensión sobre la mesilla de noche. Durante un momento él ha existido de una manera punzante, como si hubiera estado alejado de mí por una enfermedad o un exilio y volviera a encontrarlo en esos objetos abandonados. Los ojos se me han llenado de lágrimas. He tomado un somnífero y me he acostado.

Cuando me he despertado por la mañana, dormía encogido, la mano apoyada en la pared. He apartado la vista. Ningún impulso hacia él. Mi corazón estaba helado y sombrío como una capilla secularizada en la que no alumbra la más mínima llama. Las pantuflas, la pipa ya no me conmovían; no evocaban a un ausente querido; no eran más que una prolongación de este extranjero que vivía bajo el mismo techo que yo. Atroz contradicción de la cólera nacida del amor y que mata el amor.

No le he hablado; mientras él bebía su té en la biblioteca, yo estaba en mi habitación. Me ha llamado antes de salir, me ha preguntado:

—¿No quieres que nos expliquemos?

—No.

No había nada que explicar. Esta cólera, este dolor, esa rigidez de mi corazón, quebrarían las palabras.

Durante todo el día he pensado en André y por momentos algo vacilaba en mi cabeza. Como cuando uno ha recibido un golpe en el cráneo y la visión se ha turbado y uno percibe dos imágenes del mundo a alturas diferentes, sin poder situar lo de arriba y lo de abajo. Las dos imágenes que tenía de André, en el pasado y en presente, no se ajustaban entre sí. Había un error en alguna parte. Ese instante mentía: no era él, no era yo, esta historia se desarrollaba en otra parte. O entonces el pasado era un espejismo: yo me había equivocado respecto a André. Ni lo uno, ni lo otro, me decía cuando veía claro nuevamente. La verdad es que él había cambiado. Envejecido. Ya no otorgaba tanta importancia a las cosas. Antes la conducta de Philippe lo hubiera

sublevado: se contentaba con desaprobar. No hubiera maniobrado a mis espaldas, no me hubiera mentido. Su sensibilidad, su moralidad se han embotado. ¿Continuará por esta pendiente? Cada vez más indiferente… No quiero. Llaman indulgencia, sabiduría, a esta inercia del corazón: es la muerte que se instala en nosotros. No todavía, no ahora. Aquel día apareció la primera crítica de mi libro. El autor me acusaba de parloteo. Es un viejo imbécil que me detesta; no hubiera debido ser sensible a su crítica. Pero, como estaba de humor irritable, me he irritado. Me hubiera gustado hablar de eso con André, pero habría sido necesario hacer las paces; no quería.

—Habíamos decidido pasar este mes en París —respondí secamente.

—Habrías podido cambiar de opinión.

—No lo he hecho.

El rostro de André volvió a cerrarse.

—¿Vas a continuar mucho tiempo poniéndome mala cara?

—Me temo que sí.

—¡Bueno!, estás equivocada. No guarda proporción con lo que ha sucedido.

—Cada uno tiene sus medidas.

—Las tuyas son aberrantes. Eres siempre la misma. Por optimismo, por voluntarismo, te ocultas la verdad y cuando finalmente te salta a la vista, te derrumbas o explotas. Lo que te exaspera, y yo pago las consecuencias, es haber sobrestimado a Philippe.

—Tú siempre lo has subestimado.

—No. Simplemente, no me he hecho muchas ilusiones sobre sus capacidades ni sobre su carácter. Y, en suma, aún me hacía demasiadas.

—Un niño no es algo que se compruebe con una experiencia de laboratorio. Se convierte en aquello que sus padres hacen de él. Tú has apostado por él como perdedor, eso no lo ha ayudado.

—Tú apuestas siempre por el ganador. Allá tú. Pero a condición de saber tragártelo cuando pierdes. Sin embargo, no sabes. Buscas falsas escapatorias, coges rabietas, acusas a aquél y al de más allá, cualquier cosa es buena para no reconocer tus errores.

—¡Dar crédito a alguien no es un error!

—¡Oh, el día en que reconozcas que te has equivocado!

Ya sé. En mi juventud se me ha dicho tanto que estaba equivocada, tener razón me ha costado tanto, que rechazo equivocarme. Pero no estaba de humor para convenir en ello. Agarré la botella de whisky.

—¡Increíble, tú eres quien me sienta en el banquillo!

Llené un vaso, que he tomado de un trago. El rostro de André, su voz; el mismo, otro, amado, odiado, esta contradicción descendía por mi cuerpo; mis nervios, mis músculos se contraían en una especie de tétanos.

—Desde el principio te has negado a discutir serenamente. En lugar de eso te has arrojado a los temblores… ¿Y ahora vas a emborracharte? Es ridículo —dijo cuando yo comenzaba un segundo vaso.

—Me emborracharé si quiero. No te concierne, déjame en paz.

He llevado la botella a mi habitación. Me he metido en la cama con una novela de espionaje, pero imposible leer. Philippe. Su imagen había empalidecido un poco, tanto me obsesionaba mi cólera contra André. Repentinamente, a través de los vapores del alcohol, me sonreía con una intolerable dulzura. Sobrestimado: no. Le había querido en sus debilidades: menos caprichoso, menos indolente, habría tenido menos necesidad de mí. No habría sido tan deliciosamente tierno si no hubiera tenido nada que hacerse perdonar. Nuestras reconciliaciones, sus lágrimas, nuestros besos. Pero entonces no se trataba más que de pequeñas faltas. Ahora, era otra cosa. He tragado un gran sorbo de whisky, las paredes han empezado a dar vueltas y me he ido a pique.

La luz se filtró a través de mis párpados. Los he mantenido cerrados. Tenía la cabeza pesada, estaba mortalmente triste. No recordaba mis sueños. Me había hundido en espesuras negras; era líquido y sofocante, como alquitrán, y esta mañana emergía apenas. He abierto los ojos. André estaba sentado en un sillón a los pies de la cama, me miraba sonriendo.

—Querida, no vamos a continuar así.

Era él, en el pasado, en el presente, el mismo, lo reconocía. Pero esa barra de hierro permanecía en mi pecho. Mis labios temblaban. Endurecerme más, irme a pique, hundirme en las espesuras de soledad y de noche. O intentar agarrar esa mano que se me tendía. Hablaba con esa voz equilibrada, apaciguadora, que me gusta. Admitía sus errores. Pero era en interés mío que había hablado con Philippe. Nos sabía tan tristes a los dos que había decidido intervenir enseguida, antes de que nuestro disgusto se hubiera consolidado.

—¡Tú, que siempre eres tan alegre, no te imaginas cuánto me entristecía verte angustiada! Comprendo que en ese momento me hayas tenido rabia. Pero no olvides lo que somos el uno para el otro, no vas a guardarme indefinidamente rencor.

He sonreído débilmente, se aproximó, pasó un brazo alrededor de mis hombros, me he abrazado a él y he llorado suavemente. Cálida voluptuosidad de las lágrimas resbalando sobre la mejilla. ¡Qué descanso! Es tan fastidioso detestar a alguien a quien se ama.

—Sé por qué te he mentido —me dijo un poco más tarde—. Porque envejezco. Sabía que decirte la verdad sería una historia; en otra época no me hubiera detenido, ahora, la sola idea de una disputa me fatiga. He tomado un atajo.

—¿Quiere decir eso que me mentirás cada vez más?

—No, te lo prometo. Por lo demás no veré con frecuencia a Philippe, ya no tenemos gran cosa que decirnos.

—Las disputas te fatigan: sin embargo, anoche me regañaste.

—No soporto que me pongas mala cara: vale más regañarte.

Le he sonreído.

—Quizá tengas razón. Había que salir de eso.

Me ha tomado por los hombros:

—¿Hemos salido, verdaderamente salido? ¿Ya no me guardas rencor?

—Absolutamente. Se acabó, se acabó.

Se había acabado; estábamos reconciliados. ¿Pero nos lo habíamos dicho todo? Yo, en todo caso, no; algo me quedaba en el corazón: esa manera que André tenía de abandonarse a la vejez. No quería hablarle ahora de eso, primero era necesario que el cielo se hubiera vuelto totalmente sereno. ¿Y él? ¿Tenía reservas? ¿Me reprochaba seriamente lo que llamaba mi voluntarismo? Esa tormenta había sido demasiado breve para que algo cambiara entre nosotros: pero ¿no era la señal de que, desde hacía algún tiempo (¿cuánto?), imperceptiblemente, algo había cambiado?

Algo ha cambiado, me decía mientras corríamos a ciento cuarenta por hora sobre la autopista. Estaba sentada al lado de André, nuestros ojos veían la misma calzada, el mismo cielo, pero había, invisible, una capa aislante entre nosotros. ¿Se daba cuenta de ello? Sin duda, sí. Si había propuesto este paseo, era con la esperanza de que, al resucitar los de antes, terminaría por reconciliarnos; no era parecido porque él no esperaba personalmente ningún placer del paseo. Hubiera debido agradecerle su gentileza; pero no, me sentía apenada por su indiferencia. La había captado tan bien que poco faltó para que rehusara, pero él hubiera tomado ese desaire como una prueba de mala voluntad. ¿Qué nos sucedía? En nuestra vida había habido disputas, pero por razones serias; por ejemplo, a propósito de la educación de Philippe. Se trataba de verdaderos conflictos que liquidábamos en la violencia, pero rápida y definitivamente. Esta vez había sido un torbellino humeante, humo sin fuego, y a causa de su misma inconsistencia, en dos días no se había disipado totalmente. Hay que decir también que antes teníamos en la cama reconciliaciones fogosas; en el deseo, la turbación, el placer, los rencores inútiles quedaban calcinados; nos volvíamos a encontrar uno frente al otro, nuevos y alegres. Ahora estábamos privados de ese recurso.

Vi el letrero, abrí desmesuradamente los ojos.

—¿Qué? ¿Es Milly? ¿Ya? Hace veinte minutos que partimos.

—Hemos corrido mucho —dijo André.

Milly. Cuando mamá nos traía a ver a la abuela, ¡qué expedición! Era el campo, inmensos campos de trigo dorado al borde de los cuales recogíamos amapolas. Este pueblo lejano estaba ahora más próximo de París que Neuilly o Auteuil en tiempos de Balzac.

André tuvo dificultades para aparcar el coche, era día de mercado: un hormigueo de coches y peatones. He reconocido el viejo mercado, el hotel Lion d’Or, las casas y sus tejas con los colores desteñidos. Pero los puestos levantados en la plaza lo

transformaban. Los utensilios de plástico, los juguetes, las telas, las latas de conserva, los perfumes, las alhajas no evocaban las antiguas ferias de pueblo: esparcidos al aire libre, eran Monoprix, Inno. Con puertas y paredes de cristal, una gran librería relucía colmada de libros y revistas con las cubiertas plastificadas. La casa de la abuela, situada antiguamente un poco fuera del pueblo, era reemplazada por un edificio de cinco pisos, encerrado en la aglomeración.

—¿Quieres tomar una copa?

—¡Oh!, no —dije—. Esto ya no es mi Milly.

Decididamente, ya nada era parecido: ni Milly, ni Philippe, ni André. ¿Y yo?

—Veinte minutos para venir a Milly, un milagro —dije cuando volvimos al coche —. Sólo que ya no es Milly.

—Eso es. Ver cambiar el mundo es a la vez milagroso y desolador.

He reflexionado:

—Una vez más, te burlarás de mi optimismo: para mí es sobre todo milagroso.

—Pero para mí también. Lo desolador, cuando uno envejece, no está en las cosas sino en uno mismo.

—No me lo parece. Con eso también se pierde, pero se gana.

—Se pierde mucho más de lo que se gana. A decir verdad, no veo qué es lo que se gana. ¿Puedes decírmelo?

—Es agradable tener detrás de sí un largo pasado.

—¿Crees que lo *tienes*? Para mí el mío. Trata de contártelo.

—Sé que está ahí. Da densidad al presente.

—Sea. ¿Y qué más?

—Intelectualmente, se dominan mejor las preguntas; se olvida mucho, de acuerdo, pero incluso lo que se olvida queda a nuestra disposición, en cierto modo.

—Tal vez en tu profesión. Yo cada vez soy más ignorante de todo lo que no es mi especialidad. Para ponerme al corriente de la física cuántica, tendría que volver a la universidad como un simple estudiante.

—Nada te lo impide.

—Tal vez lo haga.

—Curioso —dije—. Estamos de acuerdo en todos los puntos; y no en esto: no veo qué es lo que se pierde con envejecer.

Sonrió:

—La juventud.

—No es un bien en sí.

—La juventud y eso que los italianos designan con una palabra tan bella: la *stamina*. La savia, el fuego que permite amar y crear. Cuando has perdido eso, lo has perdido todo.

Había hablado con un acento tal que no me atrevía a acusarlo de complacencia. Algo lo corroía, que yo ignoraba. Que no deseaba conocer, que me espantaba. Acaso eso era lo que nos separaba.

—Nunca creeré que ya no puedas crear —dije.

—Bachelard escribió: «Los grandes sabios son útiles a la ciencia en la primera mitad de su vida, nocivos en la segunda». Se me tiene por un sabio. Por lo tanto, todo lo que puedo hacer actualmente es tratar de no ser demasiado nocivo.

No he respondido nada. Verdadero o falso, creía en lo que decía; protestar hubiera sido fútil. Comprendía que mi optimismo a menudo lo irritara: era una manera de eludir su problema. ¿Pero qué hacer? No podía enfrentarlo en su lugar. Lo mejor era callarse. Anduvimos en silencio hasta Champeaux.

—Esta nave es verdaderamente hermosa —dijo André cuando entramos en la iglesia—. Se parece mucho a la de Sens, pero las proporciones están aún más logradas.

—Sí, es hermosa. Ya no recuerdo la de Sens.

—Es la misma alternancia de gruesas columnas aisladas y de delgadas columnas geminadas.

—¡Qué memoria tienes!

Miramos concienzudamente la nave, el coro, el crucero. La colegiata no era menos bella porque yo hubiera subido a la Acrópolis, pero mi humor no era el mismo que en el tiempo en que en un viejo cacharro recorríamos palmo a palmo l'Île-de-France. Ninguno de nosotros dos estaba en aquello. No me interesaba verdaderamente en los capiteles esculpidos, en la sillería del coro cuyas comas antiguamente nos habían divertido tanto.

Al salir de la iglesia, André me ha preguntado:

—¿Crees que la Truite d'Or existe todavía?

—Vamos a ver.

Antes era uno de nuestros lugares favoritos, esa pequeña hostería, al borde del agua, donde se comían platos simples y exquisitos. Ahí habíamos festejado nuestras bodas de plata y después no habíamos vuelto. Silencioso, pavimentado con pequeñas piedras, este pueblo no ha cambiado. Hemos recorrido la calle central en ambos sentidos: la Truite d'Or había desaparecido. El restaurante donde nos detuvimos, en el bosque, nos desagradó: quizá porque lo comparábamos con recuerdos.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —dije.

—Habíamos hablado del castillo de Vaux, de las torres de Blandy.

—Pero ¿tienes ganas de ir?

—¿Por qué no?

Le daba lo mismo y entonces a mí también, pero ninguno de los dos se atrevía a decirlo. ¿En qué pensaba, exactamente, mientras íbamos por los senderos olorosos de follaje? ¿En el desierto de su porvenir? No podía seguirlo. Le sentía solo a mi lado. Yo lo estaba también. Philippe había intentado muchas veces telefonearme. Yo había colgado en cuanto reconocía su voz. Me interrogaba a mí misma. ¿Había tenido para con él demasiada exigencia? ¿André, demasiada indulgencia desdeñosa? De esta

discordancia, ¿había sufrido él las consecuencias? Hubiera querido discutirlo con André, pero temí volver a provocar una disputa.

El castillo de Vaux, las torres de Blandy: pusimos en ejecución nuestro programa. Decíamos: «Me acordaba», «no me acordaba», «esas torres son soberbias…». Pero, en un sentido, ver cosas es ocioso. Es necesario que un proyecto o una pregunta nos ligue a ellas. Yo no percibía más que piedras amontonadas unas sobre otras.

Aquel día no nos había acercado, nos sentía a ambos defraudados y muy lejos uno del otro mientras volvíamos hacia París. Me parecía que no podríamos hablarnos más. ¿Será pues verdad lo que cuentan sobre la incomunicación? Como lo había entrevisto durante la cólera, ¿estábamos consagrados a la soledad, al silencio? ¿Lo habíamos estado siempre, era por mi terco optimismo que había pretendido lo contrario? «Es necesario hacer un esfuerzo», me dije mientras me acostaba. «Mañana por la mañana charlaremos. Trataremos de llegar al fondo de las cosas». Si nuestra disputa no estaba liquidada, quería decir que no había sido nada más que un síntoma. Era necesario volverlo a tomar todo, desde la raíz. En particular no temer volver a hablar de Philippe.

Un solo tema prohibido, y todo nuestro diálogo resulta bloqueado.

He servido el té y buscaba mis palabras para iniciar la explicación cuando André me dijo:

—¿Sabes de qué tengo ganas? De ir enseguida a Villeneuve. Descansaré mejor que en París.

¡He aquí la conclusión que él había extraído de ese día malogrado: en lugar de buscar un acercamiento, huía! Suele suceder que pase algunos días sin mí en casa de su madre, por cariño hacia ella. Pero ahora era una manera de escapar de nuestra conversación. Me sentí herida en lo más vivo.

—Excelente idea —dije secamente—. Tu madre estará encantada. Vete, pues.

Con desgana preguntó:

—¿No quieres venir?

—Sabes muy bien que no tengo ningunas ganas de dejar París tan pronto. Iré en la fecha prevista.

—Como quieras.

De todas maneras, me hubiera quedado; quería trabajar y también ver cómo sería acogido mi libro; hablar de él con los amigos. Pero quedé desconcertada de que no insistiera. Pregunté fríamente:

—¿Cuándo piensas irte?

—No sé; pronto. No tengo nada que hacer aquí.

—Pronto, ¿qué quiere decir: mañana, pasado mañana?

—¿Por qué no mañana por la mañana?

Así que estaríamos separados durante quince días: nunca me dejaba más de tres o cuatro, excepto por los congresos. ¿Me había mostrado tan desagradable? Tendría que haberlo discutido conmigo en lugar de huir. Sin embargo, las escapatorias no

figuraban en su estilo. Yo no veía más que una explicación, siempre la misma: envejecía. Molesta, he pensado: «Que vaya a cultivar su vejez a otra parte». Ciertamente no iba a mover un dedo para retenerlo.

Convinimos en que se llevaría el coche. Ha pasado la mañana en el garaje, haciendo compras, hablando por teléfono; se ha despedido de sus colaboradores. Apenas lo he visto. Cuando al día siguiente subió al coche, intercambiamos besos y sonrisas. Me he encontrado en la biblioteca, atontada. Tenía la impresión de que, al dejarme plantada allí, André me castigaba. No; simplemente había querido librarse de mí.

Pasada la primera sorpresa, me he sentido aliviada. La vida entre dos exige que uno decida: «¿A qué hora las comidas? ¿Qué te gustaría comer?». Se formulan proyectos. En la soledad, los actos se realizan sin premeditación, uno descansa. Me levantaba tarde, me quedaba acurrucada en la tibieza de las sábanas, procurando atrapar al vuelo jirones de mis sueños. Leía el correo bebiendo mi té, y canturreaba: «me lo paso… me lo paso… me lo paso muy bien sin ti». Entre mis horas de trabajo, paseaba.

Ese estado de gracia ha durado tres días. En la tarde del cuarto, llamaron a la puerta con pequeños timbrazos precipitados. Solamente una persona llama así. Mi corazón se puso a latir con violencia. Pregunté a través de la puerta:

—¿Quién es?

—Abre —gritó Philippe—. Dejo el dedo en el timbre hasta que abras.

Abrí y enseguida sus brazos estuvieron alrededor de mí, su cabeza inclinada sobre mi hombro.

—Mi pequeña, mi querida, te lo ruego, no me detestes. No puedo vivir disgustado contigo. Te lo ruego. ¡Te quiero tanto!

¡Tan a menudo esa voz suplicante ha hecho desaparecer mis rencores! Lo dejé entrar en la biblioteca. Me quería, no podía dudarlo. ¿Es que otra cosa contaba? Las viejas palabras me venían a los labios: «Mi pequeño», pero las rechacé. No era un crío.

—No lo intentes, es demasiado tarde. Lo has estropeado todo.

—Escucha, quizá me he equivocado, quizás he actuado mal, ya no lo sé, no puedo dormir. ¡Pero no quiero perderte, ten piedad de mí, me haces tan desdichado!

Lágrimas infantiles brillaban en sus ojos. Pero ya no era un niño. Un hombre, el marido de Irène, un señorito.

—Sería demasiado cómodo —dije—. Preparas el golpe en silencio, sabiendo perfectamente que cavas un abismo entre nosotros. ¡Y querrías que lo tragara con una sonrisa, que todo volviera a ser como antes! No, y no.

—Verdaderamente eres demasiado dura, demasiado sectaria. Hay padres e hijos que se quieren sin tener las mismas opiniones políticas.

—No se trata de una divergencia de opiniones. Cambias de partido por ambición, por conveniencia. Eso es lo feo.

—Que no. ¡Mis ideas han cambiado! Tal vez soy influenciable, pero es verdad que me puse a ver las cosas desde otro ángulo. ¡Te lo juro!

—Entonces has debido prevenirme mucho antes. No hacer tus tejemanejes a mis espaldas y enseguida meterme por las narices el hecho consumado. Jamás te perdonaré eso.

—No me atreví. Tienes una manera de mirarme que me da miedo.

—Siempre decías eso: jamás fue una excusa.

—Sin embargo, me perdonabas. Perdóname también esta vez. Te lo suplico. No soporto estar mal contigo.

—No puedo hacer nada. Has actuado de tal manera que ya no puedo estimarte.

La tormenta retumbó en sus ojos: lo prefería. Su cólera sostendría la mía.

—Tienes expresiones que me matan. No me he preguntado nunca si te estimaba o no. Si hicieras idioteces, no por eso te querría menos. Para ti, el amor hay que merecerlo. Pues sí: bastante trabajo me he tomado para no desmerecer. Todos mis deseos (ser aviador, o corredor de automóviles, o reportero, la acción, la aventura) los tomabas como caprichos; los he sacrificado para complacerte. La primera vez que no cedo ante ti, te peleas conmigo.

Lo interrumpí:

—Te escapas por la tangente. Tu conducta me indigna, ése es el motivo por el que no quiero verte más.

—Te indigna porque contradice tus proyectos. Sin embargo, no iba a obedecerte toda mi vida. Eres demasiado tiránica. En el fondo no tienes corazón, solamente voluntad de poder. —Había rabia y lágrimas en su voz—. ¡Y bien!, adiós, despréciame todo lo que quieras, prescindiré de ti.

Caminó hacia la puerta, la golpeó tras de sí. He permanecido de pie en el vestíbulo, pensando: «Volverá». Siempre volvía. No hubiera tenido el coraje de resistir, hubiera llorado con él. Al cabo de cinco minutos regresé a la biblioteca, me senté y he llorado sola. «Mi pequeño…» ¿Qué es un adulto? Un niño inflado de edad. Lo despojaba de su edad, volvía a encontrar sus doce años, imposible guardarle rencor. Y sin embargo, no, era un hombre. Ninguna razón para juzgarlo menos severamente que a otro. ¿Tengo corazón duro? ¿Hay gente capaz de querer sin estimar? ¿Dónde empieza, dónde termina la estima? ¿Y el amor? Si hubiera fracasado en su carrera universitaria, si hubiera tenido una vida mediocre, jamás le habría faltado mi ternura: porque habría tenido necesidad de ella. Si me hubiera vuelto inútil para él pero en la dignidad, habría continuado queriéndolo alegremente. Pero, al mismo tiempo, se me escapa y le condeno. ¿Qué hacer por él?

La tristeza había vuelto a caer sobre mí y ya no me ha dejado. En adelante, si por la mañana me demoraba en la cama, es porque me costaba trabajo despertar sin ayuda al mundo y a mi vida. Vacilaba en zambullirme sola en la monotonía de la jornada. Una vez de pie, a veces me sentía tentada de volver a acostarme hasta la noche. Me sumergía en el trabajo, permanecía muchas horas seguidas ante mi mesa,

alimentándome de zumos de fruta. Cuando finalmente me levantaba, al mediodía, tenía la cabeza ardiente y los huesos doloridos. A veces me dormía tan pesadamente sobre el diván que al despertar experimentaba un estupor angustiado: como si mi conciencia, al emerger anónimamente de la noche, dudara antes de reencarnarse. O contemplaba con mirada incrédula el decorado familiar: reverso ilusorio y tornasolado del vacío donde me había sumergido. Mi mirada se detenía sorprendida en los objetos que había traído de los cuatro rincones de Europa. Mis viajes, el espacio no conservaba huella de ellos, mi memoria desdeñaba evocarlos; y las muñecas, los vasos, las baratijas estaban allí. Una nada me fascinaba, me obsesionaba. Encontrar un pañuelo de seda roja y un almohadón violeta: ¿cuándo he visto por última vez fucsias, su vestido de obispo y cardenal, su largo sexo frágil? La campanilla luminosa, la simple rosa silvestre, la madreselva desgreñada, los narcisos, abriendo en su blancura grandes ojos atónitos, ¿cuándo? Podían no existir ya en el mundo y no lo sabría. Ni nenúfares en los estanques, ni trigo sarraceno en la campiña. La tierra está a mi alrededor como una vasta hipótesis que ya no verifico.

Me arrancaba de esas brumas, bajaba a la calle, miraba al cielo, las casas mal blanqueadas. Nada me conmovía. Claros de luna y crepúsculos, olor de primavera mojada, de alquitrán caliente, resplandores y estaciones, he conocido instantes de un puro destello de diamante; pero siempre sin haberlos solicitado. Surgían por sorpresa, tregua inesperada, promesa impensada, a través de ocupaciones que me exigían; gozaba de ellos, precipitándome, al salir del liceo, o de una boca del metro, en mi balcón entre dos sesiones de trabajo, en el bulevar cuando me apresuraba para encontrarme de nuevo con André. Ahora, marchaba por París, disponible, atenta y helada de indiferencia. El exceso de mis ocios, al entregarme al mundo, me impedía verlo. Así, en las cálidas siestas, el sol que estalla a través de las persianas cerradas hace brillar en mí todo el esplendor del verano; me ciega si me enfrento a él en su crudeza tórrida.

Volvía a casa, llamaba por teléfono a André, o él me llamaba. Su madre estaba más combativa que nunca, él volvía a verse con viejos camaradas, se paseaba, se dedicaba a la jardinería. Su cordialidad regocijada me deprimía, yo me decía que volveríamos a encontrarnos exactamente en el mismo punto, con ese muro de silencio entre nosotros. El teléfono no acerca, confirma las distancias. No se es dos como en una conversación puesto que no se ve. No se está solo como delante del papel, que permite hablarse hablándole al otro, buscar, encontrar la verdad. He tenido ganas de escribirle: ¿pero qué? A mi fastidio se mezclaba una inquietud. Los amigos a quienes había enviado mi ensayo tendrían que haberme escrito hablándome de ello: ninguno lo hacía, ni siquiera Martine. La semana siguiente a la partida de André, de repente hubo un gran número de artículos sobre mi libro. Los del lunes me defraudaron, los del miércoles me irritaron, los del jueves me aterraron. Los más severos hablaban de charlatanería, los más benevolentes de interesante repetición. A todos se les había escapado la originalidad de mi trabajo. ¿No había sabido ponerla en claro? He

llamado a Martine. Las críticas eran estúpidas, me dijo, era preciso no tenerlas en cuenta. En cuanto a su propia opinión, quería esperar a terminar el libro para dármela, iba a terminarlo y a reflexionar esa misma noche, al día siguiente vendría a París. Al colgar el auricular tenía la boca amarga. Martine no había querido decírmelo por teléfono: por lo tanto, su juicio era desfavorable. Yo no comprendía. Por lo común no me engaño sobre lo que hago.

Habían pasado tres semanas desde nuestro reencuentro en el parque Montsouris (tres semanas que se cuentan entre las más desagradables de mi vida). Normalmente hubiera estado contenta ante la idea de volver a ver a Martine. Pero me sentía más angustiada que cuando esperaba los resultados de la licenciatura. Después de rápidos cumplidos, arremetí:

—Entonces, ¿usted qué piensa?

Me respondió con frases ponderadas, que una sentía cuidadosamente preparadas. Ese ensayo era una excelente síntesis, elucidaba ciertos puntos oscuros, ponía útilmente en claro lo que mi obra había aportado de nuevo.

—Pero el ensayo en sí mismo, ¿aporta algo de nuevo?

—No es ése el objetivo.

—Era el mío.

Se turbó; insistí, la acosé. Según ella, los métodos que proponía los había aplicado ya en mis estudios anteriores; en muchos pasajes, incluso los había netamente explicitado. No, no innovaba. Más bien se trataba, como había dicho Pélissier, de un sólido resumen.

—Había querido hacer otra cosa completamente distinta.

Me sentía a la vez alterada e incrédula, como sucede a menudo cuando una mala noticia se abate sobre uno. La unanimidad del veredicto era aplastante y sin embargo me decía: «No puedo haberme equivocado tanto».

En el jardín donde cenamos, a las puertas de París, hice un gran esfuerzo para disimular mi contrariedad. Terminé por decir:

—Me pregunto si a partir de los sesenta años una no está condenada a repetirse.

—¡Qué idea!

—Pintores, músicos, incluso filósofos que se hayan superado a la vejez, hay muchos; pero escritores, ¿puede citarme alguno?

—Víctor Hugo.

—Sea. ¿Pero qué otro? Montesquieu prácticamente se detuvo a los cincuenta y nueve años, con *El espíritu de las leyes*, que había concebido desde hacía muchos años.

—Debe de haber muchos casos.

—Pero no se le ocurre ninguno.

—¡Vamos!, no va a descorazonarse —me dijo Martine con reproche—. Toda obra comporta altibajos. Esta vez no ha conseguido todo lo que deseaba: tendrá su revancha.

—En general, mis fracasos me estimulan. Esta vez es diferente.

—No veo en qué.

—A causa de la edad. André afirma que los sabios están acabados antes de los cincuenta años. En literatura, sin duda, también llega un momento en el que ya no se puede adelantar.

—En literatura estoy segura de que no —dijo Martine.

¿Y en las ciencias?

—De eso no sé nada.

Volví a ver el rostro de André. ¿Había experimentado el mismo tipo de decepción que yo? ¿Una vez, definitivamente, o en varias ocasiones?

—Usted tiene científicos entre sus amigos. ¿Qué piensa de André?

—Que es un gran sabio.

—¿Pero cómo juzgan lo que hace en este momento?

—Tiene un excelente equipo, sus trabajos son muy importantes.

—Él dice que todas las ideas nuevas vienen de sus colaboradores.

—Es posible. Parece que los sabios descubren solamente en la plenitud de la vida. En las ciencias casi todos los premios Nobel son hombres jóvenes.

Suspiré:

—Entonces André tiene razón: no descubrirá nada más.

—No se tiene derecho a prejuzgar el porvenir —dijo Martine cambiando bruscamente de tono—. Después de todo, no hay más que casos particulares. Las generalidades no prueban nada.

—Quisiera creerla —confesé. Y desvié la conversación.

Al irse, Martine me dijo con un aire de duda:

—Voy a releer su libro. Lo he leído demasiado rápidamente.

—Lo ha leído, y es un fracaso. Pero, como usted decía, no es muy grave.

—Nada grave en absoluto. Estoy segura de que aún escribirá mucho, muy buenos libros.

Estaba aproximadamente segura de lo contrario, pero no quise contradecirla.

—¡Usted es tan joven! —agregó.

Me lo dicen a menudo y me siento halagada. De pronto, la palabra me irritó. Es un cumplido ambiguo que anuncia penosos días futuros. Conservar vitalidad, alegría, presencia de espíritu, es permanecer joven. Por lo tanto, la parte que le toca a la vejez es la rutina, la morosidad, la chochez. No soy joven, estoy bien conservada, es muy distinto. Bien conservada y quizás acabada. He tomado un somnífero y me he metido en la cama.

Al despertar me he encontrado en un extraño estado, más febril que ansioso. He dejado el teléfono descolgado, he acometido la relectura de mi *Rousseau* y de mi *Montesquieu*. He leído diez horas seguidas, interrumpiéndome apenas para comer dos huevos duros y una loncha de jamón. Curiosa experiencia: reanimar esos textos nacidos de mi pluma y olvidados. Por momentos me interesaban, me sorprendían

como si otra los hubiera escrito; sin embargo, reconocía ese vocabulario, esos cortes de frase, esos comienzos, esas elipsis, esos tics; esas páginas estaban totalmente impregnadas de mí, era una intimidad repugnante como el olor de una habitación donde uno ha estado confinado demasiado tiempo. Me obligué a tomar el aire, a cenar en el pequeño restaurante de al lado; en casa me he bebido unas tazas de café muy fuerte y he abierto mi último ensayo. Lo tenía bien presente y sabía de antemano cuál sería el resultado de esa comprobación. Todo lo que tenía que decir había sido dicho en mis dos monografías. Me limitaba a repetir bajo otra forma aquellas ideas que tenían interés. Me había equivocado cuando creía progresar. E inclusive, separados del contenido singular al que los había aplicado, mis métodos perdían algo de su sutileza, de su flexibilidad. No aportaba nada nuevo; absolutamente nada. Y sabía que el segundo tomo no hacía más que prolongar ese moverse en el mismo sitio. Así es: había pasado tres años escribiendo un libro inútil. No solamente errado, como algunos otros en los cuales, a través de torpezas y tanteos, abría perspectivas. Inútil. Para echar al fuego.

No prejuzgar el porvenir. Fácil de decir. Lo veía. Se extendía delante de mí hasta perderse de vista, vacío, desnudo. No más proyectos, no más deseos. No escribiré más. ¿Entonces qué haré? Qué vacío en mí, alrededor de mí. Inútil. Los griegos llamaban a sus ancianos abejorros. «Abejorro inútil», se dice Hécuba en *Las troyanas*. Se trata de mí. Estaba aniquilada. Me preguntaba cómo se logra vivir todavía cuando no se espera nada más de sí.

Por amor propio no quise adelantar mi partida y por teléfono no le hablé a André de nada. ¡Pero qué largos han parecido los tres días siguientes! Discos insulsos en sus fundas de colores vivos, y volúmenes apretados sobre los estantes de madera, ni la música ni las frases podían hacer nada por mí. Antes esperaba de ellas un estímulo o un descanso. No veía más que un entretenimiento cuya gratuidad me asqueaba. ¿Ir a una exposición, volver al Louvre? Había deseado tanto tener tiempo cuando me faltaba. Pero si diez días atrás no había sabido ver en las iglesias y los castillos más que piedras apiladas, ahora sería peor todavía. Entre el cuadro y mi mirada no pasaría nada. Sobre la tela no vería más que colores escupidos por un tubo y esparcidos por un pincel. Pasearme me aburría, ya lo había comprobado. Mis amigos estaban de vacaciones y, por otra parte, no deseaba ni su sinceridad ni sus mentiras. Philippe… ¡con cuánto dolor lo echaba de menos! Apartaba de mí su imagen, me llenaba los ojos de lágrimas.

Así que me he quedado en casa, a rumiar mis pensamientos. Hacía mucho calor; aunque bajara las cortinas me ahogaba. El tiempo se estancaba. Es terrible —tengo ganas de decir: es injusto— que pueda pasar a la vez tan rápida y tan lentamente. Franqueaba la puerta del liceo de Bourg, casi tan joven como mis alumnas, miraba con compasión a los viejos profesores de cabellos grises. ¡Y zas! Me he vuelto una vieja profesora, y después la puerta del liceo se ha cerrado. Durante años mis clases me dieron la ilusión de no cambiar de edad: en cada nueva temporada escolar las

reencontraba, igualmente jóvenes, y me identificaba con esa inmovilidad. En el océano del tiempo yo era una roca batida por las olas siempre nuevas y que no se mueve ni se desgasta. Y repentinamente el flujo me arrastra y me arrastrará hasta que me hunda en la muerte. Mi vida se precipita trágicamente. Y no obstante, en este momento, con qué lentitud gotea (hora a hora, minuto a minuto). Hay que esperar siempre que el azúcar se disuelva, que el recuerdo se esfume, que la herida cicatrice, que el sol se oculte, que el fastidio se disipe. Extraño corte entre esos dos ritmos. Al galope mis días huyen y en cada uno de ellos languidezco.

No me quedaba más que una esperanza. André. ¿Pero podría colmar ese vacío en mí? ¿En qué estábamos? Y en principio, ¿qué habíamos sido el uno para el otro, a lo largo de esta vida que llaman en común? Quería decidir sin hacer trampas. Para eso era preciso recapitular nuestra historia. Siempre me prometía hacerlo. Lo intenté. Arrellanada en un profundo sillón, los ojos en el techo, me relaté nuestros primeros encuentros, nuestro casamiento, el nacimiento de Philippe. No me enteraba de nada que ya no supiera. ¡Qué pobreza! «El desierto del pasado», dijo Chateaubriand. ¡Tiene razón, desgraciadamente! Me había más o menos imaginado que mi vida, detrás de mí, era un paisaje en el cual podría pasearme a mi gusto, descubriendo poco a poco sus meandros y sus repliegues. No. Soy capaz de recitar nombres, fechas, como un escolar declama una materia bien aprendida sobre un tema que le es extraño. Y de tarde en tarde, resucitaban imágenes mutiladas, descoloridas, tan abstractas como las de mi vieja historia de Francia; se recortan arbitrariamente, sobre un fondo blanco. El rostro de André no cambia nunca a través de las evocaciones. Me detuve. Lo que hacía falta era reflexionar. ¿Me ha amado como yo lo amaba? Al principio, pienso que sí, o más bien la pregunta no se planteaba para ninguno de los dos: nos entendíamos bien. Pero cuando su trabajo dejó de satisfacerle, ¿se dio cuenta de que nuestro amor no le bastaba? ¿Se sintió decepcionado por eso? Pienso que me considera como un invariable, cuya desaparición lo desconcertaría pero que no podría modificar en nada su destino, ya que la partida se juega en otra parte. Entonces ni siquiera mi comprensión le aportará gran cosa. ¿Otra mujer lograría darle algo más? La barrera entre nosotros, ¿quién la había levantado? ¿Él, yo, ambos? ¿Había posibilidad de derribarla? Estaba cansada de interrogarme. Las palabras se descomponían en mi cabeza: amor, entendimiento, desacuerdo, ruidos carentes de sentido. ¿Nunca lo habían tenido? Cuando tomé el expreso del sur, a principios de una tarde, no sabía en absoluto lo que esperaba.

Él me esperaba en el andén de la estación. ¡Después de tantas imágenes y palabras, y esa voz desencarnada, de pronto la evidencia de una presencia! Curtido por el sol, más delgado, los cabellos recién cortados, vestido con un pantalón de dril y con una camisa de mangas cortas, era algo diferente del André que había dejado, pero era él. Mi alegría no podía ser falsa, no podía aniquilarse en unos pocos instantes. ¿O sí? Tenía gestos afectuosos para instalarme en el coche, y sonrisas llenas de gentileza

mientras nos dirigíamos hacia Villeneuve. Pero estamos tan habituados a hablarnos amablemente que ni los gestos ni las sonrisas significaban gran cosa. ¿Estaba verdaderamente contento de volver a verme?

Manette puso su mano seca sobre mi hombro, un beso rápido sobre mi frente. «Buenos días, niña mía». Cuando ella esté muerta, nadie más me llamará «niña mía». Me resulta difícil pensar que tengo quince años más que en su primera aparición. A los cuarenta y cinco años ella me parecía casi de la misma edad que ahora.

Me senté en el jardín con André; las rosas maltratadas por el sol exhalaban un olor penetrante como un quejido. Le dije:

—Has rejuvenecido.

—¡Es la vida del campo! ¿Cómo andas tú?

—Físicamente bien. ¿Pero has visto mis críticas?

—Algunas.

—¿Por qué no me has advertido de que mi libro no valía nada?

—Exageras. Es menos diferente de los otros de lo que pensabas. Pero está lleno de cosas interesantes.

—No te ha interesado tanto.

—¡Oh!, yo… ya nada me cautiva. No hay peor lector que yo.

—Incluso Martine lo juzga severamente; y, pensándolo bien, yo también.

—Tratabas de hacer algo muy difícil, anduviste un poco a tientas. Pero supongo que ahora ves claro; te desquitarás en el segundo volumen.

—Lamentablemente, no. Lo errado es la concepción misma del libro. El segundo volumen será tan malo como el primero. Abandono.

—Es una decisión muy apresurada. Dame a leer tu manuscrito.

—No lo he traído. Sé que es malo, créeme.

Me miró perplejo. Sabe que no me descorazono fácilmente.

—¿Qué vas a hacer en lugar de eso?

—Nada. Creía tener pan en el horno para dos años. Bruscamente, el vacío.

Puso su mano sobre la mía.

—Comprendo que estés abatida. Pero no te atormentes demasiado. Por el momento se impone forzosamente el vacío. Y después, un día, una idea aparece.

—Ves cómo uno es optimista cuando se trata de otros.

Insistió, era su papel. Citó autores de los cuales hubiera sido interesante hablar. ¿Pero volver a comenzar mi *Rousseau*, mi *Montesquieu*, para qué? Había querido encontrar otro ángulo: no lo encontraría. Recordaba las cosas que André había dicho. Esas resistencias de las cuales me había hablado, las reencontraba en mí. Mi aproximación a los problemas, mis hábitos de pensamiento, mis perspectivas, mis presuposiciones, eran yo misma, no imaginaba un cambio. Mi obra estaba detenida, terminada. Con ello mi vanidad no sufría. Si hubiera tenido que morir durante la noche, habría estimado que mi vida era un logro. Pero estaba aterrada por ese desierto a través del cual iba a arrastrarme hasta desembocar en la muerte. Durante la cena me

esforcé por poner buena cara. Felizmente, Manette y André discutieron apasionadamente acerca de las relaciones chino-soviéticas.

Subí a acostarme temprano. Mi habitación olía a lavanda, tomillo y hojas de pino: me parecía haberla dejado la víspera. ¡Un año ya! Cada año pasa más rápidamente que el precedente. No tendría mucho que esperar antes de dormirme para siempre. Mientras tanto, ya sabía cómo las horas pueden arrastrarse lentamente. Y aún amo demasiado la vida para que la idea de la muerte me consuele. En el silencio campestre he dormido, a pesar de todo, con un sueño apaciguador.

—¿Quieres dar un paseo? —me preguntó André al día siguiente por la mañana.

—Desde luego.

—Voy a mostrarte un lindo rincón que he vuelto a descubrir. Al borde del Gard. Lleva el traje de baño.

—No tengo.

—Manette te prestará uno. Vas a ver, te sentirás seducida.

Seguimos en coche a través de landas con angostos caminos polvorientos. André hablaba con volubilidad. Desde hacía muchos años no había pasado aquí una temporada tan larga. Había tenido tiempo para explorar de nuevo la región, para volver a ver a sus compañeros de infancia. Parecía decididamente mucho más joven y alegre que en París. Yo no le había hecho falta en absoluto, se veía. ¿Durante cuánto tiempo había estado alegremente sin mí?

Detuve el coche:

—¿Ves esa mancha verde, abajo? Es el Gard. Forma una especie de hondonada, es ideal para bañarse y el sitio es encantador.

—Pero, fíjate hay una buena distancia. Hay que volver a subirla.

—No es cansado, lo he hecho con frecuencia. —Descendió la cuesta, muy rápidamente, con seguridad. Lo seguí desde lejos, frenándome, y tropezando un poco: una caída, una fractura, a mi edad no sería nada divertido. Podía subir rápidamente, pero nunca había sido muy buena para las bajadas.

—¿No es bonito?

—Muy bonito.

Me senté a la sombra de un peñasco. No para bañarme. Nado mal. Y hasta delante de André detesto mostrarme en traje de baño. Un cuerpo de viejo es, a pesar de todo, menos feo que un cuerpo de vieja, me dije viéndolo chapuzarse en el agua. Agua verde, cielo azul, olor a monte: aquí habría estado mejor que en París. Si él hubiera insistido, habría venido antes: pero eso es justamente lo que él no había querido.

Se sentó junto a mí sobre la arenilla.

—Has hecho mal. ¡Estaba fantástica!

—Estaba muy bien aquí.

—¿Cómo has encontrado a mamá? Es sorprendente, ¿eh?

—Sorprendente. ¿Qué hace durante todo el día?

—Lee mucho; escucha la radio. Le he propuesto comprarle un televisor, pero se ha negado; me dijo: «No dejo entrar a cualquiera a mi casa». Cuida el jardín. Va a las reuniones de su célula. No se inquieta nunca, como ella dice.

—En suma, es el mejor período de su vida.

—Seguramente. Es uno de esos casos en que la vejez es una edad feliz: cuando uno ha llevado una vida dura y más o menos devorada por los demás.

Cuando comenzamos a subir de nuevo hacía mucho calor; el camino era más largo, más arduo de lo que había dicho André. Caminaba a largas zancadas; y yo, que antes trepaba tan gallardamente, me arrastraba lejos detrás de él, era humillante. El sol me barrenaba las sienes, la agonía estridente de las amorosas cigarras me perforaba los oídos; jadeaba.

—Caminas demasiado rápido —dije.

—No te apresures. Te espero arriba.

Me detuve, bañada en sudor. Seguí. Ya no era dueña de mi corazón, de mi aliento; mis piernas apenas me obedecían; la luz me lastimaba los ojos; el canto de amor y de muerte de las cigarras, en su monotonía obstinada, me hacía rechinar los nervios. Llegué al coche con el rostro y la cabeza ardiendo, al borde de la congestión, me parecía.

—Estoy muerta.

—Deberías haber subido.

—Trataré de acordarme de tus caminitos fáciles.

Regresamos en silencio. Hacía mal en irritarme por una nadería. Siempre he sido colérica: ¿me volvería agria? Era preciso que tuviera cuidado. Pero no conseguía vencer mi despecho. Y me sentía tan mal que temí una insolación. Comí dos tomates y fui a descansar a la habitación, donde la sombra, el embaldosado, la blancura de las sábanas daban una falsa impresión de frescura. Cerré los ojos, en el silencio escuché el tic tac de un reloj de péndulo. Había dicho a André: «No veo lo que se pierde al envejecer». ¡Y bien! Ahora lo veía. Siempre me he negado a enfocar la vida a la manera de Fitzgerald, como un «proceso de degradación». Pensaba que mi relación con André no se alteraría jamás, que mi obra no cesaría de enriquecerse, que Philippe se parecería cada día más al hombre que yo había querido hacer de él. Por mi cuerpo no me inquietaba. Y creía que incluso el silencio tenía frutos. ¡Qué ilusión! La expresión de Sainte-Beuve es más verdadera que la de Valéry: «Uno se endurece por partes, se pudre en otras, jamás se madura». Mi cuerpo me abandonaba. Ya no era capaz de escribir; Philippe había traicionado todas mis esperanzas y lo que me apesadumbraba todavía más era que entre André y yo las cosas estaban deteriorándose. ¡Qué engaño, ese progreso, esa ascensión con la que me había embriagado, puesto que viene el momento del hundimiento! Ya se había iniciado. Y ahora sería muy rápido y muy lento: nos volveríamos unos ancianos.

Cuando bajé, el calor se había apaciguado; Manette leía, cerca de una ventana que daba sobre el jardín. La edad no la había disminuido, ¿pero qué pasaba en el fondo de

ella misma? ¿Pensaba en la muerte? ¿Con resignación, con temor? No me atrevía a preguntárselo.

—André ha ido a jugar a la petanca —me dijo.

Me he sentado frente a ella. De todas maneras, si yo llegase a los ochenta años, no me parecería a ella. No me imaginaba llamando libertad a mi soledad y aprovechando tranquilamente cada instante. A mí, la vida iba poco a poco a sacarme todo lo que me había dado; ya había comenzado.

—Así que —me dijo—, Philippe ha abandonado la enseñanza; no es bastante bueno para él; quiere volverse un gran señor.

—Desgraciadamente, sí.

—Esta juventud no cree en nada. Hay que reconocer que vosotros no creéis tampoco en gran cosa.

—¿André y yo? Pues claro que sí.

—André está contra todo. Ése es el error. Por eso Philippe se ha encaminado mal. Es necesario estar a favor de algo.

No se ha resignado nunca a que André no se afiliara al Partido. Yo no tenía ganas de discutirlo. Conté el paseo de la mañana y pregunté:

—¿Dónde ha guardado las fotos?

En un ritual, todos los años miro el viejo álbum. Pero no está nunca en el mismo lugar.

Lo ha dejado sobre la mesa, así como una caja de cartón. Hay pocas fotos, muy viejas. Manette, el día de su boda, con un largo vestido austero. Un grupo: ella con su marido, sus hermanos, sus hermanas, toda una generación de la cual es la única sobreviviente. André niño, el aire testarudo, decidido. Renée a los veinte años, entre sus dos hermanos. Pensábamos que no nos consolaríamos nunca de su muerte; veinticuatro años y esperaba tanto de la vida. ¿Qué hubiera obtenido de ella? ¿Cómo hubiera soportado su vejez? Mi primer encuentro con la muerte, cómo lloré. Después he llorado cada vez menos: mis padres, mi cuñado, mi suegro, los amigos. También eso es envejecer. Tantos muertos detrás de uno, echados de menos, olvidados. A menudo, cuando leo el periódico, me entero de una nueva muerte: un escritor querido, una colega, un viejo colaborador de André, uno de nuestros camaradas políticos, un amigo perdido de vista. Uno debe de sentirse extraño cuando queda, como Manette, como el único testigo de un mundo abolido.

—¿Miras las fotos?

André se inclinaba sobre mi hombro. Hojeó el álbum y me señaló una imagen que lo representaba, a los once años, con los compañeros de su clase.

—Más de la mitad están muertos —me dijo—. A éste, Pierre, he vuelto a verle. A aquél también. Y a Paul, que no está en la foto. Hace ya veinte años que no nos habíamos visto. Apenas los reconocí. No se diría que tienen exactamente mi edad: se han transformado en ancianos. Mucho más deslucidos que Manette. Para mí fue un golpe.

—¿A causa de la vida que han llevado?

—Sí. Ser campesino, en un rincón así, es algo que gasta a un hombre.

—En comparación, te sentiste joven.

—No joven. Pero sí injustamente privilegiado. —Volvió a cerrar el álbum—: Te llevo a tomar el aperitivo a Villeneuve.

—De acuerdo.

En el coche me ha hablado de la partida de petanca que acaba de ganar, había hecho grandes progresos desde su llegada. Su humor parecía inalterablemente bueno, mi irritación no lo había perturbado, lo comprobé con algo de amargura. Detuvo el coche junto a un terraplén con sombrillas azules y anaranjadas bajo las cuales la gente bebía anisados; el olor del anís flotaba en el aire. Pidió lo mismo para nosotros. Hubo un largo silencio. Dijo:

—Es alegre este sitio.

—Muy alegre.

—Lo dices con un aire lúgubre. ¿Añoras París?

—¡Oh, no! En este momento los lugares me importan un comino.

—La gente también, tengo la impresión.

—¿Por qué dices eso?

—No estás muy locuaz.

—Discúlpame. Me siento mal. He tomado demasiado sol esta mañana.

—Por lo común, eres tan sufrida.

—Envejezco.

Mi voz no era amable. ¿Qué había esperado de André? ¿Un milagro? ¿Que un golpe de varita mágica hubiese vuelto mi libro bueno, las críticas favorables? ¿O que cerca de él mi fracaso se volviera indiferente? Había hecho para mí muchos pequeños milagros; en la época que vivía tenso hacia su porvenir, su ardor animaba el mío. Me daba, me devolvía confianza. Había perdido ese poder. Aunque hubiera conservado la fe en su propio destino, no habría sido suficiente para fortalecerme respecto del mío… Sacó una carta del bolsillo.

—Philippe me ha escrito.

—¿Cómo sabía dónde estabas?

—Le hablé por teléfono el día de mi partida, para despedirme. Me cuenta que lo echaste.

—Sí. No me arrepiento. No puedo querer a alguien que no estimo.

André me sonrió.

—No sé si obras de muy buena fe.

—¿Cómo?

—Te colocas en un plano moral, cuando es sobre todo en el plano afectivo que te sientes traicionada.

—Las dos cosas.

Traicionada, abandonada, sí; una herida demasiado sangrante como para que soporte hablar de ella. Volvimos a quedarnos en silencio. ¿Iba a instalarse definitivamente entre nosotros? Una pareja que continúa porque ha empezado, sin otra razón: ¿era eso lo que estábamos a punto de volvernos? ¿Pasar todavía quince años, veinte años, sin agravio particular, sin animosidad, pero cada uno en su enojo, atado a su problema, rumiando su fracaso personal, toda palabra transformada en vana? Habíamos empezado a vivir a destiempo. En París yo estaba contenta, él sombrío. Le guardaba rencor por estar contento ahora que yo me había ensombrecido. Hice un esfuerzo:

—Dentro de tres días estaremos en Italia. ¿Te gusta?

—Si te gusta a ti.

—Me gusta si te gusta.

—¿Por qué a ti los lugares definitivamente te importan un bledo?

—Con frecuencia, también a ti te importan un bledo.

No contestó nada. Algo se había interpuesto en nuestro diálogo: cada uno interpretaba al revés lo que decía el otro. ¿Terminaríamos algún día? ¿Por qué mañana más que hoy, en Roma más que aquí?

—¡Y bien!, volvamos —dije al cabo.

Matamos la tarde jugando a las cartas con Manette.

Al día siguiente no quise exponerme al sol y al chirrido de las cigarras. ¿Para qué? Ante el castillo de los papas o el puente del Gard, sabía que permanecería tan indiferente como en Champeaux. Pretexté un dolor de cabeza para quedarme en la casa. André había traído una docena de obras nuevas, se zambulló en una de ellas. Yo estoy al día, las conocía todas. Examiné la biblioteca de Manette. Los clásicos Garnier, algunos Pléiades que le habíamos regalado. Durante mucho tiempo no había tenido la ocasión de volver a esos textos, los había olvidado. Y sin embargo, sentía pereza ante la idea de releerlos. Uno se acuerda a medida que hace falta, o por lo menos se hace la ilusión. La frescura primera está perdida. ¿Qué tenían que darme, esos escritores que me habían hecho lo que era y ya no dejaría de ser? Abrí, hojeé algunos volúmenes; todos tenían un sabor casi tan nauseabundo como el de mis propios libros: sabor a polvo.

Manette ha levantado la vista de su diario.

—Empiezo a creer que veré con mis ojos hombres en la Luna.

—¿Con tus ojos? ¿Harás el viaje? —preguntó André con voz riente.

—Me comprendes muy bien. Sabré que están allí. Y serán rusos, hijito mío. Los yanquis la han pifiado con su oxígeno puro.

—Sí, mamá, verás a los rusos en la Luna —dijo André cariñosamente.

—Pensar que comenzamos en las cavernas, exactamente con nuestros diez dedos a nuestro servicio —continuó ensoñadoramente Manette—. Y hemos llegado donde estamos: reconoce que es alentador.

—Es cierto que la historia de la humanidad es hermosa —dijo André—. Lástima que la de los hombres sea tan triste.

—No lo será siempre. Si tus chinos no hacen saltar la Tierra, nuestros nietos conocerán el socialismo. Viviré todavía cincuenta años para verlo.

—¡Qué salud! La estás escuchando —me dijo André—. Volvería a enrolarse por cincuenta años.

—¿Tú no, hijo mío?

—No mamá, francamente, no. La historia sigue por tan curiosos caminos que apenas sí tengo la impresión de que me concierne. Me siento en la superficie. Entonces, ¡dentro de cincuenta años…!

—Lo sé, ya no crees en nada —dijo Manette reprobadoramente.

—Eso no es totalmente cierto.

—¿En qué crees?

—En el sufrimiento de la gente, y que es abominable. Es necesario hacer todo lo posible para suprimirlo. A decir verdad, ninguna otra cosa me parece importante.

—Entonces —pregunté—, ¿por qué no la bomba, por qué no la aniquilación? Que todo salte en pedazos, que se termine.

—A veces uno se siente tentado de desearla. Pero prefiero soñar que la vida podría ser sin dolor.

—La vida para hacer algo con ella —dijo Manette con aire batallador.

El tono de André me había helado; no estaba tan despreocupado como parecía. «Lástima que la de los hombres sea tan triste.» ¡Con qué voz lo había dicho! Le miré, tuve tal ímpetu hacia él que repentinamente me invadió una certeza. Nunca seríamos dos extraños. Uno de estos días, mañana quizá, nos reencontraríamos puesto que mi corazón ya lo había encontrado. Después de la cena, fui yo quien propuso salir. Nos dirigimos lentamente hacia el fuerte Saint-André. Pregunté:

—¿Piensas verdaderamente que nada cuenta sino suprimir el sufrimiento?

—¿Qué otra cosa?

—No es alegre.

—No. Mucho menos cuando no se sabe cómo combatirlo. —Calló un momento —: Mamá acaba de decir que no creemos en nada. Pero prácticamente ninguna causa es por completo nuestra: no estamos con la URSS y sus compromisos; tampoco con China; en Francia ni por el régimen ni por ninguno de los partidos de la oposición.

—Es una situación incómoda —dije.

—Eso explica un poco la actitud de Philippe: estar contra todo, a los treinta años, no es nada exaltante.

—A los sesenta tampoco. No es una razón para renegar de sus ideas.

—¿Eran verdaderamente «sus» ideas?

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh!, por supuesto, las grandes injusticias, las grandes porquerías, eso le subleva. Pero nunca ha estado totalmente politizado. Adoptó nuestras opiniones

porque no podía hacer otra cosa, veía el mundo a través de nuestros ojos: ¿pero hasta qué punto estaba convencido?

—¿Y los riesgos que corrió durante la guerra de Argelia?

—Eso lo asqueaba sinceramente. Y además, las maletas, las manifestaciones, era la acción, la aventura. Eso no prueba que haya sido profundamente de izquierdas.

—Curiosa manera de defender a Philippe: demoliéndolo.

—No. No lo demuelo. Cuanto más reflexiono, más excusas le encuentro. Mido cuánto hemos pesado sobre él; ha terminado por tener necesidad de afirmarse en nuestra contra, a cualquier precio. Y después hablas de Argelia: lindamente defraudado. Ninguno de los tipos por los que se comprometió le ha dado señales de vida. Y allá el gran hombre es De Gaulle.

Nos sentamos sobre la hierba, al pie del fuerte. Escuchaba la voz de André, calma y convincente; de nuevo podríamos hablarnos y algo se desanudaba dentro de mí. Por primera vez pensaba en Philippe sin cólera. Sin alegría también, pero apaciblemente: tal vez porque André estaba repentinamente tan próximo que la imagen de Philippe se desdibujaba.

—Hemos pesado sobre él, sí —dije con buena voluntad. Pregunté—: ¿Piensas que debo volver a verlo?

—Lo apenaría enormemente que siguieras enojada con él: ¿para qué le serviría?

—No me propongo causarle pena. Me siento vacía, eso es todo.

—¡Oh! Por supuesto, ya nunca será lo mismo entre él y nosotros.

Miré a André. Entre él y yo me parecía que ya todo había vuelto a ser lo mismo. La luna brillaba y también la pequeña estrella que la escolta fielmente, y una gran paz descendió en mí: «Estrellita te veo. / Que la luna atrae a sí». Volvía a encontrar las viejas palabras en mi garganta, tal como habían sido escritas. Me unían a los siglos pasados, cuando los astros brillaban exactamente como hoy. Y ese renacimiento y esa permanencia me daban una impresión de eternidad. La tierra me parecía fresca como en las primeras edades y ese instante se bastaba. Yo estaba allí, miraba a nuestros pies los techos de tejas bañados por el claro de luna, sin razón, por el placer de mirarlos. Este desinterés tenía un encanto punzante.

—Tal es el privilegio de la literatura —dije—. Las imágenes se deforman, palidecen. Las palabras, uno se las lleva consigo.

—¿Por qué piensas en eso? —preguntó André.

Le cité los dos versos de *Aucassin et Nicolette*. Agregué con nostalgia:

—¡Qué hermosas son las noches aquí!

—Sí. Es lamentable que no hayas podido venir antes.

Me sobresalté:

—¡Es lamentable! ¡Pero si no querías que viniera!

—¿Yo? ¡Ésa sí que es buena! Fuiste tú quien se negó. Cuando te dije: «¿Por qué no salir enseguida para Villeneuve?», me contestaste: «Buena idea. Vete pues».

—No fue así. Dijiste, lo recuerdo textualmente: «De lo que tengo ganas es de ir a Villeneuve». Estabas harto de mí, todo lo que querías era escaparte.

—¡Estás loca! Evidentemente quería decir: «Tengo ganas de que vayamos a Villeneuve». Y me contestaste «vete pues», con una voz que me heló. A pesar de todo insistí.

—¡Oh!, de labios para afuera; sabías que me negaría.

—Absolutamente no.

Tenía un aspecto tan sincero que me asaltó la duda. ¿Había podido equivocarme? La escena estaba fija en mi memoria, no podía cambiarla. Pero estaba segura de que él no mentía.

—Qué tonto es —dije—. Fue un duro golpe cuando vi que habías decidido partir sin mí.

—Es tonto —dijo André—. ¡Me pregunto por qué creíste eso!

Reflexioné:

—Desconfiaba de ti.

—¿Porque te había mentido?

—Desde hacía algún tiempo me parecías cambiado.

—¿En qué?

—Te hacías el viejo.

—No me lo hacía. Ayer tú misma me dijiste: Envejezco.

—Pero te abandonabas. En un montón de cosas.

—¿Por ejemplo?

—Tenías tics; esa manera de manosearte la encía.

—¡Ah!, eso…

—¿Qué?

—Mi mandíbula está un poco infectada en ese sitio; si es algo serio, mi puente se debilitará, tendré que usar dentadura postiza. ¡Te das cuenta!

Me doy cuenta. En sueños a veces todos mis dientes se vienen abajo en mi boca y de golpe la decrepitud se me viene encima. Dentadura postiza…

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Hay disgustos que uno guarda para sí.

—Quizá sea un error. Es así como se llega a los malentendidos.

—Puede ser. —Se puso de pie—. Vamos, cogeremos frío.

Yo también me puse de pie. Descendimos lentamente la pendiente herbosa.

—Sin embargo, tienes algo de razón al decir que me hacía el viejo —dijo André—. Exageraba la nota. Cuando vi todos esos tipos mucho más ajados que yo y que toman las cosas como vienen, sin montarse historias, me llamé a la realidad. He decidido reaccionar.

—¡Ah, entonces es eso! Pensé que era mi ausencia la que te había devuelto tu buen humor.

—¡Qué idea! Al contrario, por ti más que nada me he impuesto sobreponerme. No quiero ser un viejo puñetero. Viejo, ya es bastante, puñetero no.

Agarré su brazo, lo apreté contra el mío. Había reencontrado a André, a quien nunca había perdido y a quien jamás perderé. Entramos en el jardín, nos sentamos sobre un banco, al pie de un ciprés. La luna y su estrellita brillaban encima de la casa.

—Sin embargo, es verdad que la vejez existe —dije—. Y no es tan divertido decirse que uno está acabado.

Puso su mano sobre la mía.

—No te lo digas. Creo que sé por qué fracasaste en ese ensayo. Partiste de una ambición vacía: innovar, superarte. Eso es algo que no perdona. Comprender y hacer comprender a Rousseau, Montesquieu era un proyecto concreto que te llevó lejos. Si estás en vena otra vez, aún puedes hacer un buen trabajo.

—A grandes rasgos, mi obra quedará como está: he visto mis límites.

—Desde un punto de vista narcisista, no tienes gran cosa que ganar, es cierto. Pero aún puedes interesar a los lectores, enriquecerlos, hacerlos reflexionar.

—Sería de desear.

—Por mi parte, he tomado una decisión. Un año más e interrumpo todo. Vuelvo a meterme en el estudio, me pongo al día, lleno mis lagunas.

—¿Piensas que después volverás a empezar por buen camino?

—No. Pero hay cosas que ignoro, y que quiero saber. Nada más que para saberlas.

—¿Te bastará?

—En todo caso, durante un tiempo. No miremos demasiado lejos.

—Tienes razón.

Siempre habíamos mirado lejos. ¿Sería necesario aprender a vivir al día? Estábamos sentados uno al lado del otro bajo las estrellas, acariciados por el olor amargo del ciprés, nuestras manos se tocaban; por un instante el tiempo se había detenido. Se echaría a correr otra vez. ¿Y entonces? ¿Sí o no, yo podía trabajar todavía? ¿Mi rencor en contra de Philippe se desdibujaría? ¿Volvería a asaltarme la angustia de envejecer? No mirar demasiado lejos. A lo lejos estaban los horrores de la muerte y de los adioses; los postizos, las ciáticas, las invalideces, la esterilidad mental, la soledad en un mundo extraño que ya no comprendemos y que continuará su curso sin nosotros. ¿Lograré no alzar mi vista hacia esos horizontes? ¿O aprenderé a percibirlos sin espanto? Estamos juntos, ésa es nuestra posibilidad. Nos ayudaremos a vivir esta última aventura de la cual no regresaremos. ¿Eso nos la hará tolerable? No sé. Esperemos. No tenemos elección.

# MONÓLOGO

*Ella se venga por el monólogo*
FLAUBERT

¡Imbéciles! He corrido las cortinas la luz idiota de los faroles y de los árboles de Navidad no entra en el apartamento, pero los ruidos atraviesan las paredes. Los motores los frenos y ahora se ponen a tocar la bocina se creen campeones al volante de sus 404 modelo familiar semisport de tres al cuarto, de sus Dauphine lastimosos, de sus cabriolés blancos. Un cabriolé blanco con cojines negros eso sí que es bonito y los tipos silbaban cuando yo pasaba unos impertinentes oblicuos sobre mi nariz un pañuelo de Hermes en la cabeza. ¡Y ellos que creen enloquecerme con sus caras mal lavadas y los aullidos de sus bocinas! Si se hicieran papilla justo aquí bajo mi ventana eso sí que me divertiría. Asquerosos, me rajan los tímpanos y yo ya no tengo tapones; los dos últimos amortiguan la campanilla del teléfono están completamente asquerosos y prefiero tener las orejas rotas antes que escuchar sonar el teléfono. Suprimir ese escándalo ese silencio: dormir. Y no cerraré un ojo ayer no pude sentía terror de que fuera la víspera de hoy. He tomado tantos somníferos que ya no hacen efecto y ese médico es un sádico me los da en supositorios no puedo cargarme como un cañón. Tengo que descansar es preciso mañana quiero tener mi oportunidad con Tristan; nada de lágrimas ni gritos. «Esta situación es anormal. ¡Incluso desde el punto de vista de la pasta hasta que fracasó! Un hijo tiene necesidad de su madre.» Voy a pasar otra noche en blanco tendré los nervios de punta fallaré otra vez. ¡Asquerosos! Me cabalgan por la cabeza los veo los oigo. Se ceban de foie-gras podrido y pavo quemado y se relamen Albert y la señora Nanard Etiennette sus mocosos mi madre; es contra natura que mi propio hermano mi propia madre prefieran a mi ex marido. Todos ellos me importan un bledo únicamente que no me impidan dormir; una se vuelve apta para la jaula confiesa todo lo verdadero y lo falso que con eso no cuenten tengo una fuerte naturaleza no podrán conmigo.

¡Qué cagada sus fiestas; ya todos los días es bastante feo! Siempre he detestado la Navidad las Pascuas y el 14 de julio. Papá colgaba a Nanard de su hombro para que viera los fuegos artificiales y yo la mayor quedaba abajo apretada entre sus cuerpos justo a la altura del sexo de todos en medio del olor a sexo de esa multitud en celo y mamá decía «otra vez lloriqueando» me encajaba un helado en la mano para qué coño lo quería lo tiraba ellos suspiraban no podían darme una bofetada en una noche de 14 de julio. Él no me tocaba yo era su preferida: «Maldita chiquilla» pero cuando él reventó ella ya no se tomó la molestia y me encajaba los anillos contra la cara. Ni una vez yo le he atizado una bofetada a Sylvie. Nanard era el rey. Ella lo metía en su cama a la mañana yo los escuchaba hacerse cosquillas él dice que no es cierto que soy sucia evidentemente no va a confesarlo nunca lo confiesa quizás hasta lo haya olvidado para olvidar lo que los molesta son astutos y yo le hago la puñeta porque me acuerdo; ella se paseaba por su burdel de dormitorio casi en pelotas dentro de una bata de seda blanca manchada y agujereada por las quemaduras de cigarrillos él se pegaba a sus muslos dan náuseas las madres con sus cachorros debería haberme parecido a ellos eso sí que no. Yo quería chicos muchos niños limpios y que Francis no se volviera un marica como Nanard. Nanard con sus cinco hijos así y todo es un

bujarrón a mí no me engañan hay que detestar a las mujeres para haberse casado con ese gordinflón.

La cosa sigue. ¿Cuántos son? Por las calles de París centenares de miles. Y lo mismo en todas las ciudades por toda la tierra; tres mil millones y será peor todavía; el hambre no basta cada día son más numerosos; hasta el cielo está infestado muy pronto se atropellarán en el espacio como en las autopistas y la luna uno no podrá mirarla sin pensar que hay imbéciles que están diciendo idioteces. Me gustaba la luna se me parecía; y la ensuciaron como ensucian todo algo horrible esas fotos; una pobre cosa polvorienta y grisácea que cualquiera podrá pisotear.

Yo era limpia, pura, intransigente. Desde la infancia lo tuve metido en la sangre: no hacer trampas. Vuelvo a ver a esa extraña chica con su vestidito arrugado mamá me cuidaba tan mal y la vieja que susurra: «¿Así que queremos mucho al hermanito?». Y yo contesté serenamente: «Lo detesto». El frío; los ojos de mamá. Que yo haya sido celosa es normal todos los libros lo dicen; lo sorprendente lo que me gusta es que yo lo haya admitido. Nada de concesión nada de comedia: vuelvo a verme en esa chiquilla. Soy limpia soy verdadera no sigo el juego; eso los cabrea no les gusta que una vea claro en ellos quieren que uno crea sus lindas palabras o por lo menos que haga como que.

Ahí están con una de sus mascaradas: los galopes por la escalera las risas las voces maravilladas. ¿A qué viene eso de lanzarse por los aires en una fecha fija a hora fija, porque se cambia de calendario? Toda mi vida me ha asqueado ese tipo de historia. Debería contar mi vida. Tantas mujeres lo hacen las imprimen se habla de ellas se pavonean y mi libro sería más interesante que sus idioteces; las he pasado putas pero he vivido y sin mentiras sin tongos; la rabia que les daría al ver mi nombre y mi foto en los escaparates y el mundo sabría la verdad la verdadera. Volvería a tener un montón de tipos a mis pies son tan esnobs la peor birria si es célebre a ella se arrojan. Quizás encuentre uno que sepa amarme.

Mi padre me amaba. Nadie más. Todo salió de ahí. Albert no pensaba más que en salir volando yo lo quería con amor loco pobre loca. ¡Lo que he podido soportar joven e intacta como era! Entonces uno hace estupideces forzosamente; ¿a lo mejor era una artimaña que me prueba que él no conocía a Olivier? Una combinación asquerosa que me dejó rota.

Se veía venir bailan encima de mi cabeza. Así pues me estropean la noche mañana estaré hecha polvo tendré que grifarme para ver a Tristan y todo se irá al carajo. ¡No puede ser! ¡Cochinos! No tengo más que eso en la vida el sueño. Cochinos. Tienen derecho a despellejarme los oídos y pisotearme se aprovechan. «La puñetera de abajo no puede vocear es fin de año.» Reíros ya encontraré un medio de agarraros la puñetera os va a joder nunca me he dejado pisotear. Albert estaba furibundo: «¡No hay necesidad de hacer escándalo!»; «¡Sí precisamente!». Él bailaba con Nina sexo contra sexo ella instalaba sus enormes pechos apestaba a perfume pero se sentía por debajo el olor a bidé y él se estremecía se le endurecía como a un cerdo.

Escándalos bastantes he hecho en mi vida. He seguido siendo esa adolescente que había contestado «lo detesto», franca intrépida intacta.

Van a reventar el techo y se me caerán encima. Ya los estoy viendo es demasiado asqueroso se frotan uno contra otro sexo contra sexo eso los humedece las tipas las mujeres se pavonean porque el tipo tiene la picha al aire. Y cada uno se prepara para poner los cuernos a su mejor amigo su mejor amiga lo harán esta misma noche en el cuarto de baño sin ni siquiera tirados en el suelo vestido levantado sobre los muslos sudorosos cuando alguien vaya a mear tendrá que caminar sobre la leche como en casa de Rosa la noche del escándalo. Posible que esto va a ser una orgía de la leche la pareja de arriba son cincuentones a esa edad necesitan cosas raras para enhebrarse. Estoy segura de que Albert y su dama hacen cama redonda. Cristina tiene una cara para todo con ella no tiene que melindrear. Pobre idiota que yo era a los veinte años demasiado ingenua demasiado púdica. Era conmovedora esa torpeza hubiera merecido que me amaran. ¡Ah! he sido asquerosamente frustrada la vida no me ha hecho regalos.

Mierda reviento de sed tengo hambre pero levantarme de mi sillón ir a la cocina me mata. Una se hiela en este agujero solamente que si aprieto el botón de la calefacción el aire se secará por completo ya no tengo saliva en la boca y la nariz me quema. Qué inmundicia su civilización. Son capaces de ensuciar la luna pero no de calentar un apartamento. Si fueran astutos inventarían robots que irían a buscarme un zumo de fruta cuando tuviera ganas tendrían la casa ordenada sin que yo esté obligada a ser amable y escuchar sus bla-bla-bla.

Mariette mañana no viene tanto mejor me tiene harta el cáncer de su viejo padre. A ésa también la he metido en cintura más o menos se mantiene en su lugar. Hay algunas que se calzan guantes de goma para fregar la vajilla y que se hacen las señoras no lo soporto. Tampoco quiero que sean zaparrastrosas que uno encuentre pelos en la ensalada y marca de dedos en las puertas. Tristan es un imbécil. Trato muy bien a las criadas. Pero quiero que hagan su trabajo limpiamente sin historias y sin contarme sus vidas. Para eso hay que domarlas como se doma a los niños para hacer de ellos adultos que valgan.

Tristan no ha domado a Francis; la roñosa de Mariette me deja a dos velas; el salón quedará inmundo después de la visita. Van a aparecer con su regalo de chicha y nabo nos besaremos serviré los dulces y Francis me dará las respuestas que su padre ya le habrá soplado miente como una persona mayor. Yo hubiera hecho de él un buen chico. Voy a decirle a Tristan: un niño privado de su madre siempre termina mal se volverá un golfo o un marica tú no quieres eso. Me da náuseas mi voz ponderada; tendría ganas de aullar: ¡es contra natura separar a un hijo de su madre! Pero dependo de él. «Amenázalo con el divorcio», decía Dédé. Bromeaba. Los hombres se ayudan tanto entre ellos la ley es tan injusta y él tiene tantas influencias que el divorcio sería pronunciado en mi contra. Él se quedaría con Francis más dinero encima y en cuanto al apartamento ¡se jodió! Nada que hacer contra ese chantaje asqueante: una pensión

y el apartamento a cambio de Francis. Estoy en sus manos. Sin pasta una no puede defenderse una es menos que nada un doble cero. ¡Qué idiota fui desinteresada aturdida burlándome de la pasta! No les he hecho rascarse los bolsillos lo suficiente. Si me hubiera quedado con Florent me habría agenciado un lindo fajo. Tristan me agarró con el cuento de la pasión tuve lástima de él. ¡Y aquí estoy! Ese engreído que se hace Napoleón el chiquito me plantó porque no soy una histérica no caí de rodillas ante él. Lo pescaré. Voy a decirle que voy a contarle la verdad al niño: no estoy enferma vivo sola porque el roñoso de tu padre me ha dejado plantada me engatusó y después me torturó llegó hasta a levantarme la mano. Pescar una crisis de nervios delante del chico abrirme las venas sobre el felpudo de su puerta eso u otra cosa tengo armas voy a utilizarlas volverá a mí no me pudriré sola en esta barraca con esa gente allá arriba que me pisotea y los vecinos que me despiertan todas las mañanas con su radio y nadie para traerme algo que comer cuando tengo hambre. Todas esas putas tienen un hombre para protegerlas hijos para servirlas y yo cero: esto no puede seguir así. Hace quince días que el fontanero me encamela una mujer sola se creen que todo les está permitido es algo tan cobarde la gente cuando uno está por el suelo le pisotean. Me sublevo les hago frente pero a una mujer sola le escupen encima. El portero se parte de risa. A las diez de la mañana es *lícito* hacer funcionar la radio: si cree que me deja pasmada con sus sermones.

Los he jorobado bien con el teléfono cuatro noches seguidas sabían que era yo pero imposible pescarme me divertí en grande; lo han contrarrestado con el teléfono ocupado ya encontraré otra cosa. ¿Pero qué? Duermen de noche currelan de día los domingos se pasean no hay por dónde agarrar a ese tipo de ganado. Un hombre bajo mi techo. El fontanero habría venido el portero me saludaría gentilmente los vecinos instalarían una sordina. ¡Mierda! Quiero que se me respete quiero mi marido mi hijo mi hogar como todo el mundo.

Una monadita de once años sería bonito llevarlo al circo o al zoológico lo educaría rápidamente. Él era más fácil que Sylvie. Me ha dado mi buen trabajo remolona y ladina como esa babosa de Albert. ¡Oh!, no le guardo rencor pobre lechuza todos se dedicaban a volverla en contra de mí y ella estaba en la edad en que las jovencitas detestan a su madre lo llaman ambivalencia pero es odio. Otra de esas verdades que los hacen refunfuñar. Etiennette sudaba de rabia cuando le dije que mirara el diario íntimo de Claudie. Prefirió no mirar como esas mujeres que no van al médico por miedo a tener un cáncer y entonces se sigue siendo la gentil mamá de una gentil jovencita. Sylvie no era gentil me he percatado al leer su diario; pero yo miro las cosas de frente. No me afligí demasiado sabía que bastaba esperar que un día ella comprendería y que ante sus narices y barbas me daría la razón. Yo tenía paciencia jamás le he levantado la mano. Por supuesto me defendía. Le dije: «No me echarás el guante». Testaruda como una mula gimiendo horas días por un capricho no había ningún motivo para que ella volviera a ver a Tristan. Una chica necesita un padre nadie lo sabe mejor que yo; pero nadie dijo que le hicieran falta dos. Ya Albert era

bastante molesto hacía todo lo que la ley le acordaba y más también yo tenía que luchar centímetro a centímetro le habría arruinado si yo no hubiera armado camorra. Los vestidos que le compraba era inmoral. Yo no quería que mi hija se volviera una puta como mi madre. ¡A los setenta años faldas por la rodilla, pintura por toda la cara! Cuando el otro día la vi por la calle cambié de acera. Con esa facha si me hubiera hecho la comedia de la reconciliación yo habría estado lista. Seguro que su apartamento sigue tan puerco como siempre con la pasta que gasta en la peluquería podría pagarse una criada.

Se acabaron los bocinazos era preferible ese estruendo que escuchar esa barahúnda en la calle; las puertas de los coches golpean gritan se ríen algunos cantan ya qué tajada tienen y arriba sigue el follón. Me enferman, tengo la boca pastosa esos dos granitos en el muslo me aterran. Me cuido únicamente como productos dietéticos pero así y todo siempre hay alguien que los manosea con manos más o menos limpias la higiene no existe en este mundo el aire es impuro no sólo a causa de los coches y de las fábricas sino a causa de esos millones de bocas sucias que lo graban y lo vuelven a escupir desde la mañana a la noche; cuando pienso que estoy sumergida en sus alientos tengo ganas de huir al fondo de un desierto; cómo conservar un cuerpo limpio en un mundo tan asqueroso uno se contamina por todos los poros de la piel y sin embargo yo era sana limpia no quiero que me infecten. Si tuviera que meterme en cama ni uno se molestaría en cuidarme. Puedo dictarlas con mi pobre corazón fatigado nadie sabría nada me entra cagueta. Detrás de la puerta encontrarán una carroña apestaré me habré cagado encima, las ratas me habrán comido la nariz. Reventar sola vivir sola no quiero. Necesito un hombre quiero que Tristan vuelva porquería de mundo gritan se ríen y aquí estoy consumiéndome de tristeza; cuarenta y tres años es demasiado temprano es injusto quiero vivir. La gran vida yo estaba hecha para eso: el cabriolé el apartamento los vestidos y todo lo demás. Florent largaba la pasta y nada de comedia —sólo un poco en la cama cuando hace falta hace falta— quería nada más que acostarse conmigo y exhibirme en las discotecas elegantes yo era atractiva mi mejor época todas mis amigas reventaban de envidia. Me hace mal recordar esa época nadie me saca ya me quedo plantada dejándome cagar. Estoy harta, estoy harta harta harta

otra vez a los modistos daré fiestas cócteles publicarán mi foto en *Vogue* con un gran escote mis pechos no tienen nada que temer. «¿Has visto la foto de Murielle?» Estarán bastante jodidos y Francis les contará nuestras salidas al zoo al circo al parque de diversiones lo trataré bien les haré tragarse sus calumnias y mentiras. ¡Qué odio! Lúcida demasiado lúcida. A ellos no les gusta que uno vea claro; y tengo razón yo no sigo el juego arranco las caretas. No me lo perdonan. Una madre celosa de su hija una ha visto de todo. Me arrojó en los brazos de Albert para deshacerse de mí por otros motivos también no no quiero creerlo. Qué cabronada haberme empujado a ese casamiento yo tan ardientemente apasionada una llama y él tan estirado burgués el corazón frío el sexo como un tallarín. Yo hubiera sabido cuál era el hombre que convenía a Sylvie. Yo la dominaba con mano firme pero era cariñosa siempre dispuesta a charlar con ella yo quería ser su amiga y habría besado las manos de mi madre si se hubiera conducido conmigo así. ¡Pero qué carácter ingrato! Está muerta ¿y qué? Los muertos no son santos. Ella no cooperaba no confiaba en mí para nada. Había alguien en su vida un muchacho o a lo mejor una chica esta generación es tan torcida vaya uno a saber. Pero iba con tiento. Ni una carta en sus cajones y los dos últimos años ni una página de diarios; si seguía redactándolo lo ocultaba tremendamente bien y ni siquiera después de su muerte he encontrado nada. Furiosa porque yo cumplía con mis deberes de madre. Yo egoísta mi interés cuando se fugó hubiera sido dejársela a su padre. Sin ella me quedaba una oportunidad de rehacer mi vida. Fue por su bien que me rebelé. A Christine con sus tres pitusos les hubiera venido bien una niña mayor de quince años a la que le hubiera encajado todos los trabajos pobrecita no se daba cuenta esa crisis de nervios que simuló delante de la poli. Claro, la poli. Seguro que iba a molestarme. No está hecha para los perros la policía. ¡Albert ofreciéndome dinero para que yo renunciara a Sylvie! Siempre la pasta si podrán ser cortos los hombres creen que todo puede comprarse para empezar con su dinero yo tenía nada que hacer eran migajas al lado de lo que me larga Tristan. Y ni siquiera en la miseria hubiera yo vendido a mi hija. «Déjala, esa chica no te da más que preocupaciones», me decía Dédé. Ella no comprende lo que es una madre jamás ha pensado más que en sus placeres. Pero una no puede recibir siempre hay que saber también dar. Yo tenía mucho para dar a Sylvie hubiera hecho de ella una buena chica; y no le exigía nada. Era toda devoción. ¡Qué ingratitud! Era normal que yo pidiera ayuda a esa profesora. Según su diario Sylvie la adoraba y yo pensé que cerraría el pico esa sucia intelectual de pacotilla. Sin duda que entre ellas había mucho más de lo que yo imaginaba he sido siempre tan cándida jamás veo el mal esas cerebrales son todas tortilleras. Los chillidos de Sylvie después de eso y mi madre que me declara por teléfono que no tengo derecho a inmiscuirme en las amistades de mi hija. Dijo la palabra textual *inmiscuirme*. «Ah por eso tú no te inmiscuías. Y te ruego no empezar.» Así secamente. Y colgué. Mi propia madre es contra natura. Sylvie hubiera terminado por darse cuenta. Ésa es una de las cosas que me atormentaban en el cementerio. Me decía: «Un poco más tarde me hubiera dado la

razón». Qué recuerdo espantoso el cielo azul todas esas flores Albert en lágrimas delante de todo el mundo uno guarda las formas por Dios. Yo las guardé y sin embargo sabía que de ese golpe jamás levantaría cabeza. Era a mí a quien enterraban. Estoy enterrada. Todos se han unido para hundirme. Ni siquiera esta noche ni señales de vida. Saben bien que las noches de fiesta cuando todo el mundo se divierte engulle y jode los solitarios los enlutados tienen el suicidio fácil. Les vendría cojonudo que yo desapareciera aunque me hayan arrinconado sigo siendo un cardo borriquero. ¡Ah no!, no les daré ese placer. Quiero vivir quiero revivir. Tristan volverá a mí me harán justicia saldré de toda esta mierda. Si le hablara ahora me sentiría mejor quizá podría dormir. Debe de estar en su casa es como las gallinas dormilón, se reserva. Estar en calma amistosa no hacerle frente si no mi noche está lista.

No contesta. No está o no quiere contestar. Ha dejado descolgado el teléfono no quiere escucharme. Me juzgan me condenan y nadie me escucha. Jamás he castigado a Sylvie sin haberla escuchado era ella la que se cerraba la que no quería hablar. Ayer aún él no me dejó decir ni la cuarta parte de lo que tenía que decirle y yo lo escuchaba dormitar al otro lado del hilo. Es descorazonador. Razono explico demuestro; paso a paso pacientemente los obligo a la verdad me figuro que me siguen y luego pregunto: «¿Qué es lo que acabo de decir?». No saben se taponan mentalmente las orejas y si una frase se filtra a través contestan pijadas. Vuelvo a empezar acumulo nuevos argumentos: lo mismo. Para eso Albert era un campeón pero Tristan tampoco es nada lerdo. «Tendrías que llevarme de vacaciones con el chico.» No contesta y habla de otra cosa. Los niños forzosamente tienen que escuchar pero se desenvuelven olvidan. «¿Qué es lo que he dicho Sylvie?» «Has dicho que cuando uno es desordenado en las pequeñas cosas lo es también en las grandes y que debo arreglar mi dormitorio antes de salir.» Y después al día siguiente no lo arreglaba. Cuando obligo a Tristan a escucharme y él no puede replicarme nada —un hijo tiene necesidad de su madre una madre no puede estar sin su hijo es tan evidente con la peor mala fe no se puede negar— entonces agarra la puerta se larga se traga los peldaños de cuatro en cuatro mientras yo grito por el hueco de la escalera y enseguida me detengo por miedo de que los vecinos me tomen por una chiflada; es tan cobarde sabe bien que detesto el escándalo que tengo una bonita reputación en la casa forzosamente sus comportamientos son tan raros —desnaturalizados— que algunos de los míos también lo son. ¡Ah! Mierda si ya no guardaba las formas me rompía el culo por Tristan y su falta de modales su risa ruidosa su gruesa voz me hubiera gustado que reventara cuando escandalizaba en público con Sylvie.

¡El viento! De pronto se puso a soplar como un tornado cómo me gustaría un gran cataclismo que barriera todo y a mí también un tifón un ciclón morirme descansaría si no quedara nadie para pensar en mí; ¡abandonarles mi cadáver mi pobre vida no! Pero zambullir a todos juntos en la nada sería bonito; estoy cansada de luchar contra ellos hasta cuando estoy sola me persiguen es agotador; ¡que esto se acabe! ¡Lástima! No tendré mi tifón nunca tengo nada de lo que quiero. No es más que un vientecillo

bien banal habrá arrancado algunas tejas algunas chimeneas todo es mezquino en este mundo la naturaleza como los hombres. No hay nadie más que yo que sueñe a lo grande y mejor me hubiera resultado cortarlos todo me decepciona siempre.

Quizá debiera atiborrarme el culo de mis chismes y acostarme. Pero estoy demasiado inquieta me agitaría en la cama. Si lo hubiera pillado por teléfono si hubiéramos hablado como buenos amigos me habría calmado. Le importa un comino. Aquí estoy destrozada por recuerdos desgarradores lo llamo y no contesta. No gritarle no empezar por gritarle todo se iría al carajo. Tengo miedo por mañana. Tendré que estar lista antes de las cuatro no habré pegado ojo bajaré a buscar dulces que Francis aplastará sobre la alfombra romperá uno de mis bibelots no está domado ese chico y falto de habilidad como su padre que echará la ceniza por todas partes y si hago alguna observación Tristan me llenará de injurias jamás pudo admitirlo así y todo es gigantesco que logre tener limpia mi casa. En ese momento está impecable este salón ordenado lustrado brillante como la luna de antaño. Mañana a la noche a las siete todo estará asqueroso deberé chuparme una gran limpieza quedarse hecha un trapo. Me dejará hecha un trapo volver a explicarle todo de la *a* a la *z*. Es correoso. ¡Qué idiotez fue dejar a Florent por él! Nos entendíamos Florent y yo él aflojaba yo me acostaba era más limpio que esas historias en que uno se cuenta historias. Soy demasiado sentimental me parecía una gran prueba de amor que él me ofreciera casamiento y estaba Sylvie la pequeña ingrata yo quería que tuviera un verdadero hogar y una madre irreprochable una mujer casada la mujer de un banquero. Yo estaba hasta las narices de hacerme la señora de frecuentar folloneros. Nada sorprendente si de vez en cuando yo explotaba. «No sabes tratar a Tristan», me decía Dédé. Y después: «¡Te lo había dicho!». Es cierto que soy íntegra que les doy con la puerta en las narices no me controlo. A lo mejor hubiera aprendido a adaptarme sin todas esas frustraciones. Tristan me hacía la puñeta se lo he indicado. La gente no acepta que se le diga sus verdades. Quieren que se crea sus lindas palabras o por lo menos que uno haga como si. Yo soy lúcida soy franca arranco las caretas. La tipeja que susurra: «¿Así que quiere mucho a su hermanito?», y yo con mi vocecita serena «Lo detesto». He seguido siendo esa adolescente que dice lo que piensa que no hace trampas. Se me partía el corazón escucharlo pontificar y todos esos infelices de rodillas delante de él. Yo aparecía con mis grandes zuecos sus palabras solemnes quedaban desinfladas: el progreso la prosperidad el porvenir del hombre la felicidad de la humanidad la ayuda a los países subdesarrollados la paz del mundo. No soy racista pero me importan un pito los árabes los judíos los negros exactamente como me importan un pito los chinos los rusos los yanquis los franchutes. Me importa un pito la humanidad qué es lo que ella ha hecho por mí me gustaría saberlo. Si son lo bastante estúpidos como para degollarse bombardearse tirarse napalm exterminarse no gastaré mis ojos llorando. Un millón de niños degollados ¿y qué? Los niños nunca son otra cosa que semillas de canallas y así se descongestiona un poco el planeta reconocen que está superpoblado ¿y entonces qué? Si yo fuera la tierra me daría asco

toda esa gusanada en mi espalda me la sacudiría. Si todos revientan yo quiero reventar. Los niños que no son nada para mí no voy a enternecerme por ellos. Mi hija está muerta y me han robado a mi hijo.

Yo la hubiera conquistado. Yo hubiera hecho de ella una persona correcta. Pero me hubiera hecho falta tiempo. Tristan no me ayudaba al sucio egoísta nuestras disputas lo aburrían me decía: «Déjala tranquila». Una no tendría que tener hijos en cierto sentido. Dédé tiene razón no nos traen más que líos. Pero si una los tiene hay que educarlos correctamente. Tristan tomaba siempre el partido de Sylvie; aunque estuviera equivocada —pongamos que me haya sucedido— pedagógicamente es detestable que uno de los padres desautorice al otro. Él la apoyaba hasta cuando yo tenía razón. El asunto de la pequeña Jeanne; me enternece volver a pensar en ella en su mirada húmeda y adoradora; una niña puede ser tan gentil me recordaba mi infancia mal vestida descuidada abofeteada maltratada por su madre portera siempre al borde de las lágrimas; yo le parecía hermosa acariciaba mis pieles me hacía pequeños favores y yo le pasaba algunas monedas a escondidas le daba bombones pobre chica. Tenía la edad de Sylvie yo hubiera querido que fueran amigas Sylvie me decepcionó. Protestaba: «Con Jeanne me aburro». Yo le explicaba que tenía mal corazón la regañaba la castigaba. Tristan la defendía con el pretexto de que la amistad no se ordena esa pelea duró mucho tiempo yo quería que Sylvie aprendiera a ser generosa Jeanne al fin se largó.

Allá arriba se han calmado un poco. Pasos voces en la escalera puertas de coches que golpean todavía este también idiota pero ya no bailan. Ya lo estoy viendo. Éste es el momento en que joden en las camas en los divanes por el suelo en los coches la hora de las grandes vomitadas cuando vuelven a arrojar el pavo y el caviar es inmundo tengo la impresión de que hay olor a vomitada voy a quemar un incienso. Si pudiera dormir no tengo sueño el amanecer está todavía lejos es una hora lúgubre y Sylvie se ha muerto sin haberme comprendido jamás me consolaré. Este olor a incienso es el mismo que el del servicio fúnebre; los cirios las flores el catafalco: mi desesperación. Muerta. ¡Era imposible! Durante horas y horas me quedé sentada cerca de su cadáver pensando va a despertarse voy a despertarme. Tantos esfuerzos luchas dramas sacrificios: en vano. La obra de mi vida volatilizada. Yo no dejaba nada al azar; y el más cruel azar se atravesó en mi camino. Sylvie ha muerto. Cinco años ya. Está muerta. Para siempre. No lo soporto. Socorro me siento mal me siento demasiado mal que me saquen de aquí no quiero que vuelva a empezar la caída a pique no ayúdenme no puedo más no me dejen sola…

¿A quién llamar? Albert Bernard colgará en el acto; lloriqueaba delante de todo el mundo pero esta noche habrá tragado y divertido y soy yo quien recuerda y llora. Mi madre; una madre es siempre una madre no le hice nada ella fue la que me arruinó la infancia me insultó se atrevió a decirme… quiero que retire lo que dijo no seguiré viviendo con ese grito en mis oídos una hija no soporta ser maldecida por su madre aunque sea la última de las putas.

«¿Fuiste tú la que ha llamado…? También a mí me sorprende pero en fin hubiera podido ser una noche así que pensaras en mi pena y te dijeras que entre madre e hija no es posible seguir peleadas hasta la muerte; sobre todo que verdaderamente no veo lo que puedes reprocharme… No grites así…»

Colgó. Quiere que la dejen en paz. La zorra me tira vitriolo y yo tengo que cerrar el pico. ¡Qué odio! Siempre me ha odiado, mató dos pájaros de un tiro al casarme con Albert: aseguraba sus placeres y mi desgracia. Yo no quería admitirlo soy demasiado limpia demasiado blanca pero salta a la vista. Es ella quien lo enganchó durante el curso de gimnasia y se lo ligó así asquerosa como era no era nada apetitoso metérsela pero con los hombres que le habían pasado por encima debía conocer trucos y posturas como la de dejarse poner a caballo por el tipo. Ya la estoy viendo es tan inmunda la manera de joder de las tipas. Era demasiado vieja como para conservarlo se sirvió de mí se burlaban a mis espaldas y siguieron con el asunto; el día que yo entré de improvisto, ella estaba toda colorada. ¿A qué edad habrá parado? A lo mejor se liga gigolós es menos pobre de lo que dice habrá guardado alhajas y las va soltando poco a poco. A mí me parece que a partir de los cincuenta años hay que tener la decencia de renunciar; yo he renunciado mucho antes de mi luto. Ya no me interesa estoy cerrada ya no pienso más en esas cosas ni en sueños. Esa momia estremece imaginar su entrepierna se baña en perfumes por debajo huele se maquillaba se acicalaba no se lavaba lo que yo llamo lavarse cuando aparentaba ducharse era para mostrarle el culo a Nanard. Su hijo su yerno: dan ganas de vomitar. Me dirían: «Tienes lodo en la cabeza». Saben arreglárselas. Si se les hace notar que chapotean en la mierda gritan que es una la que tiene los pies sucios. Mis buenas amigas hubieran querido ponerme los cuernos las mujeres son todas estiércol y él que me gritaba: «Eres innoble». Los celos no son innobles el verdadero amor tiene pico y garras. Yo no era de ésas que aceptan el reparto o la cama redonda como Christine yo quería que fuéramos una pareja limpia una pareja correcta. Sé guardar las formas pero no soy mema los escándalos nunca me han dado miedo. No permití que me escarnecieran puedo volver sobre mi pasado: nada sucio nada equívoco. Pero soy un mirlo blanco.

Pobre mirlo blanco: solo en el mundo. Eso es lo que los cabrea: soy alguien demasiado correcto. Querrían suprimirme me han enjaulado. Encerrada entre cuatro paredes acabaré por morir de aburrimiento realmente morir. Parece que eso les ocurre hasta a los bebés cuando nadie se ocupa de ellos. El crimen perfecto que no deja huellas. Ya cinco años de este suplicio. Este estúpido Tristan que me dice: viaja tienes bastante dinero. Bastante dinero para viajar piojosamente como antes con Albert: no volverán a pegármela. ¡La pobreza siempre es fea pero viajando! No soy esnob, los hoteles de lujo con las mujeres enjoyadas y los melindrosos porteros ya le demostré a Tristan que eso no me deslumbra. ¡Pero cuartos cochambrosos y las tascas eso sí que no! Sábanas dudosas manteles mugrientos dormir encima del sudor mierdoso de los demás en su pringue comer con cubiertos mal fregados como para coger ladillas o

viruela y los olores me hacen vomitar; sin contar que me vuelvo estreñida a muerte porque los retretes en donde todo el mundo caga me bloquean en el acto; la fraternidad de la mierda muy poco para mí. Y además ¿qué sentido tiene andar paseándose sola? Con Dédé nos divertíamos queda elegante dos hermosas muchachas en descapotable los cabellos al viento; en Roma de noche en la Piazza del Popolo hacíamos un adulado espectáculo. Con otros amigos también me he divertido. ¡Pero sola!, a mi edad ¿qué aspecto tiene una en las playas, en los casinos si no se tiene un hombre al lado? Los museos de ruinas con Tristan ya estoy hasta la coronilla. No soy una histérica no caigo en trance delante de columnas o de viejas barracas desvencijadas. La gente de los siglos pasados me importa un bledo están muertos es su única superioridad sobre los vivos pero en su época también ellos eran cargantes. Lo pintoresco no me seduce; mugre que apesta ropa de cama sucia troncos de coliflor ¡si habrá que ser esnob para pasmarse! Y siempre por todas partes es lo mismo sea que coman patatas fritas, paella o pizza la misma calaña una sucia ralea de ricos que lo aplastan a uno de pobres que quieren vuestra pasta de viejos que chochean de jóvenes que se burlan de hombres que se pavonean de mujeres que abren las piernas. Prefiero quedarme en mi agujero leyendo una de la serie negra aunque se hayan vuelto insulsas. ¡La tele también qué banda de tarados! Yo estaba hecha para otro planeta, me equivoqué de destino.

¿Por qué tienen que venir a armar jaleo justo bajo mi ventana? Se quedan allí al lado de los coches no se deciden a levantar el vuelo. ¿Qué es lo que pueden decirse? Mocosos mocosas grotescas con sus faldas mini y pantalones ceñidos ojalá revienten ¿es que no tienen madre? Y los muchachos con los pelos por el pescuezo. Vistos desde lejos parecen limpios. Pero a todos esos *beats* que amaestran piojos si el comisario de policía tuviera cojones los metería en chirona. ¡Qué juventud! Se drogan joden entre sí no respetan nada. Voy a echarles un balde de agua sobre la cabeza. Son capaces de violar mi puerta romperme la jeta estoy indefensa más vale cerrar la ventana. La chica de Rose parece que es de ese tipo y Rose juega a la hermana mayor no se dejan ni un minuto son inseparables. Sin embargo la tenía en un puño y hasta le daba sus buenas zurras no se tomaba el trabajo de hacerla razonar la chica era caprichosa arbitraria; detesto los caprichos. ¡Oh! Rose se prepara un hermoso futuro. Dédé tiene razón se ve venir que Danielle le aparecerá preñada… Yo hubiera hecho de Sylvie una buena chica. Le regalaría vestidos joyas estaría orgullosa de ella saldríamos juntas. No hay justicia. Eso es lo que vuelve loca: la injusticia. ¡Cuando pienso la madre que he sido! Tristan lo reconoció; le he obligado a reconocerlo. Y después de eso, me grita que está dispuesto a todo para no dejar conmigo a Francis; se burlan de la lógica dicen cualquier cosa y se escapan corriendo. Se traga los peldaños de cuatro en cuatro mientras yo grito por el hueco de la escalera. Así no va a ganarme. Le obligaré a hacerme justicia: lo juro sobre mi propia cabeza. Me devolverá mi lugar en su hogar mi lugar en la tierra. Haré de Francis un chico bien ya verán qué madre soy.

Me hacen reventar los asquerosos. La juerga de mañana me mata. Quiero ganar. Lo quiero lo quiero lo quiero lo quiero lo quiero. Voy a echarme las cartas. No. En caso de mala suerte me tiro por la ventana no quiero eso los haría gozar demasiado. Pensar en otra cosa. En cosas alegres. El pequeño de Burdeos. No esperábamos nada uno del otro nos hacíamos preguntas no nos hacíamos promesas nos metíamos en la cama y hacíamos el amor. Duró tres semanas y se fue para África lloré lloré. Es un recuerdo que me descansa. Ese tipo de cosas no suceden más que una vez en la vida. ¡Lástima! Cuando vuelvo a pensarlo me digo que si hubieran sabido quererme habría sido la ternura misma. Las canallas me partieron por el eje les importa un cojón todo cada uno puede reventar en su rincón los maridos poner los cuernos a sus mujeres las madres tirar fetos, nada de lío boca cerrada me asquea esa prudencia y que no tengan el coraje de sostener sus opiniones. «Tu hermano es demasiado tacaño» es Albert quien me lo ha hecho notar yo tengo demasiada nobleza para reparar en esas cosas pero es verdad que tragaban tres veces más que nosotros y que dividíamos la cuenta y dos mil cosas por el estilo. Y después me lo reprochan: «No hubieras debido repetírselo» todo eso en la playa había estado chupado. Etiennette lloraba sobre sus mejillas las lágrimas parecían grasa. «Ahora que lo sabe se corregirá» le contesté era ingenua creía que podían corregirse que haciéndolos razonar uno podía educarlos. «Vamos Sylvie reflexiona. ¿Sabes cuánto cuesta este vestido y cuántas veces vas a ponértelo? Vamos a devolverlo.» Siempre había que volver a empezar me agotaba. Nanard será tacaño hasta el fin de sus días. Albert cada vez más socarrón mentiroso mezquino. Tristan siempre tan suficiente pontificador. Me rompía el culo para nada. Cuando intenté enseñar a Etiennette a vestirse Nanard me chilló: ¡la chica tenía veintidós años y yo la disfrazaba de maestra solterona! Siguió disfrazándose con vestidos de colorines. Y Rose que me gritó: «¡Eres mala!». Yo le había hablado por lealtad las mujeres tienen que ayudarse unas a otras. ¿Quién me lo ha agradecido? Les he prestado dinero sin pedirles interés nadie ha sabido agradecerme algunos hasta gritaron cuando reclamé que me lo devolvieran. Las amigas que llenaba de regalos me acusaban de darme pisto. Y hay que ver cómo desaparecía la gente a quien había hecho favores sin embargo Dios sabe que no abusaba. No soy de los que creen que todo les está permitido. La tía Marguerite: «¿Mientras estés de viaje este verano puedes prestarnos tu apartamento?». ¡Ah, no, mierda! Los hoteles no han sido inventados para los perros y si no podían pagarse su estancia en París, no tenían más que quedarse en su agujero. Un apartamento es algo sagrado me hubiera parecido una violación. Es como Dédé: «No hay que dejarse comer vivo» me dice. Pero ella me tragaría con mucho gusto. «¿No tienes un abrigo de noche para prestarme? No sales nunca.» No salgo nunca pero he salido; son mis vestidos mis abrigos me recuerdan un montón de cosas no quiero que una zorra ocupe mi lugar. Y además apestan. Si yo muriera mamá y Nanard se repartirían mis harapos, ¡ah no!, quiero vivir hasta que las polillas lo hayan devorado todo o si tengo un cáncer tiraré todo a la basura. Bastante se han aprovechado de mí Dédé la primera. Se tomaba mi whisky se pavoneaba en mi

descapotable. Ahora, se hace la amiga que tiene un gran corazón. Pero ni siquiera se ha molestado en llamarme desde Courchevel esta noche. Cuando su cornudo viaja y ella se aburre entonces sí entonces desplaza su enorme culo y aparece aunque yo no tenga gana. Pero es Nochevieja estoy sola y me consumo. Ella baila lo pasa en grande ni por un minuto ha pensado en mí. Nunca piensa en mí. Como si estuviera borracha del mundo. Como si no hubiera existido nunca. ¿Es que acaso existo? ¡Oh! Me he pellizcado tan fuerte que se me va a hacer un cardenal.

¡Qué silencio! Ni un coche ni un paso por la calle ni un ruido en la casa un silencio de muerte. El silencio de la cámara mortuoria y sus miradas sobre mí que me condenaban sin haberme escuchado y sin apelación. ¡Ah!, se pasan de la raya. Todos sus remordimientos los encajaron sobre mi espalda el chivo expiatorio ideal y por fin podían inventar un pretexto para su odio. Mi desgracia no los ha ablandado. Sin embargo me parece que Satán en persona me hubiera tenido lástima.

Toda mi vida serán las dos de la tarde un martes de junio. «La señorita duerme muy profundamente no puedo despertarla.» Mi corazón saltó me precipité a los gritos: «Sylvie ¿estás enferma?». Parecía dormir todavía estaba tibia. Todo había terminado hacía varias horas me dijo el médico. Chillé di mil vueltas por el dormitorio como una loca. ¡Sylvie Sylvie por qué me has hecho esto! Vuelvo a verla tranquila plácida y yo perdida y esa nota para su padre no significaba nada la rompí formaba parte del decorado no era más que un decorado, ¡estaba segura estoy segura —una madre conoce a su hija— de que ella no quiso morir pero había aumentado la dosis, estaba muerta qué horror! Es demasiado fácil con esas drogas que se consiguen de cualquier manera; esas chiquillas por una pequeñez juegan al suicidio; Sylvie siguió la moda: no se despertó. Y llegaron ellos besaban a Sylvie ninguno me besó a mí y mi madre gritó: «¡Tú la has matado!». Mi madre mi propia madre. La hicieron callar pero sus rostros ese silencio el peso de sus silencios. Sí, si yo fuera de esas madres que se levantan a las siete de la mañana la habría salvado yo vivo a otro ritmo no es un crimen. ¿Cómo hubiera adivinado? Yo estaba siempre allí cuando ella volvía del liceo muchas madres no pueden decir lo mismo dispuesta a charlar con ella a interrogarla ella era la que se encerraba en su cuarto con el pretexto de estudiar. Jamás le he fallado. ¡Y mi madre ella que me abandonó me descuidó ella sí se atrevió! No supe qué contestar mi cabeza daba vueltas ya no veía nada claro. «Si hubiera ido a darle un beso esta noche al volver…» Pero yo respetaba su sueño y por la tarde me había parecido casi alegre. ¡Qué suplicio esos días! Veinte veces creí que iba a desmoronarme. Los compañeros los profesores depositaban ramos sobre el ataúd sin decirme palabra; si una chica se mata la madre es la culpable; así razonan ellas por odio contra sus propias madres. La arrebatiña. Casi me dejé atrapar. Después del entierro caí enferma. Me repetía: «Si me hubiera levantado a las siete… Si hubiera ido a darle un beso al volver…». Me parecía que todo el mundo había escuchado el grito de mi madre ya no me atrevía a salir de mi casa me arrastraba contra las paredes el sol me crucificaba creía que la gente me miraba que

murmuraban que me señalaban con el dedo basta basta prefiero morir aquí mismo que revivir esas horas. Adelgacé diez kilos, un esqueleto perdía el equilibrio titubeaba. «Psicosomático» dijo el médico. Tristan me dio dinero para la clínica. Es la locura las preguntas que me hacía a mí misma hubiera podido volverme loca. Un falso suicidio había querido probar a alguien: ¿a quién? Yo no la había vigilado bastante hubiera debido no separarme ni un paso hacerla seguir investigar desenmascarar al culpable un muchacho una chica a lo mejor esa zorra de la profesora. «No señora no había nadie en su vida.» No dijeron ni pío las dos pécoras sus miradas me asesinaban; se sostienen todas unas a otras la conspiración de la mentira hasta más allá de la muerte. Pero no me convencieron. Yo sé. A su edad con las costumbres de hoy en día imposible que no haya habido nadie. ¿A lo mejor estaba embarazada o había caído en manos de una marimacho o en medio de una banda de degenerados alguno la chantajeaba y se aprovechaba de ella amenazándola con contármelo todo? ¡Ah! No quiero imaginar nada. Podrías decírmelo Sylvie mía yo te hubiera sacado de esa sucia historia. Seguramente era una sucia historia para que le hubiera escrito a Albert: «Papá te pido perdón pero no puedo más». A él no podía hablarle ni a los demás; la mimaban pero eran extraños. Sólo a mí hubiera podido confiarse.

Si ellos. Si su odio. ¡Asquerosos! Casi me la pegan pero no lo han conseguido. Yo no soy vuestro chivo expiatorio. Me he sacudido los remordimientos. Os he gritado la verdad a todos vosotros a cada uno su parte y no tengo miedo de vuestro odio paso a través de él. ¡Asquerosos! Ellos fueron los que han matado. Me cubrían de fango la educaron en mi contra la trataban como a una mártir eso la halagaba a todas las chicas les gusta hacerse las mártires; se tomó el papel en serio desconfiaba de mí no me contaba nada. Pobre chiquilla. Necesitaba mi apoyo mis consejos la privaron de eso la condenaron al silencio no supo arreglárselas sola preparó esa comedia y de resultas murió. ¡Asesinos! Mataron a Sylvie a mi Sylvette a mi chiquilla querida. Yo te quería. Ninguna madre más devota que yo; no pensaba sino en tu bien. ¡Abro el álbum de fotografías miro todas las Sylvies!, ese rostro de niña algo arisco, ese rostro secreto de adolescente. A la chica de diecisiete años que me asesinaron le digo mirándola a los ojos: «He sido la mejor de las madres. Más tarde me lo habrías agradecido».

Llorar me ha aliviado y empiezo a tener sueño. No dormirme en este sillón volvería a despertarme y sería fastidioso. Ponerme los supositorios acostarme. Poner el despertador a mediodía tener tiempo para prepararme. Es preciso que gane. Un hombre en casa mi pequeño lo besaré por las noches toda esta ternura que no sirve para nada. Y además sería la rehabilitación. ¿Qué? Me estoy durmiendo digo tonterías. Para ellos va a ser una bofetada en plena cara. Tristan es alguien lo respetan. Quiero que testimonie por mí: se verán obligados a hacerme justicia. Voy a llamarlo. Convencerlo esta misma noche…

«Has sido tú quien me ha llamado… ¡Ah!, creí que habías sido tú. Dormías discúlpame pero me alegro de oír tu voz es tan desagradable una noche así nadie ha dado señales de vida sin embargo saben cuando uno ha tenido una gran desgracia uno no soporta las fiestas todo ese ruido esas luces te has dado cuenta nunca París ha estado tan iluminado como esta noche tienen dinero para derrochar mejor haría rebajando los impuestos me encierro en casa para no ver todo eso. No logro dormir estoy demasiado triste demasiado sola cambio las cosas es necesario que discuta contigo, sin pelearse sobre todo como buenos amigos escúchame bien es verdaderamente muy importante lo que tengo que decirte no pegaré un ojo hasta que el asunto esté arreglado. ¿Me escuchas, sí? Toda la noche he estado pensando no tenía otra cosa que hacer y verdaderamente te aseguro es anormal esta situación, no vamos a seguir así en fin seguimos casados qué derroche estos dos apartamentos volverás a vender el tuyo por veinte millones por lo menos y yo no te molestaría no tengo miedo no es cuestión de recomenzar la vida conyugal ya no nos queremos no estamos enamorados yo me encerraría en la habitación del fondo no me interrumpas podrías tener todas las mujeres que quieras me deja fría pero puesto que seguimos siendo amigos no hay razón para que no vivamos bajo el mismo techo. Y es preciso por Francis. Piensa un poco en él no he hecho otra cosa en toda la noche y me destrozo. Es malo para un niño tener padres separados se vuelven hipócritas viciosos mentirosos tienen complejos no se desarrollan. Quiero que Francis crezca. No tienes derecho a privarle de un verdadero hogar… Pero sí volvamos a hablar del asunto siempre te escapas pero esta vez quiero que me escuches. Es demasiado egoísta hasta un poco monstruoso: privar a un hijo de su madre a una madre de su hijo. Sin motivo. No tengo vicios no bebo no me drogo y has reconocido que era la más devota de las madres. ¿Entonces? No me interrumpas. Si piensas en tus amoríos te repito que no te impediré joder. No me contestes que no se puede vivir conmigo que yo te devoraba que te destrozaba. Sí yo era algo difícil de llevar es mi modo de protestar; pero si hubieras tenido un poco de paciencia si hubieras tratado de comprender y sabido hablarme en lugar de emperrarte todo habría marchado mejor entre nosotros dos tú tampoco eres un santo no te creas eso; en fin el pasado es el pasado; he cambiado; te das perfecta cuenta: he sufrido he madurado soporto cosas que no soportaba déjame hablar no tienes que tener miedo de los escándalos conviviríamos amablemente y el niño sería feliz como tiene el derecho de serlo no veo qué es lo que puede objetar… ¿Por qué ésta no es una hora para hablar? Es una hora que me viene muy bien. Así y todo puedes sacrificarme cinco minutos de sueño yo no pegaré ojo hasta que la cuestión esté resuelta no seas siempre egoísta es tener mala leche impedir que la gente duerma se vuelva loca no quiero. Siete años que me pudro sola como una maldita y la sucia banda se burla me debes una revancha déjame hablar tiene muchas deudas para conmigo sabes porque con todo no es muy limpia la manera como te has comportado; me hiciste la comedia de la pasión dejé plantado a Florent y rompí con mis amigos y después me abandonaste todos tus amigos me dieron la espalda; ¿por

qué simulaste que me amabas? A veces me pregunto si no era algo planeado… Sí un asunto planeado: es tan increíble ese gran amor y después ese abandono… ¿No te habías dado cuenta? ¿De qué? No me repitas que me casé por interés tenía a Florent y podía tener pasta a montones y figúrate que ser tu mujer no me deslumbraba no eres Napoleón a pesar de lo que creas, no me lo repitas o chillo no dices nada pero te oigo rumiar las palabras en la boca no las digas es mentira es falso completamente falso imaginaste el cuento del amor loco y me dejé atrapar… No me digas escucha Murielle conozco de memoria tus respuestas me has dado la lata cien veces basta de cuentos conmigo esto no marcha y no pongas esa cara de hastío sí digo esa cara de hastío te veo por el auricular. Has sido aún más asqueroso que Albert él era joven cuando nos casamos tú tenías cuarenta y cinco años debías medir tus responsabilidades. En fin está bien el pasado es el pasado. Te prometo que no te haré reproches. Borramos todo y recomenzamos con el pie derecho puedo ser dulce y gentil bien lo sabes si no me hacen la puñeta. Vamos dime que estamos de acuerdo mañana arreglaremos los detalles…

»¡Cerdo! Te vengas me torturas porque no se me cayó la baba al verte pero a mí la pasta no me deslumbra ni los aires de grandeza ni las grandes palabras. “Jamás por nada en el mundo” eso queda por ver Me defenderé. Hablaré con Francis le diré quién eres. ¿Y si me matara en su presencia crees que le dejaría un buen recuerdo?… No eso no es chantaje sucio asqueroso para la vida que llevo poco me costaría liquidarme. No hay que acorralar a la gente hasta el final se vuelve capaz de todo hasta hay madres que se suicidan con su hijo…

»¡Cerdo! ¡Canalla!» Ha colgado… No contesta no va a contestar. Asqueroso. ¡Ah!, el corazón me falla voy a reventar. Me siento mal muy mal me matan a fuego lento ya no puedo más me mataré en su propia sala de estar me abriré las venas volverán habrá sangre por todas partes y estaré muerta… ¡Ah!, me he golpeado muy fuerte me he hecho un tajo en el cráneo a ellos hay que golpearlos. La cabeza contra las paredes no no me volveré loca no van a agarrarme me defenderé ya encontraré armas. Qué armas asquerosos me voy a ahogar el corazón va a fallarme tengo que calmarme…

… ¡Dios mío! ¡Haz que existas! Haz que haya un cielo y un infierno me pasearé por los senderos del paraíso con mi hijo y con mi hija querida y ellos se retorcerán en las llamas de la envidia los miraré tostarse y gemir reiré y los niños reirán conmigo. Me debes esa revancha Dios mío. Exijo que me la des.

# LA MUJER ROTA

*Lunes 13 de septiembre. Las Salinas*

Extraordinario decorado el de ese esbozo de ciudad abandonada en los confines de un pueblo y al margen de los siglos. He bordeado la mitad del hemiciclo, he subido por las escalinatas del pabellón central: he contemplado largo rato la sobria majestad de estas construcciones edificadas con fines utilitarios y que nunca han servido para nada. Son sólidas, son reales: y sin embargo, su abandono las transforma en un simulacro fantástico: una se pregunta de qué. La hierba cálida, bajo el cielo de otoño, y el olor de las hojas muertas me aseguraban que no había abandonado este mundo, pero había retrocedido doscientos años atrás. Fui a buscar unas cosas al coche; extendí en el suelo una manta, unos cojines, puse la radio a transistores, y he fumado mientras escuchaba a Mozart. Detrás de dos o tres ventanas polvorientas adivino presencias: sin duda, son oficinas. Un camión se ha detenido ante uno de los portones, unos hombres los han abierto, han cargado unos sacos en la parte trasera del vehículo. Ninguna otra cosa ha alterado el silencio de esta siesta: ni un visitante. Terminado el concierto, me he puesto a leer. Doble sensación de desorientación: me iba muy lejos, a orillas de un río desconocido; alzaba la vista y volvía a encontrarme en medio de estas piedras, lejos de mi vida.

Porque lo más sorprendente es mi presencia aquí, la alegría de esta presencia. La soledad de este regreso a París me atemorizaba. Hasta ahora, a falta de Maurice, las niñas me acompañaban en todos mis viajes. Creía que iba a echar de menos los entusiasmos de Colette, las exigencias de Lucienne. Y resulta que me es devuelta una calidad de alegría olvidada. Mi libertad me rejuvenece veinte años. A tal punto que, cerrado el libro, me he puesto a escribir para mí misma, como a los veinte años.

Nunca dejo a Maurice sin apenarme. El congreso dura solamente una semana y, sin embargo, mientras íbamos en coche desde Mougins hasta el aeropuerto de Niza, tenía la garganta anudada. Él también estaba emocionado. Cuando el altavoz llamó a los pasajeros para Roma, me abrazó fuertemente: «No te mates con el coche». «No te mates en el avión.» Antes de desaparecer, volvió una vez más la cabeza hacia mí: en sus ojos había una ansiedad que me ha conquistado. El despegue me pareció dramático. Los cuatrimotores alzan vuelo lentamente, en un largo hasta la vista. El *jet* se alejó de la pista con la brutalidad de un adiós.

Pero pronto he empezado a alegrarme. No, la ausencia de mis hijas no me entristecía: al contrario. Podía conducir tan rápidamente, tan lentamente como quería, ir a donde deseaba, detenerme cuando me daba la gana. He decidido pasar la semana vagabundeando. Me levanto con la luz. El coche me espera en la calle, en el patio, como un animal fiel; está húmedo de rocío; le seco los ojos y atravieso alegremente el día que comienza a solearse. A mi lado está el bolso blanco con los mapas. Michelin, la Guía Azul, libros, un cardigan, cigarrillos: es un compañero discreto. Nadie se impacienta cuando pregunto a la patrona de la hostería su receta del pollo con cangrejos.

Va a caer la noche pero al atardecer está todavía templado. Es uno de esos instantes conmovedores en que la tierra está tan de acuerdo con los hombres que parece imposible que no sean todos felices.

*Martes 14 de septiembre*

Una de las cosas que encantaban a Maurice es la intensidad de lo que él llamaba mi «atención a la vida». Durante esta breve intimidad conmigo misma se ha reanimado. Ahora que Colette está casada, Lucienne en Norteamérica, tendré tiempo para cultivarla. «Vas a aburrirte. Deberías conseguir un empleo», me dijo Maurice en Mougins. Insistió. Pero, por el momento, en todo caso, no tengo ganas. Quiero vivir por fin un poco para mí. Y aprovechar con Maurice esta soledad de dos de la cual tanto tiempo hemos estado privados. Tengo un montón de proyectos en la cabeza.

*Viernes 17 de septiembre*

El martes llamé por teléfono a Colette: estaba con gripe. Protestó cuando le dije que volvía enseguida a París, Jean-Pierre la cuida muy bien. Pero yo estaba inquieta, regresé ese mismo día. La encontré en cama, muy enflaquecida; tiene fiebre todas las noches. Ya en agosto, cuando la acompañé a la montaña, su salud me inquietaba. No veo la hora de que Maurice la examine y me gustaría que consultara a Talbot.

Aquí estoy, con otra protegida a mi cuidado. Cuando dejé a Colette, el miércoles después de cenar, el tiempo era tan agradable que fui en coche hasta el Barrio Latino; me senté en las sillas de la terraza, fumé un cigarrillo. En la mesa de al lado había una chiquilla que devoraba con los ojos mi paquete de Chesterfield; me pidió un cigarrillo. Le hablé; eludió mis preguntas y se levantó para irse; alrededor de quince años, ni estudiante ni prostituta, me intrigaba; le propuse llevarla a su casa en coche. Se negó, vaciló y terminó por confesar que no sabía adónde ir a dormir. Por la mañana se había escapado del centro en el cual la había alojado la Asistencia Pública. La he tenido en casa dos días. Su madre, más o menos retrasada mental, su abuelo, que la detesta, han renunciado a sus derechos sobre ella. El juez que se ocupa de su caso le ha prometido enviarla a un hogar adonde le enseñarán un oficio. Mientras tanto, vive «provisoriamente» desde hace seis meses en esa casa de la cual no sale *nunca* —salvo el domingo para ir a misa, si quiere— y donde no le dan ninguna tarea para hacer. Están allí, unas cuarenta adolescentes, materialmente bien cuidadas, pero que languidecen de aburrimiento, de desgana, de desesperación. Por la noche se le da a cada una un somnífero. Se las arreglan para no tomarlo y guardarlo. Y un buen día se tragan de golpe toda la reserva. «Una fuga, una tentativa de suicidio: es lo que

hace falta para que el juez se acuerde de una», me dijo Marguerite. Las fugas son fáciles, frecuentes, y si no duran mucho tiempo no acarrean consecuencias.

Le he jurado que removería cielo y tierra para conseguir que la transfieran a un hogar y se dejó convencer para regresar al centro. Yo hervía de cólera cuando la vi franquear la puerta, cabizbaja y arrastrando los pies. Es una hermosa jovencita, nada tonta, muy gentil, y que no pide otra cosa que poder trabajar: le están destrozando su juventud; a ella y a millares de otras. Mañana le hablaré por teléfono al juez Barron.

¡Qué duro es París! Aun en estos pegajosos días de otoño esa dureza me oprime. Esta noche me siento vagamente deprimida. He hecho planes para transformar la habitación de las chicas en una sala más íntima que el despacho de Maurice y la sala de espera. Y me doy cuenta de que Lucienne ya no vivirá nunca más aquí. La casa estará tranquila, pero muy vacía. Me atormento sobre todo por Colette. Felizmente, Maurice regresa mañana.

*Miércoles 22 de septiembre*

Ésta es una de las razones (la principal) por las cuales no tengo ningunas ganas de atarme a una tarea: difícilmente soportaría no estar totalmente a disposición de quienes me necesitan. Paso casi todo el día a la cabecera de la cama de Colette. Su fiebre no baja. «No es grave», dice Maurice. Pero Talbot pide que le hagan análisis. Ideas aterradoras me pasan por la cabeza.

El juez Barron me ha recibido esta mañana. Muy cordial. El caso de Marguerite Drin le parece lamentable: y hay millares parecidos. El drama es que no existe ningún lugar para alojar a estas chicas, no hay personal capaz de ocuparse de ellas adecuadamente. El gobierno no hace nada. Entonces, los esfuerzos de los jueces, de las asistentes sociales se estrellan contra una pared. El centro donde se encuentra Marguerite no es más que un lugar de tránsito; al cabo de tres o cuatro días, deberían haberla mandado a otra parte. ¿Pero adónde? No hay nada. Las chicas se quedan allí, donde no se ha previsto nada para ocuparlas en algo ni para distraerlas. Así y todo, tratará de encontrar un lugar, en algún sitio, para Marguerite. Y va a recomendar a las asistentes del centro que me autoricen verla. Los parientes no han firmado el papel que los privaría definitivamente de sus derechos, pero no se trata de que nuevamente se hagan cargo de la niña; ellos no lo desean y también para ella sería la peor solución.

Salí de los tribunales irritada contra la incuria del sistema. El número de delincuentes jóvenes aumenta; y no se contempla otra medida que redoblar la severidad.

Como me encontraba ante la puerta de la Sainte-Chapelle, entré, subí por la escalera de caracol. Había turistas extranjeros y una pareja que contemplaba los

vitrales, cogidos de la mano. En lo que a mí respecta, no miré muy bien. Nuevamente pensaba en Colette y me inquietaba.

Y me inquieto. Imposible leer. La única cosa que podría aliviarme sería conversar con Maurice: no estará aquí antes de medianoche. Desde su regreso de Roma pasa las veladas en el laboratorio con Talbot o Couturier. Dice que se están acercando al objetivo. Puedo comprender que lo sacrifique todo a sus investigaciones. Pero es la primera vez en la vida que tengo una gran preocupación sin que él la comparta.

*Sábado 25 de septiembre*

La ventana estaba a oscuras. Me lo esperaba. Antes (¿antes de qué?), cuando por excepción yo salía sin Maurice, al volver había siempre un rayo de luz entre las cortinas rojas. Yo subía los dos pisos corriendo, tocaba el timbre, demasiado impaciente para buscar mi llave. Subí sin correr, metí la llave en la cerradura. ¡Qué vacío estaba el apartamento! ¡Qué vacío está! Evidentemente, puesto que no hay nadie adentro. Pero no, de costumbre, cuando regreso a casa encuentro a Maurice, aun en su ausencia. Esta noche las puertas se abren ante habitaciones desiertas. Las once. Mañana se sabrán los resultados de los análisis y tengo miedo. Tengo miedo, y Maurice no está aquí. Ya lo sé. Es preciso que sus investigaciones lleguen a su fin. Así y todo, estoy enfadada con él. «¡Te necesito y no estás aquí!» Tengo ganas de escribir estas palabras sobre un papel que dejaría a la vista en el vestíbulo, antes de irme a acostar. Si no, me callaré, como ayer, como anteayer. Él estaba siempre aquí cuando tenía necesidad de él.

… He regado las plantas; he empezado a arreglar la biblioteca y me he parado. Me sorprendió su indiferencia cuando le hablé de instalar este salón. Tengo que confesarme la verdad; siempre he deseado la verdad, si la he obtenido es porque la quería. ¡Pues bien! Maurice ha cambiado. Se ha dejado devorar por su profesión. Ya no lee. Ya no escucha música. (Me gustaba tanto nuestro silencio y su rostro atento cuando escuchábamos Monteverdi o Charlie Parker.) Ya no nos paseamos juntos por París y los alrededores. Ya casi no tenemos verdaderas conversaciones. Empieza a parecerse a sus colegas, que no son más que máquinas de hacer carrera y ganar dinero. Soy injusta. El dinero, el éxito social, se ríe de ello. Pero desde que, en contra de mi opinión, hace diez años decidió especializarse, poco a poco —y eso es precisamente lo que yo temía— se ha empobrecido. Incluso en Mougins, este año, me pareció lejano: ávido por reencontrar la clínica y el laboratorio; distraído y hasta moroso. ¡Vamos!, mejor decirme a mí misma la verdad hasta el fin. En el aeropuerto de Niza sentía el corazón oprimido a causa de esas sombrías vacaciones dejadas detrás de nosotros. Y si en las salinas abandonadas conocí una felicidad tan intensa, fue porque Maurice, a cientos de kilómetros, volvía a serme cercano. (Curiosa cosa, un diario: lo que se calla es más importante que lo que se anota.) Se diría que su vida

privada ya no le concierne. La primavera pasada, ¡con qué facilidad renunció a nuestro viaje por Alsacia! Sin embargo, mi decepción lo afligió. Le dije alegremente: «¡La curación de la leucemia bien merece algunos sacrificios!». Pero, antes, para Maurice la medicina significaba personas de carne y hueso que había que aliviar. (Estaba tan decepcionada, tan desamparada durante mi permanencia en Cochin, por la fría benevolencia de los jefes de sala, por la indiferencia de los estudiantes: y en los hermosos ojos melancólicos de ese externo encontré una angustia, una rabia semejante a la mía. Creo que le amé desde ese instante.) Tengo miedo de que ahora para él sus enfermos no sean sino casos. Saber le interesa más que curar. Y hasta en sus relaciones con quienes lo rodean se vuelve abstraído, él, que era tan vivaz, tan alegre, tan joven a los cuarenta y cinco años como cuando lo encontré… Sí, algo ha cambiado puesto que escribo acerca de él, de mí, a sus espaldas. Si él lo hubiera hecho, me sentiría traicionada. Éramos el uno para el otro una absoluta transparencia.

Aún lo somos; mi cólera nos separa: le será fácil desarmarla. Necesitaré un poco de paciencia: después de los períodos de agotamiento viene la bonanza. El año pasado también trabajaba frecuentemente por las noches. Sí, pero yo tenía a Lucienne. Y, sobre todo, nada me atormentaba. Bien sabe él que en este momento no puedo leer ni escuchar discos, porque tengo miedo. No dejaré ninguna nota en el vestíbulo, pero hablaré con él. Al cabo de veinte —veintidós— años de matrimonio, una concede demasiado al silencio: es peligroso. Pienso que me he ocupado demasiado de las niñas todos estos últimos años: Colette era tan afectuosa y Lucienne tan difícil. Yo no estaba tan disponible como Maurice podía desearlo. Hubiera debido hacérmelo notar en lugar de lanzarse a trabajos que ahora lo alejan de mí. Tenemos que explicarnos.

Medianoche. Tengo tanta prisa por verle, por ahogar esta cólera que todavía protesta dentro de mí, que dejo los ojos clavados en el reloj de pared. La aguja no avanza; me exaspero. La imagen de Maurice se deshace; ¿qué sentido tiene luchar contra la enfermedad y el sufrimiento si uno trata a su propia mujer con tanto descuido? Eso es indiferencia. Dureza. Es inútil rabiar. Basta. Si los análisis de Colette son desfavorables, mañana voy a necesitar toda mi sangre fría. Entonces, debo tratar de dormir.

*Domingo 26 de septiembre*

Así que ocurrió. Me ocurrió.

*Lunes 27 de septiembre*

¡Pues sí! Me sucedió. Es *normal*. Debo persuadirme de eso y controlar esta cólera que me ha sacudido durante todo el día de ayer. Maurice me ha mentido, sí; eso también es normal. Hubiera podido continuar en lugar de hablarme. Aunque tardía, debo agradecerle su franqueza.

El sábado terminé por dormirme: de vez en cuando, tendía la mano hacia la cama gemela; la sábana estaba lisa. (Me gusta dormirme antes que él, mientras trabaja en su escritorio. A través del sueño, oigo correr el agua, huelo un ligero olor a agua de colonia, tiendo la mano, su cuerpo hincha las sábanas y naufrago en la beatitud.) La puerta de entrada sonó ruidosamente. Grité: «¡Maurice!». Eran las tres de la mañana. No habían trabajado hasta las tres, habían bebido y charlado. Me erguí en la cama:

—¿A qué hora vuelves? ¿Qué hora es?

Se sentó en un sillón. Tenía un vaso con whisky en la mano.

—Son las tres, ya sé.

—Colette está enferma, yo me muero de inquietud, y tú regresas a las tres. No habéis trabajado hasta las tres.

—¿Colette ha empeorado?

—No mejora. ¡No te importa! Evidentemente, cuando se está a cargo de la salud de toda la humanidad, una hija enferma no pesa mucho.

—No seas hostil.

Me miraba con una gravedad algo triste, y me derretí como me derrito siempre que él me envuelve en esa luz sombría y cálida. Pregunté con dulzura:

—Dime por qué vuelves tan tarde.

No contestó nada.

—¿Estuviste bebiendo? ¿Jugando al póquer? ¿Salisteis? ¿Te has olvidado de la hora?

Continuaba callado, con una especie de insistencia, haciendo girar el vaso entre sus dedos. Lancé al azar palabras absurdas para hacerlo salir de sus casillas y arrancarle una explicación:

—¿Qué sucede? ¿Hay una mujer en tu vida?

Sin dejar de mirarme, dijo:

—Sí, Monique, hay una mujer en mi vida.

(Todo era azul encima nuestro y bajo nuestros pies; a través del estrecho se percibía la costa africana. Él me abrazaba. «Si me engañaras, me mataría.» «Si tú me engañaras, no tendría necesidad de matarme. Moriría de pena.» Hace quince años. ¿Ya? ¿Qué son quince años? Dos y dos suman cuatro. Te amo, no amo a nadie sino a ti. La verdad es indestructible, el tiempo no la modifica en nada.)

—¿Quién es?

—Noëllie Guérard.

—¡Noëllie! ¿Por qué?

Alzó los hombros. Evidentemente. Yo sabía la respuesta: bonita, brillante, seductora. El tipo de aventura sin consecuencias y que halaga a un hombre.

¿Necesitaba ser halagado?

Me sonrió:

—Estoy contento de que me hayas preguntado. Detestaba mentirte.

—¿Desde cuándo me mientes?

Apenas vaciló:

—Te mentí en Mougins. Y desde mi regreso.

Desde hacía cinco semanas. ¿En Mougins pensaba en ella?

—¿Te has acostado con ella cuando te has quedado solo en París?

—Sí.

—¿La ves frecuentemente?

—¡Oh, no! Sabes bien que trabajo…

Pedí algunas precisiones. Dos veladas y una tarde desde su regreso, me parece que eso es frecuentemente.

—¿Por qué no me avisaste enseguida?

Me miró tímidamente y me dijo, con pesar en la voz:

—Decías que morirías de pena…

—Son cosas que se dicen.

De pronto tuve ganas de llorar: no me moriría por eso, era lo más triste. A través de brumas azules mirábamos África, a lo lejos, y las palabras que pronunciábamos no eran nada más que palabras. El estupor me vaciaba la cabeza. Necesitaba un plazo para comprender lo que me sucedía. «Vamos a dormir», dije.

La cólera me despertó temprano. Qué aspecto inocente tenía, los cabellos enmarañados encima de la frente rejuvenecida por el sueño. (En agosto, durante mi ausencia, ella se despertó a su lado: ¡no logro creerlo! ¿Por qué acompañé a Colette a la montaña?) ¡Durante cinco semanas me has mentido! «Esta noche hemos dado un gran paso adelante.» Y volvía de casa de Noëllie. Tuve ganas de sacudirlo, de insultarlo, de gritar. Me dominé. Dejé una nota sobre la almohada: «Hasta esta noche», segura de que mi ausencia lo enternecería más que cualquier reproche; uno no puede responder con nada a la ausencia. Caminé al azar por las calles, obsesionada por estas palabras: «Me ha mentido». Se me atravesaban imágenes: la mirada, la sonrisa de Maurice para Noëllie. Las ahuyentaba. No la mira como me mira. No quería sufrir, no sufría, pero el rencor me sofocaba: «¡Me ha mentido!». Yo decía: «Me moriría de pena»; sí, pero él me lo hacía decir. Había puesto más ardor que yo en concluir nuestro pacto; nada de compromiso, nada de licencia, íbamos en coche por el camino de Saint-Bertrand-de-Comminges y él me abrazaba: «¿Te colmaré siempre?». Se irritó porque yo no contestaba con bastante ardor (¡pero qué reconciliación en el dormitorio de la vieja hostería con el olor de las madreselvas que entraba por la ventana! Hace veinte años; fue ayer). Él me colmó, no he vivido más que para él. ¡Y él, por un capricho, ha traicionado nuestros juramentos! Me decía a mí misma: exigiré que rompa, enseguida… Fui a casa de Colette; todo el día me ocupé de ella, pero interiormente hervía. Regresé a casa, agotada. «Voy a exigir que

rompa.» ¿Pero qué significa la palabra «exigencia» después de toda una vida de amor y cordialidad? Nunca he pedido para mí nada que no quisiera también para él.

Me tomó en sus brazos con aspecto algo extraviado. Había llamado por teléfono varias veces a casa de Colette y no había contestado nadie (para que no la molestaran, yo había descolgado el teléfono). Estaba enloquecido de inquietud.

—¿No se te habrá ocurrido, así y todo, que iba a suicidarme?

—Se me ha ocurrido cualquier cosa.

Su ansiedad me llegó al corazón y le escuché sin hostilidad. Seguro, es culpa suya haberme mentido, pero es preciso que yo comprenda: uno ya no se atreve a confesar, porque hay que confesar también que uno ha mentido. El obstáculo es aún más infranqueable para las personas que, como nosotros, dan tanta importancia a la sinceridad. (Lo reconozco: con qué encarnizamiento yo hubiera mentido para disimular una mentira.) Nunca he hecho concesiones a la mentira. Las primeras mentiras de Lucienne y de Colette me dejaron fuera de combate. Me costó admitir que todos los niños mienten a su madre. ¡A mí no! No soy una madre a la que se miente; no soy una mujer a la que se miente. Orgullo imbécil. Todas las mujeres se creen diferentes; todas piensan que ciertas cosas no pueden sucederles, y todas ellas se equivocan.

Hoy he reflexionado mucho. (Es una suerte que Lucienne esté en Norteamérica. Hubiera tenido que hacerle una comedia. No me hubiera dejado en paz.) Y fui a hablar con Isabelle. Me ayudó, como siempre. Tenía miedo de que me comprendiera mal, ya que ella y Charles han apostado a la carta de la libertad, y no como Maurice y yo a la de la fidelidad. Pero eso no le ha impedido, me dijo, coger algunas rabietas contra su marido, ni sentirse a veces en peligro: creyó, hace seis años, que él iba a dejarla. Me ha aconsejado tener paciencia. Siente mucha estima por Maurice. Le parece natural que haya querido tener una aventura, excusable que al principio me lo haya ocultado; pero seguramente se cansará pronto del asunto. Lo que da atractivo a ese tipo de asuntos es la novedad; el tiempo trabaja en contra de Noëllie; el prestigio que ella pueda tener a los ojos de Maurice se desvanecerá. Eso sí, si quiero que nuestro amor salga indemne de esta prueba, no tengo que hacerme la víctima ni la energúmena. «Sé comprensiva, sé alegre. Antes que nada, sé amistosa», me dijo. Es así como finalmente ella reconquistó a Charles. La paciencia no es mi virtud dominante. Pero, efectivamente, debo esforzarme. Y no sólo por táctica: por moral. He tenido exactamente la vida que deseaba: tengo que merecer ese privilegio. Si flaqueo ante el primer tropiezo, todo lo que pienso acerca de mí misma no es sino ilusión. Soy intransigente, me parezco a papá, y Maurice me estima por eso; pero con todo quiero comprender a los demás y saber adaptarme. Que un hombre tenga una aventura después de veintidós años de matrimonio, Isabelle tiene razón, es normal. Yo sería la anormal (infantil, en suma) no admitiéndolo.

Al dejar a Isabelle casi no tenía ganas de ir a ver a Marguerite; pero me había escrito una nota conmovedora, no quise decepcionarla. Tristeza de ese locutorio, de

esos rostros de adolescentes oprimidos. Me mostró unos dibujos, nada feos. Querría hacer decoración; o al menos ser escaparatista. De todos modos, trabajar. Le he repetido las promesas del juez. Le dije qué diligencias había hecho para obtener la autorización para salir el domingo con ella. Tiene confianza en mí, me tiene cariño, tendrá paciencia: pero no indefinidamente.

Esta noche salgo con Maurice. Consejos de Isabelle y del correo del corazón: para recuperar a su marido, sea hermosa, elegante, salgan solos los dos. No tengo que recuperarlo: no lo he perdido. Pero tengo todavía muchas preguntas que hacerle y la conversación será más sosegada si cenamos fuera. Por encima de todo, no quiero que parezca una intimidación. Un detalle idiota me inquieta: ¿por qué tenía un vaso de whisky en la mano? Yo llamé: ¡Maurice! Despierta a las tres de la mañana, él adivinó que iba a interrogarle. Por lo común, no cierra tan ruidosamente la puerta de entrada.

*Martes 28 de septiembre*

He bebido demasiado; pero Maurice se reía y me dijo que estaba encantadora. Es curioso; ha sido preciso que me haya engañado para que resucitemos las noches de nuestra juventud. Nada peor que la rutina: los choques despiertan. Saint-Germain-des-Prés ha cambiado desde 1946: el público es diferente. «Y es otra época», dijo Maurice con algo de tristeza. Pero yo no había puesto los pies en una discoteca desde hace cerca de quince años, y todo me encantó. Hemos bailado. En un momento dado me dijo, apretándome muy fuertemente: «Nada ha cambiado entre nosotros dos». Y hemos charlado, sin ton ni son: pero yo estaba medio mareada, algo se me había olvidado. A grandes rasgos, es lo que yo suponía; Noëllie es una abogada brillante y devorada por la ambición; es una mujer sola (divorciada, con una hija) de costumbres muy libres, mundana, muy a la moda: justo lo contrario de mí. Maurice tuvo ganas de saber si podía gustar a ese tipo de mujer. «Si yo quisiera…»: me planteaba esa pregunta cuando flirteaba con Quillan; el único ligue de mi vida, y enseguida lo terminé. En Maurice, como en la mayoría de los hombres, dormitaba un adolescente nada seguro de sí mismo. Noëllie lo tranquilizó. Y es también evidentemente una cuestión epidérmica: ella es apetecible.

*Miércoles 29 de septiembre*

Era la primera vez que Maurice, que yo supiera, pasaba la velada con Noëllie. Fui con Isabelle a ver un viejo film de Bergman y comimos una *fondue* en Hochepot. Con ella siempre me gusta estar. Ha conservado el ardor de nuestra adolescencia, cuando cada film, cada libro, cada cuadro era tan importante; ahora que mis hijas se han ido, la acompañaré más a menudo a exposiciones, a conciertos. Ella también dejó los

estudios al casarse, pero ha conservado una vida intelectual más intensa que la mía. Hay que decir que ha tenido solamente un hijo que educar, y no dos hijas. Y además no está llena de «protegidos», como yo; con un marido ingeniero, tiene pocas ocasiones de encontrar alguno. Le dije que había adoptado fácilmente la táctica de la sonrisa, ya que estoy convencida de que efectivamente esta historia no cuenta tanto para Maurice. «Nada ha cambiado entre nosotros dos», me dijo anteayer.

De hecho, más me atormenté hace diez años: si tenía ambiciones nuevas, si su trabajo en Simca (rutinario, mal pagado pero que le dejaba tiempo libre y que él cumplía con tanta dedicación) no le bastaba era porque en casa se aburría, porque sus sentimientos hacia mí habían flaqueado. (El futuro me probó lo contrario. Únicamente lamento no participar para nada en lo que hace. Me hablaba de sus enfermos, me señalaba los casos interesantes, yo trataba de ayudarlos. Ahora estoy excluida de sus investigaciones y sus clientes del policlínico no necesitan de mí.) Isabelle me fue útil también en aquel momento. Me convenció de respetar la libertad de Maurice. Era renunciar al viejo ideal que mi padre había encarnado y que sigue vivo en mí. Era más duro que cerrar los ojos ante una cana al aire.

Pregunté a Isabelle si era feliz.

—No me planteo la pregunta, así que supongo que la respuesta es sí.

En cualquier caso, se despierta contenta. ¡Me parece una buena definición de la felicidad! También yo, todas las mañanas, cuando abro los ojos sonrío.

Esta mañana también. Antes de acostarme había tomado un poco de Nembutal y me dormí enseguida. Maurice me dijo que había regresado hacia la una. No le hice ninguna pregunta.

Lo que me ayuda es que no estoy físicamente celosa. Mi cuerpo ya no tiene treinta años, el de Maurice tampoco. Se encuentran con placer —raramente, a decir verdad— pero sin fiebre. ¡Oh!, no me engaño. Noëllie tiene el atractivo de la novedad; en su cama Maurice rejuvenece. Esta idea me deja indiferente. Desconfiaría de una mujer que diera algo a Maurice. Pero mis encuentros con Noëllie y lo que he oído decir de ella me han informado lo suficiente. Encarna todo lo que nos disgusta: la avidez por llegar, el esnobismo, el gusto por el dinero, la pasión de aparentar. No tiene ninguna idea personal, carece radicalmente de sensibilidad: sigue la moda. Hay tanto impudor y exhibicionismo en sus coqueterías que hasta me pregunto si no es frígida.

*Jueves 30 de septiembre*

Colette tenía 36,9° esta mañana, se levanta. Maurice dice que es una enfermedad que en este momento es común en París: fiebre, adelgazamiento, y después se pasa. No sé por qué, al verla ir y venir por ese apartamentito, he comprendido un poco el pesar de

Maurice. No es menos inteligente que su hermana; la química le interesaba, sus estudios iban bien, es una lástima que los haya dejado. ¿Qué va a hacer todos los días? Debería aprobarla; ha escogido la misma vía que yo: pero yo tenía a Maurice. Ella tiene a Jean-Pierre, evidentemente. Un hombre al que no se ama es difícil imaginar que basta para colmar una vida.

Larga carta de Lucienne, apasionada por sus estudios y por Norteamérica.

Buscar una mesa para el salón. Ir a ver a la viejecita paralítica de Bagnolet.

¿Por qué continuar este diario puesto que no tengo nada que anotar en él? Lo empecé porque mi soledad me desconcertaba; lo he continuado por malestar, porque la actitud de Maurice me confundía. Pero ese malestar se ha disipado ahora que veo las cosas con claridad, y creo que voy a dejar esta libreta.

*Viernes 1 de octubre*

Por vez primera he reaccionado mal. A la hora del desayuno. Maurice me dijo que de ahora en adelante, cuando salga por la noche con Noëllie, se quedará toda la noche en su casa. «Es más decente tanto para ella como para mí», asegura él.

—Ya que aceptas que tenga este lío, déjamelo vivir correctamente.

Teniendo en cuenta la cantidad de tardes que pasa en el laboratorio, la cantidad de almuerzos que se salta, dedica a Noëllie casi tanto tiempo como a mí. He protestado. Me ha aturdido con cálculos. Si hacemos la cuenta en horas, de acuerdo, está más tiempo conmigo. Pero durante muchas de esas horas trabaja, lee revistas; o bien estamos con amigos. Cuando está cerca de Noëllie, se dedica solamente a ella.

He terminado por ceder. Puesto que he adoptado una actitud comprensiva, conciliadora, debo atenerme a ella. No hacerle frente. Si le arruino su aventura, la embellecerá a distancia, tendrá nostalgia. Si le permito vivirla «correctamente» se cansará pronto. Es lo que Isabelle me ha asegurado. Me repito: «Paciencia».

Con todo, tengo que reconocer que a la edad de Maurice una historia epidérmica es algo que cuenta. En Mougins, evidentemente, pensaba en Noëllie. Comprendo esa ansiedad en su mirada, en el aeropuerto de Niza: se preguntaba si yo sospechaba algo. ¿O sentía vergüenza por haberme mentido? ¿Era vergüenza o ansiedad? Recuerdo su rostro pero lo descifro con dificultad.

*Sábado 2 de octubre. Por la mañana*

Están en pijama, beben café, sonríen… Esta visión me lastima. Cuando uno se golpea contra una piedra, al principio siente el golpe; el sufrimiento viene después: con una semana de retraso, empiezo a sufrir. Antes, estaba más bien estupefacta. Razonaba, alejaba ese dolor que esta mañana me asalta: las imágenes. Doy vueltas por el

apartamento: a cada paso invoco otra imagen. He abierto su armario. He mirado sus pijamas, sus camisas, sus calzoncillos, sus camisetas; y me he echado a llorar. Que otra pueda acariciar su mejilla contra la suavidad de esa seda, la ternura de ese pulóver, no lo soporto.

No he tenido cuidado. Pensé que Maurice se estaba volviendo un hombre mayor, que trabajaba en exceso, que yo tenía que adaptarme a su tibieza. Empezó a considerarme algo así como una hermana. Noëllie ha despertado sus deseos. Que tenga o no temperamento, con seguridad que sabe cómo comportarse en una cama. Él ha vuelto a encontrar la orgullosa alegría de colmar a una mujer. Acostarse no es solamente acostarse. Entre ellos hay esa intimidad que no pertenecía sino a mí. Al despertar, ¿la cobijará en su hombro llamándola mi gacela, mi pájaro del bosque? ¿O le ha inventado otros nombres que le dice con la misma voz? ¿Se afeita, le sonríe, los ojos más oscuros y más brillantes, la boca más desnuda bajo la máscara de espuma blanca? Aparecía en el marco de la puerta teniendo en los brazos, envuelto en celofán, un gran ramo de rosas rojas: ¿le llevará flores?

Me están serrando el corazón con un serrucho de dientes muy agudos.

*Sábado por la noche*

La llegada de la señora Dormoy me arrancó de mis obsesiones. Estuvimos charlando y le di para su hija las cosas que Lucienne dejó. Después de haber tenido una criada medio ciega, una mitómana que me abrumaba con el relato de sus desgracias, una retrasada que me robaba, aprecio a esta mujer honesta y equilibrada: la única que no he contratado para hacerle un favor.

He ido a hacer las compras. Casi siempre callejeo largo rato por esa calle llena de olores, de ruidos y de sonrisas. Trato de inventarme deseos tan variados como las frutas, las verduras, los quesos, los patés, los pescados desde sus canastos. En la floristería compro el otoño por brazadas. Hoy mis gestos eran mecánicos. He llenado apresuradamente mi bolsa. Sentimiento que no había experimentado nunca: la alegría de los demás me pesaba.

Durante el almuerzo, dije a Maurice:

—En suma, no hemos hablado. No sé nada sobre Noëllie.

—Cómo no, te he dicho lo esencial.

Es cierto que me habló de ella en el Club 46: lamento haberlo escuchado tan mal.

—Aun así, no comprendo qué le encuentras de especial: hay muchas mujeres tan bonitas como ella.

Reflexionó:

—Tiene una cualidad que te gustaría; una manera de darse a fondo en lo que está haciendo.

—Es ambiciosa, ya sé.

—Es otra cosa que ambición.

Se detuvo, molesto sin duda por hacer en mi presencia el elogio de Noëllie. Hay que decir que yo no debía de tener un aspecto muy animado.

*Martes 5 de octubre*

Ahora que no está ya enferma, paso un poco demasiado tiempo en casa de Colette. A pesar de su gran gentileza, advierto que mi solicitud arriesga importunarla. Cuando uno ha vivido tanto para los demás, es un poco difícil reconvertirse, vivir para sí mismo. No caer en las trampas de la devoción: sé muy bien que las palabras dar y recibir son intercambiables y cuánta necesidad tenía yo de la necesidad que mis hijas tuvieron de mí. En ese punto nunca he engañado. «Eres maravillosa —me decía Maurice (me lo decía tan frecuentemente, con un pretexto u otro)—, porque al dar gusto a los otros te das gusto a ti.» Yo me reía: «Sí, es una forma de egoísmo». Esa ternura en sus ojos: «La más deliciosa que existe».

*Miércoles 6 de octubre*

Ayer me entregaron la mesa que encontré él domingo en «el mercado de las pulgas»; una verdadera mesa de granja de madera rugosa, algo remendada, pesada y ancha. Este salón es mucho más bonito aún que nuestro dormitorio. A pesar de mi tristeza, ayer por la noche (cine, Nembutal, es un régimen del cual pronto me cansaré) me regocijaba del placer que él tendría esta mañana. Por cierto, me ha felicitado. ¿Y qué? Hace diez años, había arreglado esta habitación durante su estancia en casa de su madre enferma. Me acuerdo de su rostro, su voz: «¡Qué agradable que será ser feliz aquí!». Encendió un gran fuego de leña. Bajó a comprar champán; y también me trajo rosas rojas. Esta mañana miraba, aprobaba con un aspecto —¿cómo decirlo?— de buena voluntad.

Entonces ¿ha cambiado de veras? En un sentido, su confesión me había tranquilizado: tiene un lío, todo se explica. ¿Pero tendría un lío si hubiera seguido siendo el mismo? Ya lo había presentido, y ésa fue una de las oscuras razones de mi resistencia: no se modifica la vida sin modificarse uno mismo. Dinero, un medio brillante: se hastió. Cuando andábamos a salto de mata, mi ingeniosidad lo admiraba: «¡Eres maravillosa!». Una simple flor, una hermosa fruta, un pulóver que le había tejido: eran grandes tesoros. Este salón, que arreglé con tanto amor, ¿y eso?, no tiene nada de extraordinario comparado con el apartamento de los Talbot. ¿Y el de Noëllie? ¿Cómo es? Seguramente más lujoso que el nuestro.

*Jueves 7 de octubre*

En el fondo, ¿qué he ganado con que me haya dicho la verdad? Ahora pasa las noches con ella: les conviene. Me pregunto… Pero es demasiado evidente. Esa puerta ruidosamente cerrada, ese vaso de whisky: todo era premeditado. Él provocó mis preguntas. Y yo, pobre idiota, creí que me hablaba por lealtad…

… ¡Dios mío!, qué dolorosa es la cólera. He creído que no lograría dominarla antes de su vuelta. De hecho, no tengo ningún motivo para ponerme en semejante estado. Él no sabía cómo hacerlo, fue astuto con sus dificultades: eso no es un crimen.

Así y todo yo querría saber si habló por mí o por su propia comodidad.

*Sábado 9 de octubre*

Estaba contenta de mí misma, esta noche, porque había pasado dos días serenos. He tenido que escribir otra carta a la asistencia social indicada por el juez Barron. He encendido un delicioso fuego de leña y he empezado a tejerme un vestido. Hacia las diez y media sonó el teléfono. Talbot preguntaba por Maurice. Dije:

—Está en el laboratorio. Creía que usted también estaba allí…

—… Es decir… tenía que ir, pero estoy con gripe. Pensaba que Lacombe ya estaría de vuelta, voy a llamarle al laboratorio, discúlpeme por haberla molestado.

Las últimas frases muy rápidamente, con tono animado. Yo no oía sino ese silencio: «… Es decir». Y todavía otro silencio después. Me he quedado inmóvil, la mirada clavada en el teléfono. He repetido diez veces las dos réplicas, como un viejo disco cansado: «Que usted también estaba allí», «… Es decir…». E implacablemente, cada vez, ese silencio.

*Domingo 10 de octubre*

Ha regresado un poco antes de medianoche. Le dije:

—Talbot llamó por teléfono. Yo creía que estaba contigo en el laboratorio.

Respondió sin mirarme.

—No estaba.

Dije:

—Y tú tampoco.

Hubo un breve silencio.

—Así es. Estaba en casa de Noëllie. Me había suplicado que pasara a verla.

—¡Pasar! Te has quedado tres horas. ¿Te sucede frecuentemente, eso de ir a su casa cuando me dices que tienes que trabajar?

—¡Cómo! Pero si es la primera vez —me dijo con tono tan indignado como si nunca me hubiera mentido.

—Entonces es una vez que sobra. ¿Y para qué haberme dicho la verdad si sigues mintiendo?

—Tienes razón. Pero no me atreví…

Esa frase me hizo dar un salto: tantas cóleras reprimidas, semejante esfuerzo para guardar las apariencias de la serenidad.

—¡No te atreviste! ¡Como si yo fuera un energúmeno! ¡Muéstrame alguna mujer tan tolerante como yo!

Su voz se volvió desagradable.

—No me atreví porque el otro día empezaste a echar cuentas: tantas horas para Noëllie, tantas horas para ti…

—¡Es el colmo! ¡Fuiste tú quien me aturdió con cálculos!

Vaciló un segundo y dijo con aspecto arrepentido.

—¡Bueno!, me declaro culpable. No mentiré nunca más.

Le pregunté por qué Noëllie insistía tanto en verlo.

—La situación no es divertida para ella —me contestó.

De nuevo me ganó la cólera:

—¡Es el colmo! ¡Sabía que yo existía cuando se acostó contigo!

—No lo olvida: es justamente eso lo que le es penoso.

—¿La incomodo? ¿Te querría todo para ella?

—Me quiere…

¡Noëllie Guérard, esa pequeña arribista glacial, haciéndose la enamorada, era demasiado!

—¡Puedo desaparecer, si os va mejor! —le dije.

Puso la mano sobre mi brazo:

—¡Te ruego, Monique, no tomes las cosas así!

Tenía aspecto desdichado y fatigado pero yo —yo, que enloquezco por un suspiro suyo— no estaba de humor para compadecerlo. Dije secamente:

—¿Y cómo quieres que las tome?

—Sin hostilidad. Está bien, es mi culpa haber comenzado este lío. Pero ahora que está hecho es preciso que trate de arreglármelas sin hacer demasiado daño a nadie.

—No te pido piedad.

—¡No se trata de piedad! Muy egoístamente, causarte pena me destroza. Pero comprende que también tengo que tener en cuenta a Noëllie.

Me puse de pie, sentía que ya no me controlaba.

—Vamos a acostarnos.

Y esta noche me digo que Maurice está quizá contando esa conversación a Noëllie. ¿Cómo no se me había ocurrido aún? Hablan de ellos, por lo tanto de mí.

Entre ellos hay connivencia, como entre Maurice y yo. Noëllie no es únicamente un engorro en nuestra vida: en el idilio de ellos yo soy un problema, un obstáculo. Para ella no se trata de algo pasajero; pretende una relación seria con Maurice, y es hábil. Mi primer impulso era el acertado; hubiera debido ponerle fin inmediatamente, decir a Maurice: o ella o yo. Me hubiera guardado rencor durante un tiempo, pero enseguida me lo hubiera agradecido, sin duda. No fui capaz de hacerlo. Mis deseos, mis voluntades, mis intereses nunca se han diferenciado de los suyos. Las escasas veces en que me he opuesto a él, era en su nombre, para su bien. Ahora sería preciso alzarme directamente en su contra. No tengo fuerzas para empezar ese combate. Pero no estoy segura de que mi paciencia no sea una torpeza. Lo más amargo es que Maurice casi no parece agradecérmelo. Pienso que con una bonita falta de lógica masculina me guarda rencor por los remordimientos que siente a mi respecto. ¿Sería preciso ser aún más comprensiva, más indiferente, más sonriente? ¡Ah!, ya no sé nada. Nunca he vacilado tanto sobre una conducta a seguir. ¡Sí!, respecto a Lucienne. Pero entonces le pedía consejo a Maurice. Lo más desconcertante es mi soledad frente a él.

*Jueves 14 de octubre*

Me están manipulando. ¿Quién dirige la maniobra? ¿Maurice, Noëllie, los dos juntos? No sé cómo hacerla fracasar, si fingiendo ceder a ella o resistiéndola. ¿Y adónde me llevan?

Ayer, al regresar del cine, Maurice me dijo, con tono precavido, que tenía que pedirme un favor: quiere partir de viaje de fin de semana con Noëllie. En compensación, se las arreglará para no trabajar todas estas noches, tendremos mucho tiempo para nosotros. Tuve un sobresalto de rebeldía. Su rostro se endureció: «No hablemos más». Volvió a mostrarse amable, pero yo estaba trastornada por haberle negado algo. Él me juzgaba mezquina o al menos hostil. No dudaría en mentirme la semana siguiente: entre nosotros se consumaría la separación… «Trata de vivir esta historia *con* él», me dice Isabelle.

Antes de ir a dormir, le dije, que pensándolo bien, lamentaba mi reacción: le dejaba libre. No pareció alegre, al contrario, me pareció ver desolación en sus ojos:

—Bien sé que te pido mucho; te pido demasiado. No creas que no tengo remordimientos.

—¡Oh, los remordimientos! ¿Para qué sirven?

—Para nada, por supuesto. Te lo digo, nada más. A lo mejor es más limpio no tenerlos.

Me quedé despierta largo rato; él también, me pareció. ¿En qué pensaba? En lo que a mí respecta, me preguntaba si había tenido razón al ceder. ¿De concesión en

concesión, hasta dónde iré? Y por el momento no saco ningún beneficio. Es demasiado pronto, evidentemente. Antes que esa relación se estanque, hay que dejarla madurar. Me lo repito. Y tan pronto me creo prudente, tan pronto me acuso de cobardía. En realidad estoy desarmada porque nunca he imaginado que tendría derechos. Espero mucho de las personas que amo —demasiado, quizá—. Espero y hasta pido. Pero no sé exigir.

*Viernes 15 de octubre*

Hace mucho tiempo que no había visto a Maurice tan alegre, tan tierno. Encontró dos horas esta tarde para acompañarme a la exposición de arte hitita. Sin duda, espera conciliar nuestra vida y su aventura: si no va a durar mucho, está bien.

*Domingo 17 de octubre*

Ayer se deslizó de la cama antes de las ocho de la mañana. Sentí el olor de su agua de colonia. Cerró muy suavemente la puerta del dormitorio y la del apartamento. Desde la ventana le vi limpiar el coche con minuciosa alegría; me pareció que canturreaba.

Había un tierno cielo de verano, por encima de los últimos follajes de otoño. (La lluvia de oro de las hojas de acacia, a los costados de una carretera rosa y gris, al volver de Nancy.) Subió al coche; puso en marcha el motor y yo miraba mi lugar a su lado; mi lugar en el que Noëllie iba a sentarse. Aceleró, el coche desapareció y sentí que mi corazón se aflojaba. Marchaba muy rápido, desapareció de mi vista para siempre. No volverá nunca. No será él quien vuelva.

He matado el tiempo lo mejor posible. Colette, Isabelle. He visto dos films: dos veces seguidas el de Bergman, a tal punto me conmovió. Esta noche he puesto un disco de jazz, he encendido la chimenea, me he puesto a tejer mirando las llamas. En general la soledad no me aterra. Y en pequeñas dosis hasta me distiende: las presencias que me son caras me fatigan d corazón. Me inquieto por un gesto, por un bostezo. Y para no ser inoportuna —o ridícula— debo callar mis aprensiones, reprimir mis impulsos. Pensar en ellos, de lejos, constituye una tregua que descansa. El año pasado, cuando Maurice estuvo en un coloquio en Ginebra, los días me parecían cortos: este fin de semana no termina nunca. He abandonado el punto porque no me protegía: ¿qué hacen, dónde están, qué se dicen, cómo se miran? Había creído que sabría preservarme de los celos: pero no. He hurgado en sus bolsillos y en sus papeles, sin encontrar nada, por supuesto. Seguramente ella le habrá escrito cuando él estaba en Mougins: iba a buscar las cartas a la oficina de correos ocultándose de mí. Y las ha guardado en algún lado en la clínica. Si quisiera leerlas, ¿me las mostraría?

Pedirle… ¿a quién? ¿A ese hombre que se pasea con Noëllie, de quien no puedo siquiera imaginar (de quien no quiero imaginar) el rostro ni las palabras? ¿A ese que amo y que me ama? ¿Es el mismo? Ya no lo sé. Y no sé si me hago una montaña de un montículo o si tomo una montaña por un montículo.

… He buscado un refugio en nuestro pasado. Instalé delante del fuego las cajas llenas de fotos. Encontré ésa de Maurice con su brazalete: qué unidos estábamos ese día cuando cerca del muelle Grand-Augustins cuidábamos a los soldados heridos. Por el camino del cabo Corse, aquí está el viejo coche jadeante que su madre nos había regalado. Me acuerdo de esa noche, cerca de Corse, cuando tuvimos una avería. Nos quedamos inmóviles intimidados por la soledad y el silencio. Dije: «Habría que tratar de repararlo». «Primero bésame», me dijo Maurice. Nos besamos fuertemente, largamente, y nos parecía que ni el frío ni la fatiga, que nada en el mundo podía alcanzarnos.

Es curioso. ¿Eso significa algo? Todas las imágenes que regresan a mi corazón tienen más de diez años: la cima de Europa, la liberación de París, el regreso de Nancy, nuestra inauguración de la casa, esa avería por la carretera de Corse. Puedo evocar otras: nuestros últimos veranos en Mougins, Venecia, cuando cumplí cuarenta años. Ninguna me conmueve del mismo modo. A lo mejor los recuerdos más lejanos parecen siempre los más hermosos.

Estoy cansada de plantearme preguntas, de ignorar las respuestas. Pierdo pie. Ya no reconozco el apartamento. Los objetos tienen aspecto de imitaciones de sí mismos. La pesada mesa del salón: está vacía. Como si hubieran proyectado a la casa y a mí en una cuarta dimensión. No me sorprendería si al salir me encontrara en una selva prehistórica o en una ciudad del año 3000.

*Martes 19 de octubre*

Tensión entre nosotros. ¿Por mi culpa o la de él? Lo recibí con mucha naturalidad; me contó su fin de semana. Estuvieron en Sologne; parece que a Noëllie le gusta Sologne. (¿Tendría gustos y todo?) Tuve un sobresalto cuando me dijo que habían comido y pasado la noche en el albergue de Forneville:

—¿En ese lugar tan esnob y tan caro?

—Es muy bonito —me dijo Maurice.

—Isabelle me dijo que era pintoresco al uso norteamericano: lleno de plantas verdes, de pájaros y de falsas antigüedades.

—Hay plantas verdes, pájaros y antigüedades verdaderas o falsas. Pero es muy bonito.

No insistí. Había captado el endurecimiento de su voz. En general, lo que le gusta a Maurice es descubrir una tasca sin mucha apariencia exterior donde se coma bien, un hotel poco frecuentado en un hermoso rincón perdido. Bueno, admito que una vez,

al pasar, haga una concesión a Noëllie: pero no tiene necesidad de pretender apreciar las vulgaridades que a ella le encantan. A menos que no esté ganando influencia sobre él. Vio el último film de Bergman con ella en el mes de agosto, en función privada (Noëllie solamente va a funciones privadas o de gran gala), y no le pareció bueno. Ha debido demostrarle que Bergman estaba pasado de moda, ella no tiene otro criterio. Lo deslumbra porque pretende estar al corriente de todo. Vuelvo a verla en esa cena en casa de Diana el año pasado. Dio un curso sobre los happenings. Y después habló largamente del proceso Rampal, que acababa de ganar. Un número verdaderamente ridículo. Luce Couturier parecía molesta y Diana me había hecho un guiño de connivencia. Pero los hombres escuchaban, boquiabiertos: Maurice entre otros. Sin embargo, no va con él eso de dejarse atrapar por esa clase de baladronadas.

No debería atacar a Noëllie, pero por momentos es más fuerte que yo. Acerca de Bergman no discutí. Pero por la noche, a la hora de cenar, inicié una querella estúpida porque Maurice me sostuvo que muy bien se podía tomar vino tinto con el pescado. Reacción típica de Noëllie: saber tan perfectamente lo que se debe hacer que uno no lo hace. Entonces defendí la regla que asocia pescado y vino blanco. La discusión subió de tono. ¡Qué lastimoso! De todas maneras no me gusta el pescado.

*Miércoles 20 de octubre*

La noche que Maurice me habló, creí que tendría que superar una situación desagradable pero nítida. E ignoro dónde estoy, contra qué tengo que luchar, si cabe luchar y por qué. En casos análogos, ¿las demás mujeres están tan desamparadas? Isabelle me repite que el tiempo trabaja a mi favor. Quisiera creerla. A Diana, desde el momento en que su marido se ocupa amablemente de ella y de sus hijos, le es indiferente que la engañen o no. Sería incapaz de darme un consejo. Así y todo, le he hablado por teléfono, porque quería informaciones sobre Noëllie: ella la conoce y no la estima (Noëllie hizo insinuaciones a Lemercier, quien las rechazó: no le gusta que se le echen a los brazos). Le he preguntado desde cuándo sabía lo concerniente a Maurice. Fingió estar sorprendida y pretendió que Noëllie no le había hablado de nada; ellas no son en absoluto amigas íntimas. Me contó que Noëllie a los veinte años había hecho una boda ventajosa, su marido se divorció (sin duda, porque estaba harto de ser engañado), pero ella obtuvo una considerable pensión alimenticia; le saca magníficos regalos, se entiende muy bien con la nueva mujer y frecuentemente pasa largas temporadas en su chalet de La Napoule. Se ha acostado con un montón de tipos (en general útiles para su carrera) y ahora debe de tener ganas de una unión sólida. Pero dejará plantado a Maurice si logra atrapar a un hombre más rico y más conocido que él (yo preferiría que él tomara la iniciativa). Su hija tiene catorce años y está educada de la manera más esnob: equitación, yoga, vestidos de Virginie. Está en la escuela alsaciana con la segunda hija de Diana y se da unos aires increíbles. Al

mismo tiempo, se queja de que su madre la descuida. Diana dice que Noëllie pide a sus clientes honorarios exorbitantes, que cuida de manera formidable su publicidad y que está dispuesta a todo para tener éxito. Hemos hablado de sus aspavientos del año pasado. Estúpidamente, ese degüello me aliviaba. Se parecía a un embrujo mágico: allí donde uno planta las agujas, la rival será mutilada, desfigurada, y el amante verá sus heridas repelentes. Me parecía imposible que nuestro retrato de Noëllie no se impusiera ante Maurice como una evidencia (hay una cosa que voy a decirle: no fue ella la que habló en la defensa de Rampal).

*Jueves 21 de octubre*

Enseguida Maurice se puso a la defensiva:

—¡Ya estoy escuchando a Diana! ¡Detesta a Noëllie!

—Es cierto —dije—. Pero si Noëllie lo sabe, ¿por qué la frecuenta?

—¿Y por qué Diana ve a Noëllie? Son relaciones sociales. ¿Entonces? —me preguntó algo desafiante—. ¿Qué es lo que contó Diana?

—Vas a decir que es malevolencia.

—Seguramente: las mujeres que no hacen nada no soportan ni el olor de las que trabajan.

(«Las mujeres que no hacen nada»: se me ha quedado grabado en el corazón. No es una expresión de Maurice.)

—Y a las mujeres casadas no les gusta que se echen al cuello de sus maridos.

—¡Ah! ¿Ésa es la versión de Diana? —me dijo Maurice divertido.

—Noëllie pretende lo contrario, evidentemente. A cada uno su verdad…

Miré a Maurice.

—Y en tu caso, ¿quién se echó al cuello del otro?

—Ya te conté cómo ocurrió.

Sí, en el Club 46 me contó, pero no era muy claro. Noëllie le llevó a su hija que tenía anemia, él le propuso salir juntos por la noche, ella aceptó y se encontraron en la cama. ¡Oh!, me da lo mismo. Seguí:

—Si quieres saberlo, Diana piensa que Noëllie es interesada, ambiciosa y esnob.

—¿Y tú crees que es así?

—En todo caso es mentirosa.

Hablé del asunto Rampal, a quien pretende haber defendido, cuando ella era sólo la pasante de Brévant.

—Pero nunca dijo lo contrario. Considera que es su proceso en la medida en que trabajó mucho en el asunto, es todo.

O mentía o había trapicheado sus recuerdos. Estoy segura casi de que ella había hablado de su defensa.

—De todos modos, ella se atribuía todo el éxito del asunto.

—Escucha —dijo alegremente—, si tiene todos los defectos que le atribuyes, ¿cómo te explicas que pueda pasar cinco minutos con ella?

—No me lo explico.

—No voy a hacerte su apología. Pero te aseguro que es una mujer estimable.

En todo lo que yo diga contra Noëllie, Maurice verá el efecto de mis celos. Más vale callarme. Pero me es muy antipática. Me recuerda a mi hermana: la misma seguridad, la misma arrogancia, la misma elegancia falsamente descuidada. Parece que esa mezcla de coquetería y dureza gusta a los hombres. Cuando yo tenía dieciséis años y ella dieciocho, Maryse me soplaba todos los pretendientes. Hasta tal punto que yo estaba crispada de miedo cuando le presenté a Maurice. Tuve una pesadilla horrible en la cual él caía enamorado de ella. Él se indignó: «¡Es tan superficial, tan falsa! Falsos brillantes, oropeles. Tú sí que eres una verdadera alhaja». Auténtica: era una palabra de moda en aquella época. Decía que yo era auténtica. En todo caso era a mí a quien amaba, y ya no tuve más envidia de mi hermana, estuve contenta de ser quien era. ¿Pero entonces cómo puede estimar a Noëllie que es de la misma especie que Maryse? Se me escapa por completo si le gusta estar con alguien que me disgusta tanto —y que si fuera fiel a nuestro código debería disgustarle—. Decididamente, ha cambiado. Se deja embaucar por los falsos valores que despreciábamos. O, simplemente, se equivoca respecto de Noëllie. Quisiera que abriera los ojos pronto. La paciencia empieza a faltarme.

«Las mujeres que no hacen nada no soportan ni el olor de las que trabajan.» La expresión me sorprendió y me hirió. A Maurice le parece bien que una mujer tenga una profesión; sintió mucho que Colette eligiera el matrimonio y la vida de hogar, hasta me guardó un poco de rencor por no haberla hecho desistir. Pero en fin, admite que para una mujer hay otras maneras de realizarse. Nunca pensó que no hiciera «nada»; al contrario, se sorprendía de que me ocupara tan seriamente de los casos que él me señalaba sin por eso dejar de cuidar de la casa y seguir de cerca a nuestras hijas; y esto sin parecer nunca tensa o agotada. Las otras mujeres le parecían siempre demasiado pasivas o demasiado agitadas. En lo que a mí respecta, yo llevaba una vida equilibrada; incluso decía: armoniosa. «En ti todo es armonioso.» Me resulta insoportable que haga suyo el desdén de Noëllie por las mujeres que «no hacen nada».

*Domingo 24 de octubre*

Empiezo a ver claro el juego de Noëllie: trata de reducirme al papel de mujer casera amante y resignada que uno deja en casa. Me gusta quedarme con Maurice cerca del fuego; pero encuentro irritante que sea siempre a ella a quien lleva a conciertos, al

teatro. El viernes protesté cuando me dijo que había ido con ella a la apertura de una exposición:

—¡Detestas las inauguraciones! —me contestó.

—Pero me gusta la pintura.

—Si hubiera sido buena, habría vuelto contigo.

Fácil de decir. Noëllie le presta libros; se hace la intelectual. Conozco menos que ella la literatura y la música modernas, de acuerdo. Pero en conjunto no soy menos culta que ella ni menos inteligente. Maurice me escribió una vez que confiaba en mi juicio más que en ningún otro porque es, a la vez, «esclarecido e ingenuo». Trato de expresar exactamente lo que pienso, lo que siento: él también; y nada nos parece más precioso que esa sinceridad. Es preciso que no deje que Noëllie deslumbre a Maurice con sus fanfarronadas. He pedido a Isabelle que me ayude a volver a ponerme al día. A escondidas de Maurice, evidentemente; si no, se burlará de mí.

Ella sigue exhortándome a la paciencia; me asegura que Maurice no ha desmerecido, que debo conservarle mi estima y mi amistad. Me ha hecho bien que me diga eso de él; a fuerza de interrogarme a su respecto, de desconfiar, de censurarlo, he terminado por no reconocerlo. Es cierto que en los primeros años, entre su consultorio en Simca y el apartamentito donde berreaban las niñas, su vida habría sido austera si no nos hubiéramos amado tanto. Así y todo, es por mí, ha dicho ella, que renunció al internado; hubiera podido sentir la tentación de guardarme rencor. En eso estoy de acuerdo. La guerra lo había retrasado; los estudios empezaban a hartarlo, quería llevar una vida de adulto. De mi embarazo fuimos responsables los dos, y bajo el gobierno de Pétain no era cuestión de arriesgarse a un aborto. No, el rencor hubiera sido injusto. Nuestro matrimonio lo hizo tan feliz como a mí. Sin embargo, uno de sus méritos es haber sabido mostrarse tan alegre, tan tierno, en condiciones ingratas y hasta difíciles. Hasta este lío yo nunca había tenido ni la sombra de un reproche que dirigirle.

Esa conversación me ha dado valor: he pedido a Maurice que pasemos juntos el próximo fin de semana. Quería que volviera a encontrar conmigo una alegría, una intimidad que ha olvidado un poco; y también que recordara nuestro pasado. Propuse volver a Nancy. Pareció perplejo y apesadumbrado como el tipo que sabe que del otro lado habrá escenas. (Me gustaría que ella le demostrara que el reparto es imposible.) No dijo ni sí ni no: depende de sus enfermos.

*Miércoles 27 de octubre*

Decididamente, no podrá dejar París este fin de semana. Eso quiere decir que Noëllie se opone. Me rebelé. Por primera vez he llorado delante de él. Pareció consternado: «¡Oh!, no llores. ¡Trataré de encontrar un sustituto!». Acabó prometiéndome que se

las arreglaría: también tiene ganas de pasar el fin de semana juntos. Será cierto o no. Pero lo que es cierto es que mis lágrimas lo han alterado.

He pasado una hora con Marguerite en el locutorio. Pierdo la paciencia. ¡Qué largos deben de ser los días! La asistente es gentil, pero no puede dejarla salir conmigo sin esa autorización que no llega. Sin duda, simplemente por negligencia, puesto que yo ofrezco todas las garantías de moralidad.

*Jueves 28 de octubre*

Entonces nos vamos sábado y domingo. «¡Me las arreglé!», me dijo triunfalmente. Estaba visiblemente orgulloso de haber hecho frente a Noëllie: demasiado orgulloso. Eso significaba que la lucha fue ardua; por consiguiente, que ella es muy importante para él. Me pareció nervioso durante toda la velada. Tomó dos vasos de whisky en lugar de uno y fumó cigarrillo tras cigarrillo. Mostraba un entusiasmo excesivo en establecer nuestro itinerario y mi reserva lo decepcionó.

—¿No estás contenta?

—Claro que sí.

Lo estaba sólo a medias. ¿Noëllie ocupa tanto lugar en su vida como para que él deba pelearse con ella para salir un fin de semana? ¿Y yo misma he llegado al punto de considerarla como una rival? No. Me niego a las recriminaciones, los cálculos, las perfidias, las victorias, las derrotas. Voy a prevenir a Maurice: «No te disputaré a Noëllie».

*Lunes 1 de noviembre*

Era tan parecido al pasado: casi creía que el pasado iba a renacer de esa semejanza. Fuimos en coche a través de la niebla, después bajo un hermoso sol frío. En Barle-Duc, en Saint-Mihiel, volvimos a ver con la misma emoción de antaño las obras de Ligier Richer; fui yo quien hizo que las conociera; después viajamos bastante, vimos muchas cosas y el «Descarnado» nos sorprendió nuevamente. En Nancy, ante las verjas de la plaza Stanislas, sentí algo agudo en el corazón: una felicidad dolorosa a fuerza de haberse vuelto insólita. En las viejas calles provincianas yo apretaba su brazo bajo el mío; o a veces él lo pasaba sobre mis hombros.

Hablamos de todo, de nada y mucho de nuestras hijas. No logra comprender que Colette se haya casado con Jean-Pierre; química, biología, él había pensado en una carrera brillante para ella y le hubiéramos dejado la más amplia libertad sentimental y sexual, ella lo sabía. ¿Por qué se encaprichó con ese muchacho tan mediocre, al punto de sacrificar su porvenir?

—Está contenta así —dije.

—Me hubiera gustado que fuera de otro modo.

La partida de Lucienne, su preferida, lo entristece todavía más. Sin dejar de aprobar su modalidad independiente, él había querido que se quedara en París, que estudiara medicina y fuera su colaboradora.

—Entonces no habría sido independiente.

—Pues sí. Habría tenido una vida propia al mismo tiempo que trabajaba conmigo.

Los padres nunca tienen exactamente las hijas que desean, porque se hacen de ellas una cierta idea a la cual ellas tendrían que plegarse. Las madres las aceptan tal como son. Colette tenía, sobre todo, necesidad de seguridad y Lucienne de libertad; las comprendo a las dos. Cada una a su modo: Colette tan sensible, tan humana; Lucienne tan enérgica, tan brillante; me parecen totalmente realizadas.

Fuimos al mismo hotelito de hace veinte años, y era —quizás en otro piso— la misma habitación. Yo me acosté primero y lo miraba ir y venir con su pijama azul, los pies descalzos sobre la alfombra raída. No parecía ni alegre ni triste. Y la imagen me cegó, cien veces evocada, petrificada, pero no desgastada, aún brillante de frescura: Maurice caminando descalzo sobre esa alfombra, con su pijama negro; se había alzado el cuello, las puntas encuadraban su rostro, hablaba desordenadamente, con una excitación infantil. Comprendí que yo había ido allí con la esperanza de reencontrar a ese hombre loco de amor: desde hace años y años no he vuelto a encontrarlo, aunque siempre acabe por superponerse ese recuerdo, como una muselina diáfana, a las visiones que tengo de él. Esa noche, precisamente porque el marco era el mismo, al contacto con el hombre de carne y hueso que fumaba un cigarrillo, la vieja imagen se hizo polvo. Entonces tuve una revelación fulminante: *el tiempo pasa*. Y me eché a llorar. Se sentó en la cama, me abrazó tiernamente:

—Querida mía, pequeña, no llores, ¿por qué lloras?

Acariciaba mi pelo. Me besaba fugazmente en la sien.

—No es nada, ya pasó —le dije—. Estoy bien.

Estaba bien, la habitación bañada en agradable penumbra, los labios, las manos de Maurice eran suaves; mi boca se posó sobre la suya, deslicé la mano bajo la chaqueta del pijama. Y de pronto estaba de pie, me había rechazado con un sobresalto. Murmuré:

—¿Te doy tanto asco?

—¡Estás loca, querida!, pero estoy muerto de cansancio. Es el aire libre, la caminata. Necesito dormir.

Desaparecí bajo las sábanas. Se acostó. Apagó la luz. Me parecía estar en el fondo de una tumba, la sangre petrificada en mis venas, incapaz de moverme o de llorar. No hemos hecho el amor desde Mougins; y con todo, si eso se llama hacer el amor… Me dormí hacia las cuatro de la madrugada. Cuando me desperté, él volvía a la habitación, completamente vestido, eran cerca de las nueve. Le pregunté de dónde venía.

—He ido a dar una vuelta.

Pero fuera llovía y no tenía puesto el impermeable; no estaba mojado: había ido a llamar por teléfono a Noëllie. Ella exigió que la llamara; no tuvo siquiera la generosidad de dejármelo todo para mí un mísero fin de semana. El día se arrastró. Cada uno se daba cuenta de que el otro hacía esfuerzos para ser amable y estar contento. Nos pusimos de acuerdo en volver a París y terminar la velada en un cine.

¿Por qué me ha rechazado? Todavía me siguen por la calle, me rozan la rodilla en el cine; he engordado un poco: no mucho. Mis pechos se han estropeado después del nacimiento de Lucienne; pero hace diez años Maurice los consideraba conmovedores. Y Quillan, hace dos años, reventaba de ganas de acostarse conmigo. No. Si Maurice se sobresaltó fue porque tiene a Noëllie metida en la piel; no soportaría acostarse con otra. Si la tiene tan metida, hasta ese punto, y al mismo tiempo se deja deslumbrar por ella, las cosas son mucho más graves de lo que imaginaba.

*Miércoles 3 de noviembre*

La gentileza de Maurice me es casi penosa: lamenta el incidente de Nancy. Pero ya nunca me besa en la boca. Me siento perfectamente miserable.

*Viernes 5 de noviembre*

Me comporté bien, ¡pero con qué esfuerzo! Por suerte, Maurice me había avisado. (Diga lo que diga, sigo pensando que él hubiera debido impedirle venir.) Por poco me quedo en casa; él insistió, no salimos tan frecuentemente, no tenía por qué privarme de ese cóctel, no se explicarían mi ausencia. ¿O pensaba que se la explicarían demasiado bien? Yo miraba a los Couturier, los Talbot, todos esos amigos que tan frecuentemente han venido a casa y me preguntaba en qué medida estaban al corriente, si a veces Noëllie los recibía con Maurice. Talbot, Maurice no es íntimo de él; pero evidentemente desde la noche que metió la pata por teléfono, adivinó que algo pasaba a mis espaldas. Couturier, Maurice no le oculta nada. Escucho su voz cómplice: «Se supone que estoy en el laboratorio contigo». ¿Y los otros, sospechan algo? ¡Ah!, yo estaba tan orgullosa de nuestra pareja: una pareja modelo. Demostrábamos que un amor puede durar sin aletargarse. ¡Cuántas veces salí en defensa de la fidelidad integral! ¡Hecha añicos la pareja ejemplar! Se queda en un marido que engaña a su mujer, y una mujer abandonada a la que se miente. Y debo esta humillación a Noëllie. Me parece a duras penas creíble. Sí, es posible encontrarla seductora pero, sin prejuicios, ¡qué fanfarrona! Su sonrisita de costado, la cabeza algo inclinada, ese modo de beber las palabras del interlocutor y de pronto, la cabeza echada para atrás, la linda risa perlada. Una mujer con todas las de la ley y no obstante tan femenina. Con Maurice era exactamente como el año pasado en casa de

Diana: distante e íntima, y él tenía el mismo aspecto de admiración estúpida. Y como el año pasado, esa idiota de Luce Couturier me miraba molesta. (¿Es que ya el año pasado Maurice se sentía atraído por Noëllie?, ¿ya entonces se notaba? Yo había advertido su aspecto maravillado, sí, pero sin pensar que la cosa tuviera consecuencias.) Dije, con tono divertido:

—Opino que Noëllie Guérard es encantadora. Maurice tiene buen gusto. Abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Ah!, ¿está usted al corriente?

—¡Por supuesto!

La he invitado a tomar una copa en casa la semana próxima. Querría saber quién está al tanto, quién no, desde cuándo. ¿Me tiene lástima, se burlan de mí? Quizá sea mezquina, pero querría que se murieran todos para que desapareciera la lamentable imagen que hoy por hoy se hacen de mí.

*Sábado 6 de noviembre*

Esa conversación con Maurice me dejó desarmada porque él estaba tranquilo, amistoso y parecía actuar de buena fe. Volviendo al cóctel de ayer le dije, con toda buena fe también yo, lo que me molestaba de Noëllie. Para empezar, la profesión de abogado no me gusta; se defiende a un tipo contra otro por dinero, aunque el otro sea quien tenga razón. Es inmoral. Maurice me contestó que Noëllie ejerce su profesión de manera muy simpática; que no acepta cualquier tipo de causa, que pide grandes honorarios a la gente rica, sí, pero que hay un montón de personas a las cuales asiste por nada. Es falso que sea interesada. Su marido la ayudó a comprar el bufete; ¿por qué no, puesto que se han mantenido en excelentes relaciones? (¿Pero no las habrá mantenido para que él le financiara el bufete?) Ella quiere ser alguien: no tiene nada de miserable desde el momento en que elige los medios. En esto me costó trabajo conservar la calma:

—Dices eso; y nunca has tratado de llegar a ser alguien importante.

—Cuando decidí especializarme fue porque estaba harto del estancamiento.

—Para empezar, no te estancabas.

—Intelectualmente sí. Estaba lejos de sacar de mí todo lo que podía.

—Concedido. En todo caso, no actuaste por ambición: querías progresar intelectualmente y hacer avanzar ciertos problemas. No era una cuestión de dinero o de carrera.

—Para un abogado, llegar a algo es también otra cosa que la pasta o la reputación; uno defiende causas cada vez más interesantes.

Dije que, de todos modos, para Noëllie el aspecto mundano contaba enormemente.

—Trabaja mucho, necesita distracción —me contestó.

—Pero, ¿por qué las fiestas de etiqueta, las *premieres*, las discotecas de moda?, me parece absurdo.

—¿Absurdo, a título de qué? Todas las diversiones tienen algo de absurdo.

Eso me fastidió. ¡Él, que detesta tanto como yo la vida mundana!

—En fin, no hay más que oírla hablar cinco minutos para darse cuenta de que Noëllie no es alguien auténtico.

—Auténtico… ¿qué quiere decir eso? Es una palabra de la que se ha abusado tanto.

—Tú el primero.

No contestó. Insistí.

—Noëllie me hace recordar a Maryse.

—Claro que no.

—Te aseguro que se le parece; es el tipo de persona que jamás se detiene para mirar un crepúsculo.

Se rió:

—Te diré que tampoco a mí me ocurre con mucha frecuencia.

—¡Vamos!, la naturaleza te gusta tanto como a mí.

—Admitámoslo. Pero no veo por qué todo el mundo deba tener nuestros gustos.

Su mala fe me sublevó:

—Escucha —le dije—, debo prevenirte de una cosa: no pelearé contigo por Noëllie; si la prefieres a mí, cosa tuya. No voy a luchar.

—¿Quién te habla de luchar?

No lucharé. Pero de pronto tuve miedo. ¿Sería posible que Maurice la prefiriera a mí? Esta idea no se me había ocurrido nunca. Sé que tengo (bueno, dejemos de lado la palabra autenticidad que a lo mejor es pedante) una cierta *calidad* que ella no tiene. «Eres de buena calidad», me decía papá orgullosamente. Y Maurice también, en otros términos. Es esa *calidad* que aprecio antes que nada en la gente (en Maurice, en Isabelle); y Maurice es como yo. No. Imposible que prefiera a alguien tan afectado como Noëllie. Ella es *cheap*, como dicen en inglés. Pero me inquieta que él acepte de ella tantas cosas que juzgo inaceptables. Por primera vez, me doy cuenta de que una distancia se ha instalado entre nosotros.

*Miércoles 10 de noviembre*

Anteayer había llamado por teléfono a Quillan. ¡Oh!, no estoy precisamente orgullosa. Necesitaba asegurarme de que un hombre todavía puede encontrarme a su gusto. Comprobado. ¿Y de qué me sirve? No por eso me ha sido devuelta la estima por sí misma.

No estaba en absoluto decidida a acostarme con él: ni tampoco a no hacerlo. Dediqué mucho tiempo a arreglarme: sales perfumadas en el baño y me pinté las uñas

de los pies. ¡Para llorar! En dos años él no ha envejecido pero se ha afinado, su rostro es más interesante. No me acordaba de que fuera tan guapo. Seguramente no será porque no gusta que puso tanta insistencia en invitarme. Hubiera podido ser en recuerdo del pasado, y yo temía —mucho— que se sintiera decepcionado. Pero no.

—En suma, ¿se siente feliz?

—Lo sería si la viera más frecuentemente.

Era en un restaurante agradable detrás del Panthéon: viejos discos Nueva Orleans, artistas de variedades muy originales, cantantes con un buen repertorio de tipo anarquista. Quillan conocía a casi todo el mundo en la sala: pintores como él, escultores, músicos, jóvenes en su mayoría. Él mismo cantó, acompañándose con una guitarra. Recordaba qué discos, qué platos me gustaban; me compró una rosa; tuvo mil atenciones y advertí cómo Maurice actualmente tiene muy pocas. Y me hacía también esos pequeños cumplidos un poco tontos que ya no escucho nunca: sobre mis manos, mi sonrisa, mi voz. Poco a poco me dejé acunar por esa ternura. Olvidé que en ese momento Maurice sonreía a Noëllie. Después de todo, también yo tenía mi parte de sonrisas. Sobre una servilleta de papel dibujó un bonito retrato mío en miniatura: verdaderamente, no tenía el aspecto de un viejo trasto. Bebí un poco, no mucho. Y cuando me pidió subir a tomar una copa a casa, acepté. (Le había dicho que Maurice estaba fuera.) Serví dos whiskies. Él no hacía ni un gesto pero sus ojos me acechaban. Me pareció absurdo verle sentado allí donde Maurice se sienta habitualmente; mi alegría desapareció. Me estremecí.

—Tiene frío. Voy a encender el fuego.

Dio un salto hacia la chimenea, con tanto impulso y tanta torpeza que tiró la estatuilla de madera que compré con Maurice en Egipto y que me gusta tanto. Lancé un grito: ¡Estaba rota!

—Se la arreglaré —me dijo—, es muy fácil.

Pero parecía consternado: por mi grito, sin duda; había gritado muy alto. Al cabo de un momento dije que estaba cansada, que tenía que irme a dormir.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Le llamaré por teléfono.

—No me llamará. Concertaremos una cita ahora mismo.

Dije una fecha al azar. Me excusaré. Se fue, yo me quedé estúpida con un pedazo de mi estatua en cada mano. Y me puse a sollozar.

Me parece que Maurice puso mala cara cuando le dije que había vuelto a ver a Quillan.

*Sábado 13 de noviembre*

Cada vez creo que ya he tocado fondo. Y después me hundo aún más profundamente en la duda y la desdicha. Luce Couturier se dejó atrapar como una niña: a tal punto

que me pregunto si no lo ha hecho a propósito… Esta historia dura desde hace más de un año. ¡Y Noëllie estaba en Roma con él en octubre! Ahora comprendo el rostro de Maurice en el aeropuerto de Niza: el remordimiento, la vergüenza, el temor de ser descubierto. Uno tiene tendencia a forjarse presentimientos después de que las cosas han pasado. Pero aquí no invento nada. Algo olí, puesto que la partida del avión me arrancó el corazón. Una pasa en silencio molestias, irritaciones para las cuales no encuentra palabras, pero que existen.

Al dejar a Luce, caminé largo rato sin saber adónde ir. Estaba estupefacta. Ahora me doy cuenta: saber que Maurice se acostaba con otra mujer no me ha sorprendido tanto. No fue totalmente al azar que hice la pregunta: ¿Hay una mujer en tu vida? Sin llegar a formularse nunca, vaga y fugitiva, la hipótesis señalaba un vacío, a través de las distracciones de Maurice, sus ausencias, su frialdad. Sería exagerado decir que yo lo sospechaba. Pero, en fin, no me caí de las nubes. Mientras Luce me hablaba, yo caía, caía y me encontré completamente hecha pedazos. Todo este año, tengo que revisarlo a la luz de este descubrimiento: Maurice se acostaba con Noëllie. Se trata de una larga relación. El viaje a Alsacia que no hicimos. Dije: «Me sacrifico por la cura de la leucemia». ¡Pobre idiota! Era Noëllie quien lo retenía en París. En la época de la comida en casa de Diana ya eran amantes, y Luce lo sabía. ¿Y Diana? Trataré de hacerla hablar. ¿Quién sabe si este lío no viene todavía de más lejos? Noëllie hace dos años vivía con Louis Bernard; pero a lo mejor acaparaba amantes. ¡Cuando pienso que estoy reducida a las hipótesis! ¡Y se trata de Maurice y de mí! ¡Todos los amigos estaban al tanto, evidentemente! ¡Oh! ¿Qué importa? Ya no estoy para preocuparme del qué dirán. Estoy demasiado radicalmente aniquilada. Me importa un pito la imagen que puedan hacerse de mí. Se trata de sobrevivir.

«¡Nada ha cambiado entre nosotros!» Qué ilusiones me hice con esta frase. ¿Quería decir que nada había cambiado puesto que me engañaba ya desde hacía un año? ¿O no quería decir nada en absoluto?

¿Por qué me mintió? ¿Me creía incapaz de soportar la verdad, o sentía vergüenza? Entonces ¿por qué me habló? ¿Sin duda porque Noëllie estaba cansada de la clandestinidad? De todas maneras, esto que me ocurre es espantoso.

*Domingo 14 de noviembre*

¡Ah!, mejor hubiera sido callarme. Pero nunca he tenido nada oculto a Maurice; en fin, nada serio. No he podido ocultar en mi corazón su mentira y mi desesperación. Golpeó la mesa: «¡Todos esos chismes!». Su rostro me impresionó. Le conocía ese rostro de cólera, me gusta; cuando a Maurice le piden un compromiso, su boca se crispa, su mirada se endurece. Pero esta vez yo era el objetivo, o casi. No, Noëllie no estaba en Roma con él. No, no se acostó con ella antes de agosto. La veía de vez en cuando, habían podido verlos juntos, no quería decir nada.

—Nadie os ha visto; pero te confiaste a Couturier, que se lo contó a Luce.

—Dije que veía a Noëllie, no que me acostaba con ella. Luce deformó todo. Llama a Couturier, enseguida, pregúntale la verdad.

—Bien sabes que es imposible.

Lloré. Me había prometido no llorar pero lloré. Dije:

—Mejor harías contándomelo todo. Si conociera verdaderamente la situación, podría tratar de encararla. Pero sospechar todo, no saber nada, es intolerable. Si te limitabas a *ver* a Noëllie, ¿por qué habérmelo ocultado?

—Bueno. Voy a decirte la verdad completa. Pero, entonces, créeme. Me acosté tres veces con Noëllie el año pasado y verdaderamente no contaba. No estuve en Roma con ella. ¿Me crees?

—No sé. ¡Me has mentido tanto!

Hizo un amplio gesto de desesperación:

—¿Qué quieres que haga para convencerte?

—No puedes hacer nada.

*Martes 16 de noviembre*

Cuando entra, cuando me sonríe, cuando me besa diciendo: «Buenos días, querida», es Maurice; son sus gestos, su rostro, su calidez, su olor. Y en mí, durante un instante, una gran dulzura: su presencia. Quedarse así, no intentar saber: casi comprendo a Diana. Pero es más fuerte que yo. Quiero saber qué pasa. Y para empezar, cuándo va realmente al laboratorio; ¿por la noche?, ¿cuándo va a verla? No puedo llamar por teléfono, lo sabrá y se exasperará. ¿Seguirlo? ¿Alquilar un coche y seguirlo? ¿O, muy simplemente, verificar dónde está el suyo? Es sucio, es envilecedor. Pero necesito ver un poco claro en todo esto.

Diana pretende no saber nada. Le pedí que hiciera hablar a Noëllie:

—Es demasiado astuta; no contará nada.

—Usted está al tanto del asunto por mí. Si usted le habla de eso, se verá obligada a contestar algo. —De todos modos, me prometió informarse sobre Noëllie: ellas dos tienen amigos comunes. ¡Si descubriera cosas que la destruyan a los ojos de Maurice!

Es inútil volver a hablar con Luce Couturier. Maurice la habrá hecho amonestar por su marido. Y éste contará a Maurice que he vuelto a verla… No, sería una torpeza.

*Jueves 18 de noviembre*

La primera vez que fui a espiar a Maurice al laboratorio, el coche estaba en el párking. La segunda, no. Me hice llevar hasta la casa de Noëllie. No tuve que buscar

mucho: ¡qué golpe! Quería a nuestro coche, era un fiel animal doméstico, una presencia cálida y tranquilizadora; y de pronto servía para traicionarme; lo detesté. Me quedé de pie bajo una puerta cochera, idiotizada. Pensé aparecer bruscamente ante Maurice, cuando saliera de casa de Noëllie. No serviría más que para encolerizarlo, pero me sentía tan perdida que era preciso que hiciera algo, cualquier cosa. Traté de ser razonable. Me dije: «Miente para no herirme. Si no quiere herirme, es porque le importo mucho. En cierto modo, sería más grave si le importara un pito». Casi había logrado convencerme cuando recibí otro golpe: salían juntos. Me oculté. No me vieron. Fueron a pie por el bulevar hasta una gran cervecería. Caminaban cogidos del brazo, rápidamente y riendo. Cien veces habría podido imaginarlos caminando cogidos del brazo, riendo. En realidad no lo había hecho. No más de lo que los imagino realmente en la cama, no tengo valor. Y no es lo mismo verlo. Me puse a temblar. Me senté en un banco a pesar del frío. Me quedé temblando un largo rato. Al regresar me acosté, y cuando él volvió a medianoche yo simulaba dormir.

Pero cuando ayer a la noche me dijo: «Voy al laboratorio», pregunté:

—¿De veras?

—Seguro.

—El sábado estabas en casa de Noëllie.

Me miró con una frialdad aún más aterradora que la cólera:

—¡Me espías!

Los ojos se me llenaron de lágrimas:

—Se trata de mi vida, de mi felicidad. Quiero la verdad. ¡Y sigues mintiéndome!

—Trato de evitar las escenas —me dijo con aspecto agotado.

—No hago escenas.

—¿No?

Llama escenas a cada una de nuestras explicaciones. Y en ese momento, al protestar, mi voz subió de tono y tuvimos una escena. Volví a hablar de Roma. De nuevo lo negó. ¿Ella no estuvo? ¿O, al contrario, estaba también en Ginebra? La ignorancia me corroe.

*Sábado 20 de noviembre*

Escenas, no. Pero soy torpe. Me controlo mal, hago observaciones que lo irritan. Debo confesarlo, basta que él dé una opinión para que yo adopte la contraria, suponiendo que ella se la ha sugerido. De hecho, no tengo nada contra el op art. Pero la complacencia de Maurice para someterse a ese «sadismo óptimo» me irritó: evidentemente, era Noëllie quien le había indicado ir a esa exposición. Sostuve, tontamente, que eso no era pintura, y como él discutió lo ataqué: ¿cree rejuvenecerse adoptando todas las modas?

—No debes enfadarte.

—Me enfado porque quieres estar a la moda, de manera tal, que pierdes todo sentido crítico.

Alzó los hombros sin contestar.

*Domingo 21 de noviembre*

Sobre su relación con Maurice, Noëllie —al menos según Diana, de la cual desconfío un poco— no dijo más que cosas insulsas. La situación es penosa para todo el mundo, pero sin duda se llegará a un equilibrio. Por supuesto que yo soy una mujer muy buena, pero la diversidad gusta a los hombres. ¿Cómo encara el porvenir ella? Contestó: «El que viva, verá», o algo así. Estaba sobre aviso.

Diana me contó una historia, pero demasiado oscura para que la utilice. Noëllie estuvo a punto de ser acusada ante el consejo de abogados porque se ganó la confianza de un cliente de una colega, un cliente importante que retiró a la otra la administración de sus negocios para pasársela a Noëllie. Son procedimientos que en el Palacio de Justicia se consideran inaceptables y a los cuales Noëllie estaría acostumbrada. Pero Maurice me contestaría: «¡Chismes!». Le dije que la hija de Noëllie se quejaba de que su madre la descuidaba.

—Todas las niñas se quejan de su madre a esa edad: recuerda tus dificultades con Lucienne. En realidad, Noëllie no descuida a su hija en absoluto. Le enseña a arreglárselas sola, a vivir por sí misma, y tiene mucha razón.

Eso era una puñalada dirigida a mí. Con frecuencia él se ha burlado de mi lado madre-clueca. Hasta hemos tenido algunas disputas sobre el asunto.

—¿Y a esa niña no la molesta que un hombre pase las noches en la cama de su madre?

—El apartamento es grande, y Noëllie tiene mucho cuidado. Por lo demás, ella no le ha ocultado que después de su divorcio hay hombres en su vida.

—Extrañas confidencias de una madre a su hija. Francamente, ¿no te parece un poco chocante?

—No.

—Jamás se me hubiera ocurrido tener esa clase de relaciones con Colette o Lucienne.

No contestó nada; su silencio implicaba claramente que los métodos de educación de Noëllie eran tan válidos como los míos. Me sentí herida: resulta demasiado claro que Noëllie se conduce de la manera que le viene mejor, sin preocuparse de los intereses de la niña. En tanto que yo siempre he hecho lo contrario.

—En suma —dije—, todo lo que Noëllie hace está bien hecho.

—¡Ah, no me hables todo el tiempo de Noëllie!

—¿Cómo impedirlo? Está en tu vida y tu vida me concierne.

—¡Oh!, de mi vida tú eliges algunas cosas y dejas de lado otras.

—¿Cómo es eso?

—Mi vida profesional: no parece concernirte. Jamás me hablas de ella.

Era un contraataque desleal. Sabe perfectamente que al especializarse avanzó por un terreno en el cual no puedo seguirlo.

—¿Qué podría decirte? Tus investigaciones me superan totalmente.

—Ni siquiera mis artículos de divulgación, no los lees…

—La medicina como ciencia nunca me ha interesado mucho. Lo que me apasionaba era la relación viva con los enfermos.

—Así y todo, podrías sentir curiosidad por lo que hago.

Había rencor en su voz. Le sonreí tiernamente.

—Es que te amo y te estimo más allá de todo lo que puedas hacer. Si te vuelves un gran sabio, célebre y todo, eso no me extrañará, seguramente eres capaz de eso. Pero confieso que a mis ojos eso no añadiría nada. ¿No me comprendes?

Él también sonrió:

—Claro que sí.

No es la primera vez que se queja de mi indiferencia ante su carrera, y hasta ahora no me sentía descontenta de que eso lo irritara un poco. De pronto me digo que es una torpeza. Noëllie lee sus artículos, los comenta, la cabeza algo inclinada, una sonrisa algo admirativa en los labios. Pero ¿cómo modificar mi actitud? Se notaría de lejos. Toda esa conversación me fue penosa. Estoy segura de que Noëllie no es una buena madre. Una mujer tan seca, tan fría, no puede dar a su hija lo que yo he dado a las mías.

*Lunes 22 de noviembre*

No, no debo tratar de seguir a Noëllie sobre su propio terreno, sino luchar en el mío. Maurice era sensible a todos los cuidados de que yo lo rodeaba, y ahora lo descuido. Pasé el día poniendo orden en los armarios. Coloqué definitivamente la ropa de verano, saqué la naftalina y ventilé los vestidos de invierno, hice un inventario, mañana iré a comprarle los calcetines, los pulóveres, los pijamas que necesita. También le harían falta dos buenos pares de zapatos: los elegiremos juntos cuando él tenga un momento libre. Es reconfortante, los armarios bien llenos con cada cosa en su sitio. Abundancia, seguridad… Las pilas de finos pañuelos, de calcetines, de pulóveres me dieron la impresión de que el futuro no podía fallarme.

*Martes 23 de noviembre*

Estoy enferma de vergüenza. Debería haberlo pensado. Maurice tenía su rostro de los días malos cuando regresó a casa para almorzar. Casi enseguida me lanzó:

—Hiciste mal en confiar en tu amiga Diana. Le contaron a Noëllie que estaba haciendo una verdadera investigación sobre ella en los ambientes de abogados y entre sus relaciones comunes. Y dice por todas partes que eres tú quien se lo ha encargado.

Me ruboricé y me sentí mal. Maurice no me juzgaba nunca, era mi seguridad: ¡y aquí estoy ante él, culpable, qué miseria!

—Simplemente dije que me gustaría saber quién es Noëllie.

—Mejor hubieras hecho preguntándomelo antes que dar lugar a comadreos. ¿Crees que no veo a Noëllie tal como es? Te equivocas. Conozco sus defectos tan bien como sus cualidades. No soy un colegial enamorado.

—Así y todo, no pienso que tu opinión sea muy objetiva.

—¿Y piensas que Diana y sus compinches son objetivas? Son la malevolencia misma. Puedes estar segura de que tú tampoco te salvarás.

—Bueno —dije—, voy a decirle a Diana que se calle la boca.

—¡Te lo aconsejo!

Hizo un esfuerzo para cambiar de conversación. Conversamos cortésmente. Pero la vergüenza me quema. Yo misma me desmerezco ante sus ojos.

*Viernes 26 de noviembre*

En presencia de Maurice ya no puedo dejar de sentirme ante un juez. Piensa de mí cosas que no me dice: eso me da vértigo. Me miraba en sus ojos tan tranquilamente. No me veía a mí misma más que por sus ojos: una imagen demasiado halagadora quizá, pero ni la cual, a grandes rasgos, me reconocía. Ahora me pregunto: ¿A quién ve? ¿Me cree mezquina, celosa, indiscreta y hasta desleal, ya que hago averiguaciones a sus espaldas? No es justo. Él, que deja pasar tantas cosas a Noëllie, ¿no puede comprender mi inquieta curiosidad respecto a ella? Detesto los comadreos, fui causante de uno, de acuerdo, pero creo tener excusa. Por otra parte, él no ha hecho ninguna otra alusión a ese asunto; se muestra de una gentileza perfecta. Pero me doy cuenta de que ya no me habla con el corazón en la mano. A veces me parece leer en su mirada… no exactamente lástima; se diría: ¿una ligera burla? (Esa curiosa mirada que me echó cuando le conté mi salida con Quillan.) Sí, es como si me viera con toda claridad y me encontrara conmovedora y algo ridícula. Por ejemplo, cuando me sorprendió escuchando Stockhausen; tuvo un tono indefinible para preguntar.

—¡Vaya! ¿Te dedicas a la música moderna?

—Isabelle me pasó unos discos que le gustan.

—¿Le gusta Stockhausen? Es una novedad.

—Es una novedad, sí. Suele ocurrir que los gustos cambien.

—¿Y a ti te gusta?

—No. No entiendo nada.

Se rió, me abrazó como si mi franqueza lo hubiera tranquilizado. En realidad era calculada. Comprendí que él había comprendido por qué escuchaba esa música y no me habría creído si hubiera pretendido que me gustaba.

Resultado: no me atreveré a hablarle de mis recientes lecturas, a pesar de que, de hecho, un cierto número de esas «nuevas novelas» me hayan gustado. Inmediatamente pensaría que quiero ganarle la partida a Noëllie. ¡Qué complicado se vuelve todo desde que una empieza a tener segundas intenciones!

Explicación confusa con Diana. Jura por la vida de sus hijos no haber dicho que se informaba por encargo mío. Es una hipótesis que debe de haber hecho la misma Noëllie. Reconoce haber dicho a una amiga: «Sí, en este momento me intereso por Noëllie Guérard». Pero realmente no era comprometido para mí. Por supuesto que fue una torpeza. Le pedí que abandonara todo, pareció resentirse.

*Sábado 27 de noviembre*

Tengo que aprender a controlarme, a observarme, ¡pero está tan poco en mi naturaleza! Era espontánea, transparente; y también serena, mientras que ahora tengo el corazón lleno de ansiedad y rencor. Cuando abrió una revista, no bien se levantó de la mesa, pensé: «Eso no lo hace en casa de Noëllie», y fue más fuerte que yo, dije violentamente:

—¡No lo harías en casa de Noëllie!

Por sus ojos pasó un relámpago.

—Quería solamente echar un vistazo a un artículo —me dijo con tono medido—. No te pongas así por insignificancias.

—No es culpa mía: todo me enoja.

Hubo un silencio: en la mesa le había contado mi día y no encontraba nada que decirle. Hizo un esfuerzo:

—¿Terminaste las *Cartas* de Wilde?

—No. No las he continuado.

—Decías que era interesante…

—¡Si supieras que me importa un pito Wilde, y qué pocas ganas tengo de hablarte de él!

Fui a poner un disco en el gramófono:

—¿Quieres que escuchemos la cantata que me trajiste?

—De acuerdo.

No la escuché mucho tiempo; los sollozos me subían a la garganta; la música ya no era más que una excusa. Ya no teníamos nada que decirnos, obsesionados por la misma historia de la que él se negaba a hablar. Me preguntó con voz paciente:

—¿Por qué lloras?

—Porque conmigo te aburres. Porque ya no podemos hablarnos. Has puesto barreras entre nosotros.

—Quien las levanta eres tú: no dejas de rumiar acusaciones.

Lo exaspero cada día un poco más. No querría. Y aun así, una parte de mí misma le quiere. Cuando parece alegre y despreocupado, me digo: «Así es muy fácil». Y cualquier pretexto me sirve para alterar su tranquilidad.

*Lunes 30 de noviembre*

Me sorprendía que Maurice todavía no hubiera hablado de las vacaciones de invierno. Ayer por la noche, al volver del cine, le pregunté adónde le gustaría ir este año. Me contestó evasivamente que no lo había pensado. Olí algo raro. Comienzo a tener olfato, y no es difícil; por otra parte, siempre hay algo malo. Insistí. Dijo muy rápidamente, sin mirarme:

—Iremos a donde quieras; pero debo prevenirte de que cuento pasar también algunos días con Noëllie en Courchevel.

Siempre espero lo peor; y siempre es peor de lo que esperaba:

—¿Cuántos días?

—Unos diez.

—¿Y cuántos días te quedarás conmigo?

—Unos diez días.

—¡Es demasiado! ¡Me coges la mitad de nuestras vacaciones para dárselas a Noëllie!

La cólera me cortaba la palabra. Logré articular:

—¿Habéis decidido eso juntos, sin consultarme?

—No, todavía no le he hablado de ello —me respondió.

Dije:

—¡Y bien, continúa así! No le hables de ello.

Me dijo con voz mesurada:

—Tengo ganas de esos diez días con ella.

Había en esas palabras una amenaza apenas velada: si me privas de esto, nuestra estancia en la montaña será un infierno. Me daba náuseas la idea de que yo iba a ceder a ese chantaje. ¡Basta de concesiones! No me sirve para nada y me da asco. Hay que mirar las cosas de frente. No se trata de una aventura. Divide su vida en dos partes y a mí no me toca la mejor. Ya basta. Dentro de un rato le diré: «O ella o yo».

*Martes 1 de diciembre*

Así que no me equivocaba: ha sido una maniobra. Antes de llegar a una confesión completa, me «cansó», como se cansa al toro. Confesión sospechosa que en sí misma es una maniobra. ¿Hay que creerla? No he estado ocho años ciega. Después él me dijo que eso era falso. ¿O es en ese momento cuando mentía? ¿Dónde está la verdad? ¿Aún existe?

¡En qué estado de cólera lo he puesto! ¿He estado verdaderamente tan insultante? Uno no recuerda bien las cosas que dice, sobre todo en el estado en que yo me encontraba. Quería herirlo, es cierto; lo he logrado demasiado bien.

Sin embargo, comencé con mucha calma: «No acepto el reparto: hay que elegir».

Tuvo el aspecto abrumado del tipo que se dice: «¡Listo! ¡Tenía que suceder! ¡Cómo me escapo!». Adoptó su voz más acariciante:

—Te ruego. No me pidas romper ahora con Noëllie. No ahora.

—Sí, ahora. Esta historia ya ha durado bastante; he tolerado demasiado.

Lo miré desafiante:

—En fin, ¿quién te importa más?, ¿ella o yo?

—Tú, por supuesto —dijo con voz neutra. Y agregó—: Pero Noëllie también me importa.

Vi todo rojo:

—Entonces confiesa la verdad. ¡Ella te importa más! ¡Y bien, vete a buscarla! Vete de aquí. Vete enseguida. Toma tus cosas y vete.

Saqué su maleta del ropero, desordenadamente eché en ella ropa interior, descolgué cinturones. Me tomó por el brazo: «¡Basta!». Seguí. Quería que se fuera; verdaderamente lo quería, era sincera. Sincera porque no creía que lo haría. Era como un espantoso psicodrama en el que uno juega a la verdad. Es la verdad, pero uno juega. Grité:

—Vete a buscar a esa zorra, esa intrigante, esa abogadita turbia.

Me sujetó por las muñecas:

—Retira lo que acabas de decir.

—No. Es una tipa asquerosa. Te ha conseguido con halagos. La prefieres a mí por vanidad. Sacrificas nuestro amor a tu vanidad.

Él repetía: «Cállate». Pero yo seguía. Confusamente decía todo lo que pensaba de Noëllie, y también de él. Sí, lo recuerdo vagamente. Le dije que se dejaba engañar lastimosamente, que se volvía esnob y ambicioso, que ya no era el hombre que yo había querido, que antes tenía corazón, se consagraba a los demás; ahora era seco, egoísta, solamente su carrera le interesaba.

—¿Quién es egoísta? —gritó.

Y me quitó la palabra. La egoísta era yo, yo que no había dudado en hacerle dejar el internado, que hubiera querido tenerlo toda la vida en la mediocridad para conservarlo en casa, que estoy celosa de su trabajo: una castradora…

Grité. El internado, lo dejó él de buena gana. Me quería. Sí, pero no quería casarse enseguida, yo lo sabía, y en cuanto al niño habríamos podido arreglarnos.

—¡Cállate! Hemos sido felices, apasionadamente felices: decías que no vivías más que para nuestro amor.

—Era verdad: no me habías dejado nada más. Deberías haber pensado que un día sufriría por ello. Y cuando quise evadirme hiciste lo imposible para impedírmelo.

Ya no me acuerdo de las frases exactas, pero éste era el sentido de esa escena espantosa Yo era posesiva, imperiosa, abusiva tanto con mis hijas como con él.

—Empujaste a Colette a un casamiento idiota; y para huir de ti, Lucienne se ha ido.

Eso me puso fuera de mí; de nuevo grité, lloré. En un momento dado dije:

—Si piensas tan mal de mí; ¿cómo puedes quererme aún?

Y me echó en cara:

—Ya no te quiero. ¡Después de las escenas de hace diez años dejé de quererte!

—¡Mientes! ¡Mientes para hacerme sufrir!

—Eres tú quien se miente. Pretendes amar la verdad: déjame decírtela. Tomaremos una decisión después.

Así pues, desde hace ocho años no me quiere y se ha acostado con mujeres; con la pequeña Pellerin, durante dos años; con una paciente sudamericana de la cual lo ignoro todo; con una enfermera de la clínica; finalmente, *desde hace dieciocho meses* con Noëllie. Grité, estaba al borde del ataque de nervios. Entonces me dio un calmante, su voz cambió:

—Escucha, no pienso lo que acabo de decirte. ¡Pero eres tan injusta que me vuelves injusto!

Me ha engañado, sí, es verdad. Pero nunca he dejado de importarle. Le pedí que se fuera. Me quedé postrada, tratando de comprender esa escena, desenredar lo verdadero de lo falso.

Un recuerdo reapareció. Hace tres años, yo había regresado a casa sin que él me oyera. Reía, estaba hablando por teléfono: era risa tierna y cómplice que conozco bien. No oí las palabras: únicamente esa ternura cómplice en su voz. El suelo se fundió: estaba en otra vida en la que Maurice me habría engañado y yo tendría que sufrir hasta gritar. Me acerqué ruidosamente:

—¿Con quién hablas?

—Con mi enfermera.

—Le hablas muy amistosamente.

—¡Ah!, es una joven encantadora, la adoro —me dijo, con toda naturalidad.

Volví a encontrarme en mi vida, cerca del hombre que me amaba. Por otra parte, si lo hubiera visto en una cama con una mujer, no habría dado crédito a mis ojos. (Y sin embargo, el recuerdo está allí, intacto, doloroso.)

Se ha acostado con esas mujeres; pero ¿ya entonces no me quería? ¿Y qué hay de cierto en sus reproches? Sabe muy bien que acerca del internado y nuestro casamiento todo lo decidimos juntos: antes de esta mañana, nunca había pretendido lo contrario. Se ha fabricado esas quejas para excusarse de engañarme: es menos

culpable si yo tengo la culpa. Así y todo, ¿por qué ha elegido esas acusaciones? ¿Por qué esa frase acerca de las niñas? Estoy tan orgullosa de haber tenido éxito con ellas, cada una de manera diferente, de acuerdo con su propia índole… Colette, como yo, tenía vocación hogareña: ¿a título de qué tendría yo que haberla contrariado? Lucienne quería volar con sus propias alas: no se lo impedí. ¿Por qué tanto rencor injusto en Maurice? Me duele la cabeza y ya no veo nada claro.

Llamé por teléfono a Colette. Acababa de irse: medianoche. Me hizo bien, me hizo mal, ya no sé dónde está mi bien ni mi mal. No, yo no era autoritaria, posesiva, absorbente; me aseguró efusivamente que yo era una madre ideal y que su padre y yo nos entendíamos perfectamente. A Lucienne, como a muchas jóvenes, la vida familiar le pesaba, pero no era mi culpa. (Lucienne tenía relaciones complicadas conmigo porque ella adoraba a su padre, un complejo de Edipo clásico: eso no prueba nada en mi contra.) Se irritó:

—Me parece asqueroso de parte de papá haberte dicho lo que te ha dicho.

Pero ella siempre ha estado celosa de Maurice, a causa de Lucienne; agresiva a su respecto, demasiado apresurada para juzgarlo en falta. Demasiado deseosa de reconfortarme. Lucienne, con su dureza aguda, me hubiera informado mejor. He hablado durante horas con Colette y no por ello he avanzado más.

Me encuentro en una situación sin salida. Si Maurice es un canalla, he desperdiciado mi vida amándolo. Pero a lo mejor tenía razones para no soportarme más. Entonces debo considerarme odiosa, despreciable, incluso sin saber por qué. Las dos hipótesis son atroces.

*Miércoles 2 de diciembre*

Isabelle opina (o por lo menos lo dice) que Maurice no pensaba ni la cuarta parte de lo que dijo. Tuvo aventuras sin confesármelas: es banal. Ella siempre me ha repetido que una fidelidad de veinte años no era posible para un hombre. Evidentemente, Maurice hubiera hecho mejor hablando, pero se sintió atado por sus juramentos. Sus quejas en mi contra, sin duda acaba de inventarlas: si se hubiera casado conmigo a desgana, yo me habría dado cuenta, no habríamos sido tan felices. Ella me aconseja borrar todo esto. Se obstina en pensar que soy yo quien tiene la sartén por el mango. Los hombres eligen lo más fácil: es más fácil quedarse con su mujer que aventurarse en una vida nueva. Me hizo concertar una cita por teléfono con una de sus viejas amigas, que es ginecóloga, que conoce muy bien los problemas de la pareja y que podrá ayudarme, piensa ella, a ver claro en mi historia. Bueno.

Maurice está lleno de atenciones, desde el lunes, como todas las veces en que ha llegado demasiado lejos.

—¿Por qué me has dejado vivir ocho años en la mentira?

—No quería causarte pena.

—Habrías debido decirme que ya no me querías.

—Pero no es verdad: te lo dije por cólera; siempre te he querido. Te quiero.

—No puedes quererme si piensas la mitad de lo que me dijiste. ¿De veras piensas que he sido una madre abusiva?

Decididamente, de todas las maldades que me echó en cara, ésa es la que más me ha sublevado.

—Abusiva es algo exagerado.

—¿Pero?

—Siempre te dije que mimabas demasiado a las chicas. Colette reaccionó amoldándose demasiado dócilmente a ti y Lucienne por un antagonismo que con frecuencia te ha sido penoso.

—Pero que finalmente la ayudó a realizarse. ¡Está contenta de su suerte y Colette de la suya! ¿Qué más quieres?

—Si de veras están contentas…

No insistí. Su cabeza está llena de segundas intenciones. Pero hay respuestas que no soportaría escuchar: no hago las preguntas.

*Viernes 4 de diciembre*

Recuerdos implacables. ¿Cómo había logrado alejarlos, neutralizarlos? Una cierta manera de mirar, hace dos años, en Mykonos, cuando me dijo: «Pero cómprate un traje de baño de una pieza». Ya sé, ya sabía: algo de celulitis en los muslos, el vientre ya no tan liso. Pero yo creía que a él no le importaba. Cuando Lucienne se burlaba de las gordas matronas en biquini, él protestaba: «¿Y qué pasa? ¿A quién molesta? Que uno envejezca no es una razón para privar al cuerpo de aire y sol». Yo tenía ganas de sol y de aire, no molestaba a nadie. Y sin embargo —quizás a causa de las muy hermosas jóvenes que frecuentaban la playa— me dijo: «Pero cómprate un traje de baño de una pieza». Por otra parte, nunca lo he comprado.

Y después hubo esa discusión, el año pasado, la noche en que los Talbot vinieron a comer con los Couturier. Talbot se daba aires de gran patrón, felicitó a Maurice por un informe sobre el origen de ciertos virus, y Maurice parecía halagado como un escolar a quien se otorga el premio de excelencia. Eso me irritó porque Talbot no me gusta; cuando dice de alguien: «¡Es un valor!», lo abofetearía. Después de su marcha, dije riendo a Maurice:

—Dentro de muy poco tiempo Talbot va a decir de ti: ¡Es un valor! ¡Qué suerte tienes!

Se enfadó. Me reprochó más vivamente que de costumbre no ocuparme de su trabajo y menospreciar sus éxitos. Me dijo que no importaba ser estimado en conjunto si en detalle nunca me muestro interesada por lo que hace. Había tanta acrimonia en su voz que de pronto se me heló la sangre:

—¡Qué hostilidad!

Pareció desconcertado:

—¡No digas tonterías!

Después me convenció de que era una discusión parecida a muchas otras. Pero sentí que el frío de la muerte me había rozado.

Celosa de su trabajo: debo reconocer que no es falso. Durante diez años, a través de Maurice hice una experiencia que me apasionaba: la relación del médico con el enfermo. Yo participaba, lo aconsejaba. Ese lazo entre nosotros, tan importante para mí, él ha preferido romperlo. Entonces, en asistir desde lejos, pasivamente, a sus progresos, confieso no haber puesto en ello casi ninguna buena voluntad. Me dejan fría, sí: lo que yo admiro en él es el ser humano, no el investigador. Pero castradora, la palabra es injusta. Solamente me negué a fingir entusiasmos que no sentía: a él le gustaba mi sinceridad. No quiero creer que haya herido su vanidad. Maurice no tiene pequeñeces. ¿O las tiene y Noëllie sabe explotarlas? Idea odiosa. Todo se entremezcla en mi cabeza. Creía saber quién era yo, quién era él: y repentinamente ya no nos reconozco, ni a él ni a mí.

*Domingo 6 de diciembre*

Cuando esto sucede a los demás, parece un acontecimiento limitado, fácil de delimitar, de superar. Y una se encuentra absolutamente sola en una experiencia vertiginosa a la cual la imaginación ni siquiera se ha aproximado. Las noches que Maurice pasa en casa de Noëllie temo no dormir y tengo miedo de dormir. Esa cama vacía al lado de la mía, esa sábana lisa y fría… Ya puedo tomar somníferos; de todos modos, sueño. Con frecuencia en sueños me desvanezco de desdicha. Me quedo allí bajo la mirada de Maurice, paralizada con todo el dolor del mundo sobre mi rostro. Espero que se precipite hacia mí. Me lanza una mirada indiferente y se aleja. Me desperté, era todavía de noche; sentía el peso de las tinieblas, estaba en un corredor, me internaba en él, se volvía cada vez más estrecho, yo respiraba apenas; muy pronto haría falta arrastrarse y me quedaría atrapada allí hasta expirar. Grité. Y me puse a llamarlo más dulcemente, en lágrimas. Todas las noches le llamo; no a él: al otro, al que me amaba. Y me pregunto si no preferiría que estuviera muerto. Me decía: la muerte es el único mal irreparable; si me dejara, me curaría. La muerte era horrible porque era posible, la ruptura soportable porque no me la imaginaba. Pero de hecho, me digo que si estuviera muerto al menos sabría a quién he perdido y quién soy yo. Ya no sé nada más. Mi vida anterior se ha desmoronado enteramente, como durante esos temblores de tierra en que el suelo se devora a sí mismo; se hunde a nuestra espalda a medida que uno huye. No hay retorno. La casa ha desaparecido, y la aldea y todo el valle. Incluso si uno sobrevive, nada queda, ni siquiera el lugar que uno ha

ocupado en este mundo. Me siento tan deshecha por la mañana que, si la criada no viniera a las diez, me quedaría en cama todos los días (como hago los domingos) hasta pasado mediodía, o a lo mejor, cuando Maurice no viene a almorzar, todo el día. La señora Dormoy se da cuenta de que algo no anda bien. Al retirar la bandeja del desayuno, me dice en tono de reproche:

—¡No ha comido nada!

Insiste, y a veces como una tostada para que me deje en paz. Pero los bocados no me pasan.

¿Por qué ya no me quiere? Habría que saber por qué me ha querido. Una no se plantea la cuestión. Incluso si no se es ni orgullosa ni narcisista, es tan extraordinario ser una misma, justamente una misma, esto es tan único que parece natural que sea único también para alguien más. Me quería, es todo. Y para siempre, ya que siempre seré yo. (Y me he sorprendido, en otras mujeres, de esta ceguera. Raro es que una no pueda comprender su propia historia más que ayudándose con la experiencia de las demás; que no es la mía, que no ayuda.)

Fantasías idiotas. Un film visto cuando era chica. Una esposa iba a buscar a la amante de su marido: «Para usted no es más que un capricho. ¡Yo le amo!». Y la amante, conmovida, la enviaba en lugar de ella a la cita nocturna. En la oscuridad su marido la tomaba por la otra y a la mañana, arrepentido, volvía a ella. Era un viejo film mudo, que el cine Studio presentaba con una intención onírica pero que me había conmovido mucho. Vuelvo a ver el largo vestido de la mujer, sus rodetes.

¿Hablar a Noëllie? Pero para ella esto no es un capricho: una maniobra. Me diría que le ama; y con certeza a ella le importa todo lo que él puede dar a una mujer, actualmente. Yo le amé cuando tenía veintitrés años, un futuro incierto, dificultades. Le amé sin garantías: renuncié a hacer una carrera yo misma. No lamento nada, por otra parte.

*Lunes 7 de diciembre*

Colette, Diana, Isabelle: ¡yo, a quien no gustaban las confidencias! Y esta tarde Marie Lambert. Tiene una gran experiencia. Querría que pudiera esclarecerme.

Lo que se destaca de nuestra larga conversación es hasta qué punto yo misma comprendo mal mi historia. Sé de memoria todo mi pasado y de pronto ya no sé nada. Me pidió un breve resumen escrito. Probemos.

De la medicina, tal como papá la ejercía en su consultorio de Bagnolet, pensaba que no había ninguna profesión más hermosa. Pero durante mi primer año me sentí impresionada, asqueada, superada por el horror cotidiano. Me di por vencida muchas

veces. Maurice era externo y desde la primera mirada lo que leí en su rostro me emocionó. Uno y otro no habíamos tenido más que cortas aventuras. Nos amamos. Fue el amor loco, el amor prudente: el amor. Ha sido cruelmente injusto cuando me dijo el otro día que yo lo había alejado del internado: hasta ese momento siempre había tomado la entera responsabilidad de su decisión. Estaba harto de ser estudiante. Quería una vida de adulto, un hogar. Al pacto de fidelidad que hicimos, era él el que se aferraba más que yo, porque el nuevo casamiento de su madre le había dejado un horror enfermizo por las rupturas, las separaciones. Nos casamos en el verano de 1944, y el comienzo de nuestra felicidad coincidió con la alegría embriagadora de la Liberación. Maurice se sentía atraído por la medicina social. Encontró un empleo en Simca. Era menos absorbente que ser médico de barrio y a él le gustaba su clientela de obreros.

Maurice se sintió decepcionado por la posguerra. Su trabajo en Simca comenzó a aburrirlo. Couturier (que había logrado acabar el internado) lo convenció para entrar con él en la policlínica de Talbot, trabajar en su equipo, especializarse. Sin duda —Marie Lambert me lo hizo ver— yo luché demasiado violentamente contra su decisión, hace ya diez años; sin duda le demostré demasiado que yo no me había resignado en el fondo de mi corazón. Pero no es una razón suficiente para haber dejado de amarme. ¿Qué relación hay exactamente entre su cambio de vida y el de sus sentimientos?

Ella me preguntó si con frecuencia me hacía reproches, críticas. ¡Oh!, discutiendo, los dos tenemos la sangre caliente. Pero nunca es grave. Por lo menos para mí.

¿Nuestra vida sexual? No sé en qué momento perdió su calor. ¿Quién de los dos se cansó primero? Me ha sucedido irritarme por su indiferencia: de ahí mi flirteo con Quillan. ¿Pero quizá mi frialdad le había decepcionado? Es secundario, me parece. Eso podría explicar que se haya acostado con otras mujeres, no que se haya separado de mí. Ni que se haya chiflado por Noëllie.

¿Por qué ella? Si por lo menos fuera verdaderamente hermosa, verdaderamente joven, o notablemente inteligente, yo comprendería. Sufriría, pero comprendería. Tiene treinta y ocho años, es agradable sin más, y muy superficial. ¿Entonces, por qué? Dije a Marie Lambert:

—Estoy segura de que valgo más que ella.

Sonrió:

—La cuestión no es ésa.

¿Dónde está la cuestión? Salvo la novedad y un bonito cuerpo, ¿qué es lo que puede dar a Maurice que yo no le dé? Ella dice:

—Jamás comprendemos los amores de los demás.

Pero tengo una convicción que expreso con dificultad. Conmigo Maurice tiene una relación en profundidad, que compromete lo que en él hay de esencial y que por lo tanto es indestructible. No está ligado a Noëllie sino por sus sentimientos más

exteriores: cada uno de ellos podría amar a otro. Maurice y yo estamos soldados. El fallo consiste en que mi relación con Maurice no es indestructible, ya que él la destruye. ¿O lo es? ¿No siente por Noëllie más que un antojo que adopta aspectos de pasión pero va a disiparse? ¡Ah!, esas espinas de esperanza que de vez en cuando me atraviesan el corazón, más dolorosas que la misma desesperación.

Hay otra cuestión a la que doy vueltas en mi cabeza, a la que verdaderamente él no contestó: ¿Por qué me ha hablado ahora, y no antes? Desde todo punto de vista debería haberme prevenido. Yo también habría tenido asuntos. Y habría trabajado; hace ocho años, habría encontrado el valor de hacer algo; no habría ese vacío alrededor de mí. Esto es lo que chocó más a Marie Lambert: que por su silencio Maurice me haya negado la posibilidad de afrontar, armada, una ruptura. Desde el momento en que dudó de sus sentimientos, debió impulsarme a construirme una vida independiente de él. Ella supone, y yo también, que Maurice se calló para asegurar a sus hijas un hogar feliz. Cuando yo me felicitaba de la ausencia de Lucienne, después de sus primeras revelaciones, me engañaba: no se trataba de un azar. Pero entonces es monstruoso: ha elegido para abandonarme el momento en que ya no tenía a mis hijas.

Imposible admitir que haya consagrado toda mi vida al amor de un hombre tan egoísta. ¡Con seguridad soy injusta! Marie Lambert me lo dijo, por otra parte: «Habría que conocer su punto de vista. En estas historias de ruptura, contadas por la mujer, uno no entiende nunca nada». Es el «misterio masculino», mucho más impenetrable que el «misterio femenino». Le sugerí que hablara con Maurice; se negó; yo tendría menos confianza en ella si ella le conociera. Fue muy amistosa: pero aun así, con reticencias, con titubeos.

Decididamente, la persona que me sería más útil es Lucienne, con su sentido crítico tan agudo; todos estos años ha vivido en un estado de semihostilidad respecto a mí que le permitiría aclararme las cosas. Pero por carta no me diría más que banalidades.

*Jueves 10 de diciembre*

Al ir a casa de Couturier, que no vive lejos de la de Noëllie, creí reconocer el coche. No. Pero cada vez que veo un Dauphine deportivo verde oscuro, con un techo gris y dentro una manta verde y roja, me parece que es el mismo que el que yo llamaba nuestro automóvil, que ahora es su automóvil, puesto que nuestras vidas ya no se confunden. Y siento angustia. Antes yo sabía siempre exactamente dónde estaba él, qué hacía. Ahora puede estar en cualquier parte: justamente allí donde veo ese coche.

Era incongruente ir a ver a Couturier, y pareció muy embarazado cuando le anuncié por teléfono mi visita. Pero quiero comprender.

—Sé que usted es amigo de Maurice antes que nada —le dije al llegar—. No vengo a pedirle informaciones: únicamente a que me dé el punto de vista de un

hombre acerca de esta situación.

Se tranquilizó. Pero no me dijo absolutamente nada. El hombre necesita cambios más que la mujer. Una fidelidad de catorce años ya es algo muy escaso. Mentir es normal: uno no quiera causar pena. Y cuando uno se enfada, dice cosas que no piensa. Seguramente que Maurice todavía me quiere: se puede querer a dos personas de diferentes modos…

Todos os explican lo que es normal, es decir lo que sucede a los demás. ¡Y yo trato de utilizar esta clave universal! Como si lo que estuviera en juego no fuera Maurice, yo, y lo que hay de único en nuestro amor.

¡Si habré caído bajo! Tuve un sobresalto de esperanza al leer en un semanario que en el plano amoroso esta semana los sagitario obtendrían un éxito importante. En compensación, me entristecí hojeando en casa de Diana un librito de astrología: parece que sagitarios y capricornios no son de ninguna manera el uno para el otro. Pregunté a Diana si sabía cuál era el signo de Noëllie. No. Me guarda rencor desde nuestra desagradable explicación, y se regodeó diciéndome que Noëllie le había hablado un poco más largamente de Maurice. Ella no renunciará jamás a él, ni él a ella. En cuanto a mí, soy una mujer muy buena (esa fórmula le gusta, parece), pero no aprecio a Maurice en su verdadero valor. Me costó contenerme cuando Diana me repitió esta frase. ¿Maurice se habrá quejado de mí a Noëllie? «Tú, por lo menos, te interesas por mi carrera.» No, no puede haberle dicho eso, no quiero creerlo. Su verdadero valor… el de Maurice no se reduce a su éxito social, lo sabe muy bien él mismo, es otra cosa lo que a él le conmueve de la gente. ¿O me equivoco respecto a él? ¿Tiene un lado frívolo, mundano que cerca de Noëllie se desarrollaría? He tenido que esforzarme por reír. Y después dije que, así y todo, querría comprender qué es lo que los hombres encuentran en Noëllie. Diana me dio una idea: hacer analizar nuestras tres caligrafías; me indicó una dirección y me dio una carta (sin interés) de Noëllie. Busqué una de las cartas recientes de Maurice, escribí al grafólogo una nota en la que le pedía una respuesta rápida y fui a dejarlo todo en su portería.

*Sábado 12*

Me siento confundida por los análisis del grafólogo. La caligrafía más interesante, según él, es la de Maurice: gran inteligencia, amplia cultura, capacidad de trabajo, bastante reservado (resumo). En cuanto a mí, me encuentra muchas cualidades: equilibrio, alegría, franqueza, aguda preocupación por los demás; también notó una especie de avidez afectiva que arriesga hacerme algo pesada a los que me rodean. Esto concuerda con lo que me reprocha Maurice: ser absorbente, posesiva. Sé muy bien que esa tendencia existe en mí: ¡pero la he combatido tan enérgicamente! He hecho tal esfuerzo para dejar libres a Colette y a Lucienne, no apabullarlas con

preguntas, respetar sus secretos. Y a Maurice: ¡con tanta frecuencia he reprimido mi solicitud, contenido mis impulsos, evitado entrar en su despacho a pesar de las ganas que tenía o comerle con los ojos cuando leía a mi lado! Quería estar al mismo tiempo presente y liviana para ellos: ¿he fracasado? La grafología revela las tendencias más que las conductas. Y Maurice me atacó por cólera. Su veredicto me deja insegura. De todas maneras, aunque yo sea algo excesiva, demasiado demostrativa, demasiado atenta, en resumen, algo molesta, no es una razón suficiente para que Maurice prefiera a Noëllie.

En cuanto a ella, su retrato, aunque es más contrastado que el mío y supone más defectos, me parece a fin de cuentas más halagador. Es ambiciosa, le gusta aparentar pero tiene una sensibilidad matizada, mucha energía, generosidad y una inteligencia muy viva. No pretende ser alguien extraordinario; pero Noëllie es tan superficial que no puede ser superior a mí, aun por la inteligencia. Será preciso que haga hacer un análisis comparativo. De todos modos, la grafología no es una ciencia exacta.

Me torturo. ¿Cómo me ven los demás? Y objetivamente, ¿quién soy? ¿Soy menos inteligente de lo que imagino? Éste es el tipo de preguntas que es inútil plantear, nadie se atreverá a contestarme que soy tonta. ¿Y cómo saber? Todo el mundo se cree inteligente, hasta las personas que a mí me parecen estúpidas. Por eso una mujer siempre es más sensible a los cumplidos que se le hacen sobre su físico que a los que conciernen a su espíritu: en lo que hace al espíritu, tiene sus evidencias íntimas, que todo el mundo tiene y que en consecuencia no prueban nada. Para conocer sus propios límites habría que poder superarlos: eso es saltar por encima de su propia sombra. Yo comprendo siempre lo que me dicen, lo que leo: ¿pero a lo mejor comprendo demasiado deprisa, al no saber captar las riquezas y las dificultades de una idea? ¿Ésas son las deficiencias que me impiden percibir la superioridad de Noëllie?

*Sábado por la noche*

¿Será éste el éxito prometido esta semana a los sagitario? Por teléfono Diana me comunicó una novedad que puede tener una importancia decisiva: Noëllie estaría acostándose con el editor Jacques Vallin. Es la misma señora Vallin quien se lo dijo a una amiga de Diana: interceptó unas cartas y detesta a Noëllie. ¿Cómo hacérselo saber a Maurice? Está tan seguro del amor de Noëllie, se caería de las nubes. Lo que pasa es que no me creería. Me harían falta pruebas. Pero no puedo ir a buscar a la señora Vallin, a quien no conozco, y pedirle las cartas. Vallin es muy rico. Entre él y Maurice, Noëllie lo elegiría a él si consintiera en divorciarse. ¡Qué intrigante! Si al menos pudiera estimarla yo sufriría menos. (Ya sé. Otra mujer está diciéndose acerca de su rival: si al menos pudiera despreciarla, sufriría menos. Por lo demás, yo misma he pensado: la estimo demasiado poco como para sufrir.)

*Domingo 13*

He enseñado a Isabelle las respuestas del grafólogo: no pareció convencida, no cree en la grafología. Sin embargo, la avidez afectiva que señala el análisis encaja muy bien con los reproches de Maurice del otro día, le he hecho notar. Y sé que en efecto yo espero mucho de las personas; quizá les pido demasiado.

—Evidentemente. Como vives mucho para los demás, vives también mucho a través de ellos —me dijo—. Pero el amor, la amistad, es eso: una especie de simbiosis.

—Pero para alguien que se negara a la simbiosis ¿soy abrumadora?

—Se abruma a las personas que no quieren ser queridas cuando se las quiere, es una cuestión de situación, no de carácter.

Le pedí que hiciera un esfuerzo, que me dijera cómo me veía ella, qué pensaba de mí. Sonrió.

—En realidad yo no te veo. Eres mi amiga, estás ahí.

Sostuvo que cuando nada está en juego, nos gusta o no nos gusta estar con la gente pero no nos hacemos ninguna idea sobre ella. A ella le gusta estar conmigo, eso es todo.

—Con franqueza, muy francamente, ¿me encuentras inteligente?

—Claro. Salvo cuando me planteas esta pregunta. Si las dos somos idiotas, cada una de nosotras encuentra a la otra inteligente: ¿y eso qué prueba?

Me repitió que en este asunto mis cualidades y mis defectos no estaban en cuestión: lo que atrae a Maurice es la novedad; dieciocho meses; todavía es novedad.

*Lunes 14*

El espantoso descenso al fondo de la tristeza. Por lo mismo que se está triste, no se tienen ganas de hacer nada alegre. Ya nunca pongo un disco cuando me levanto. Ya nunca escucho música, no voy al cine, no me compro nada que me guste. Me he levantado al oír llegar a la señora Dormoy. He tomado mi té, he comido una tostada por hacerle un favor. Y miro esta jornada todavía que voy a tener que vivir. Y me digo…

Llamaron al timbre. Un recadero me puso en los brazos un gran ramo de lilas y rosas con una nota: Feliz cumpleaños. Maurice. No bien se cerró la puerta, me deshice en lágrimas. Me defiendo de la agitación, de tétricos proyectos, del odio: y estas flores, ese recuerdo de dulzuras perdidas, irremediablemente perdidas, abatían todas mis defensas.

Hacia la una la llave giró en la cerradura y en mi boca hubo ese gusto espantoso, el sabor del miedo. (Exactamente el mismo que cuando iba a la clínica a ver a mi padre agonizante.) Esa presencia familiar como mi propia imagen, mi razón de vivir,

mi alegría, ahora es este extranjero, este juez, este enemigo: mi corazón late de terror cuando empuja la puerta. Vino hacia mí rápidamente, me sonrió al tomarme en sus brazos:

—Feliz cumpleaños, querida.

Lloré sobre su hombro, silenciosamente. Él acariciaba mis cabellos:

—No llores. No quiero que seas muy desdichada. Te quiero tanto.

—Me dijiste que desde hace ocho años no me querías.

—No. Después te dije que no era verdad. Me importas mucho.

—¿Pero ya no me amas?

—Hay tantas clases de amor.

Nos sentamos, hablamos. Yo le hablaba como a Isabelle o a Marie Lambert, con confianza, amistad, despreocupación: como si no se hubiera tratado de nuestra propia historia. Era un problema que discutíamos imparcialmente, gratuitamente, como hemos discutido tantos otros. Me sorprendí nuevamente de su silencio de ocho años. Me repitió:

—Decías que te morirías de pena…

—Tú me autorizabas a decirlo: la idea de una infidelidad parecía angustiarte hasta tal punto…

—Me angustiaba. Por eso me callé: para que todo pasara como si yo no te engañase… Era magia… Y también tenía vergüenza, evidentemente…

Dije que sobre todo quería comprender por qué este año me había hablado. Admitió que en parte era porque sus relaciones con Noëllie lo exigían, pero también, dijo, pensaba que yo tenía derecho a la verdad.

—Pero no dijiste la verdad.

—Por vergüenza de haberte mentido.

Me envolvía con esa mirada sombría y cálida que parece abrirlo ante mí hasta lo más profundo de su corazón, íntegramente entregado, parecía, inocente y tierno, como antaño.

—Tu culpa más grande —dije— es haberme dejado aletargar en la confianza. Aquí estoy, a los cuarenta y cuatro años, las manos vacías, sin profesión, sin otro interés que tú en la vida. Si me hubieras avisado hace ocho años, me habría organizado una vida independiente y aceptaría más fácilmente la situación.

—¡Pero Monique! —me dijo estupefacto—. Insistí muchísimo, hace siete años, para que aceptaras ese puesto de secretaria en la *Revista médica*. Se te presentaba muy bien y podías llegar a un puesto interesante: ¡no quisiste!

Casi había olvidado esta proposición a tal punto me había parecido inoportuna:

—Pasar el día lejos de casa y de las niñas por cien mil francos al mes no veía qué interés podía tener —dije.

—Eso fue lo que me contestaste. Insistí mucho.

—Si me hubieras dicho tus verdaderos motivos, que ya no era todo para ti y que tenía también yo que tomar mis precauciones, habría aceptado.

—En Mougins, de nuevo te propuse trabajar. ¡Te negaste otra vez!

—En ese momento tu amor me bastaba.

—Aún estás a tiempo —dijo—. Me será fácil encontrarte una ocupación.

—¿Crees que eso me consolaría? Hace ocho años me hubiera parecido menos absurdo; hubiera tenido más posibilidades de llegar a algo. Pero ahora…

Machacamos largo rato sobre el asunto. Me doy perfecta cuenta que aliviaría su conciencia si me ofreciera algo qué hacer. No tengo ningunas ganas de aliviarla.

Volví sobre nuestra conversación del primero de diciembre: una fecha; ¿me juzga verdaderamente egoísta, imperiosa, absorbente?

—Aunque estuvieras enojado, ¿inventaste todo eso de cabo a rabo?

Titubeó, sonrió, explicó. Yo tengo los defectos correspondientes a mis cualidades. Soy atenta, vigilante, es algo precioso, pero a veces, cuando uno está de mal humor, cansa. Soy tan fiel al pasado que el menor olvido parece un crimen, que uno se siente culpable cuando cambia de gusto o de opinión. Concedido. ¿Pero me guarda rencor? Me lo guardó hace diez años, lo sé bien, discutimos bastante; pero es algo terminado puesto que hizo lo que quería y a la larga yo le di la razón. Y nuestro casamiento, ¿él considera que yo le forcé la mano? En absoluto; decidimos juntos…

—Pero el otro día me reprochaste no interesarme por tu trabajo.

—Lo lamento un poco, es cierto; pero me parecería más lamentable que te esforzaras por interesarte simplemente para darme ese placer.

Su voz era tan alentadora que me atreví a plantear la pregunta que más me angustia:

—¿Me guardas rencor por Colette y Lucienne? ¿Te decepcionan y me responsabilizas a mí de ello?

—¿Con qué derecho estaría decepcionado, y con qué derecho te guardaría rencor?

—Entonces ¿por qué me hablaste con tanto odio?

—¡Ah!, la situación tampoco es fácil para mí. Me irrito conmigo y eso se vuelve injustamente contra ti.

—Con todo, ya no me amas como antes. Todavía me quieres, sí; pero ya no es el amor de nuestros veinte años.

—Para ti tampoco es ya el amor de nuestros veinte años. A los veinte años amaba el amor al mismo tiempo que te amaba a ti. Todo ese lado exaltado que yo tenía entonces lo he perdido; eso es lo que ha cambiado.

Era agradable hablar con él amistosamente, como antes. Las dificultades se empequeñecían, las preguntas se disipaban en humo, los acontecimientos se fundían, lo verdadero y lo falso se ahogaban en un tornasol de matices indistintos. En el fondo, no había pasado nada. Acababa creyendo que Noëllie no existía… Ilusión, prestidigitación. De hecho, esta charla no ha valido absolutamente para nada. Hemos llamado a las cosas con otros nombres: las cosas no se han movido. No he aprendido nada. El pasado sigue tan oscuro. El futuro tan incierto.

*Martes 15*

Ayer por la noche quise continuar la decepcionante conversación de la tarde. Pero Maurice tenía qué hacer después de cenar y una vez que terminó quiso acostarse.

—Ya hemos hablado bastante esta tarde. No hay nada que agregar. Mañana me levanto temprano.

—No dijimos nada, en realidad.

Adoptó un aspecto resignado:

—¿Qué más quieres que te diga?

—¡Bueno! Con todo hay algo que quisiera saber: ¿cómo ves nuestro futuro?

Se calló. Lo había puesto entre la espada y la pared.

—No quiero perderte. Tampoco quiero renunciar a Noëllie. En cuanto al resto, nada…

—¿Ella está de acuerdo con esta doble vida?

—Tiene que estarlo.

—Sí; como yo. ¡Cuando pienso que te atreviste a decirme en el Club 46 que entre nosotros no había cambiado nada!

—No dije eso.

—¡Estábamos bailando y me dijiste: «Nada ha cambiado»! ¡Y te creí!

—Eres tú, Monique, quien me dijo: «Lo esencial es que no haya cambiado nada entre nosotros». No dije lo contrario, me callé. Era imposible justo en ese momento ir al fondo de las cosas.

—Lo dijiste. Me acuerdo perfectamente.

—Habías bebido mucho, sabes; reconstruiste…

Abandoné. ¿Qué importancia tiene? Lo importante es que no quiere renunciar a Noëllie. Lo sé y no puedo creerlo. Le anuncié bruscamente que había decidido no ir a la nieve este invierno. He pensado mucho en eso y estoy contenta de haber tomado esa decisión. Me gustaba tanto la montaña con él, antes. Volver a verla en estas condiciones sería un suplicio. Me sería insoportable ir allí con él en primer término y partir vencida, expulsada por la otra y cediéndole el sitio. No me sería menos odioso suceder a Noëllie, sabiendo que Maurice la echa de menos, que comparar su silueta y la mía, mi tristeza con sus risas. Acumularía las torpezas y él no tendría más que deseos de deshacerse completamente de mí.

—Pasa con ella los diez días que le prometiste, y vuelve —le dije.

Es la primera vez en este asunto que tomo una iniciativa, y pareció muy desconcertado.

—Pero Monique, tengo ganas de llevarte conmigo. ¡Hemos pasado en la nieve días tan hermosos!

—Justamente.

—¿No esquiarás este invierno?

—Sabes, hoy por hoy, los placeres del esquí no me atraen mucho.

Intentó convencerme, insistió, parecía desolado. A mi tristeza cotidiana estaba acostumbrado, pero privarme del esquí le produce remordimientos. (Soy injusta; no se acostumbra; rezuma mala conciencia, toma somníferos para dormir, tiene cara de enterrado vivo. No me conmuevo por eso, y más vale, hasta le guardaría rencor. Si me tortura con conocimiento de causa y torturándose a sí mismo, es preciso que Noëllie le importe muchísimo.) Discutimos largo rato. No cedí. Al final tenía un aspecto tan agotado (los rasgos tensos, ojeras) que lo mandé a dormir. Se entregó al sueño como a un puerto apacible.

*Miércoles 16*

Miro las gotas de agua deslizarse sobre el cristal que hace poco golpeaba la lluvia. No caen verticalmente; parecerían gusanitos que por razones misteriosas fueran oblicuamente a la derecha, a la izquierda, filtrándose entre otras gotas inmóviles, deteniéndose, continuando como si buscaran algo. Me parece no tener nada que hacer. Siempre tenía algo que hacer. Ahora, tejer, cocinar, escuchar un disco, todo me parece vano. El amor de Maurice daba importancia a cada momento de mi vida. Es hueca. Todo es hueco: los objetos, los instantes. Y yo.

El otro día le pregunté a Marie Lambert si me encontraba inteligente. Su mirada clara se clavó en la mía.

—Usted es muy inteligente…

Dije:

—Hay un *pero*…

—La inteligencia se atrofia cuando no se la alimenta. Debería dejar que su marido le buscara trabajo.

—El tipo de trabajo del que soy capaz no me daría ningún resultado.

—Eso no es nada seguro.

*Por la noche*

Esta mañana he tenido una iluminación: todo es culpa mía. Mi error más grave ha sido no comprender que *el tiempo pasa*. Pasaba y yo estaba pasmada en la actitud de la ideal esposa de un marido ideal. En lugar de reanimar nuestra vida sexual, yo me fascinaba con el recuerdo de nuestras noches pasadas. Me imaginaba haber conservado mi rostro y mi cuerpo de treinta años, en lugar de cuidarme, de hacer gimnasia, de acudir a un instituto de belleza. Dejé que mi inteligencia se atrofiara; ya no me cultivaba, me decía: más tarde, cuando las niñas se hayan ido. (A lo mejor la muerte de mi padre no es extraña a esta dejadez. Algo se quebró. Detuve el tiempo a partir de ese momento.) Sí, la joven estudiante con que Maurice se casó, que se

apasionaba por los acontecimientos, las ideas, los libros, era muy diferente de la mujer de hoy cuyo universo cabe entre estas cuatro paredes. Es verdad que tenía tendencia a encerrar entre ellas a Maurice. Creía que su hogar le bastaba, creía tenerlo todo para mí. En conjunto, daba todo por acordado: eso debió molestarlo, a él, que cambia y que cuestiona todas las cosas. La irritación es algo que no perdona. No debería tampoco haberme emperrado en nuestro pacto de fidelidad. Si hubiera devuelto a Maurice su libertad (y quizás utilizado la mía) Noëllie no se habría beneficiado de los prestigios de la clandestinidad. Yo habría encarado el asunto inmediatamente. ¿Hay tiempo todavía? Dije a Marie Lambert que iba a explicarme sobre todo esto con Maurice y a tomar medidas. Ya me he puesto a leer un poco, a escuchar discos: hacer un esfuerzo más serio. Rebajar algunos kilos, vestirme mejor. Charlar más libremente con Maurice, rechazar los silencios. Ella me escuchó sin entusiasmo. Quisiera ella saber quién, Maurice o yo, fue el responsable de mi primer embarazo. Los dos. En fin, yo en la medida en que me guié demasiado por el calendario, pero no es mi culpa si me traicionó. ¿Insistí yo en tener el niño? No. ¿En no tenerlo? No. La decisión surgió sola. Me pareció escéptica. Su idea es que Maurice me guarda un serio rencor. Le opuse el argumento de Isabelle: los comienzos de nuestro matrimonio no habrían sido tan felices si él no lo hubiera deseado. Su respuesta me parece muy alambicada: para no confesarse cuánto lo sentía, Maurice apostó al amor, quiso la felicidad frenéticamente; una vez que ésta desapareció, volvió a encontrar el rencor que había acallado. Ella misma advierte que su explicación es débil. Sus viejos rencores no habrían reaparecido con bastante virulencia como para alejarlo de mí si no hubiera tenido nuevos. Afirmé que no tenía ninguno nuevo.

A decir verdad, Marie Lambert me irrita un poco. Todos ellos me irritan porque tienen el aspecto de saber cosas que yo no sé. Ya sea que Maurice o Noëllie hagan circular su versión de los acontecimientos. Sea porque tengan las experiencias de este tipo de líos y me apliquen sus esquemas. Sea que me ven desde fuera, como yo no logro verme, y que las cosas por eso se vuelvan claras. Se cuidan de mí y siento reparos cuando les hablo. Marie Lambert me aprueba por haber renunciado a las vacaciones de invierno: pero en la medida en que me ahorro sufrimientos; no cree que las intenciones de Maurice cambien por ello.

Dije a Maurice que comprendía mis errores. Me detuvo con uno de esos gestos crispados a los que empiezo a acostumbrarme.

—No tienes nada que reprocharte. ¡No volvamos todo el tiempo al pasado!

—¿Y qué otra cosa tengo?

Ese pesado silencio.

No tengo nada más que mi pasado. Pero ya no es ni dicha ni orgullo: un enigma, una angustia. Querría arrancarle su verdad. ¿Pero uno puede fiarse de su memoria? He olvidado muchas cosas, y parece que a veces hasta he deformado los hechos.

(¿Quién dijo: «Nada ha cambiado»? ¿Maurice o yo? En este diario he escrito que fue él. A lo mejor porque quería creerlo…) En cierto modo, es por hostilidad que contradije a Marie Lambert. Más de una vez advertí rencor en Maurice. Él lo negó, el día de mi cumpleaños. Pero hay palabras, acentos que aún resuenan en mí; no había querido darles importancia y sin embargo me acuerdo. Cuando Colette decidió hacer esa boda «idiota», está claro que al mismo tiempo que se irrita con ella, indirectamente me atacaba: su sentimentalismo, su necesidad de seguridad, su timidez, su pasividad, de todo eso me hacía responsable. Pero sobre todo, la marcha de Lucienne le afectó. «Es para huir de ti que Lucienne se ha ido.» Sé que lo piensa. ¿En qué medida es verdad? ¿O es que con una madre diferente (menos ansiosa, menos atenta) Lucienne habría soportado la vida familiar? Me parecía no obstante que todo iba mejor entre nosotros, el año pasado, que ella estaba menos crispada: ¿por qué iba a irse? Ya no sé nada. Si he fallado en la educación de mis hijas, toda mi vida no es más que un fracaso. No puedo creerlo. ¡Pero qué vértigo cuando la duda me roza!

¿Maurice se queda conmigo por lástima? Entonces tendría que decirle que se fuera. No me atrevo. Si se queda, a lo mejor Noëllie se descorazona, apostando por Vallin o por otro. O si no él recuperará el sentido de lo que hemos sido el uno para el otro.

Lo que me agota es la alternancia de su gentileza y de sus morosidades. No sé nunca quién abre la puerta. Como si le horrorizara haberme hecho sufrir, pero tuviese miedo de haberme dado demasiadas esperanzas, ¿tendré que permanecer en la desesperación? Entonces él olvidaría completamente quién he sido y por qué me ha amado.

*Jueves 17*

Marguerite se ha fugado de nuevo y no logran encontrarla. Se ha escapado con una chica que es una verdadera pícara. Va a prostituirse, a robar. Es abrumador. Pero no estoy abrumada. Nada me afecta.

*Viernes 18*

De nuevo les vi ayer por la noche. Merodeaban alrededor de El año 2000, adonde van con frecuencia. Bajaron del descapotable de Noëllie; él la cogió del brazo, reían. En casa, aun en sus momentos de amabilidad, siempre tiene una cara siniestra; sus sonrisas son forzadas. «La situación no es fácil…» Cerca de mí, no la olvida un instante. Con ella, sí. Él reía, relajado, despreocupado. Tuve ganas de lastimarla. Ya sé que es propio de hembras e injusto, ella no me debe nada: pero es así.

La gente es cobarde. Pedí a Diana que me hiciera conocer a la amiga a quien la señora Vallin habló de Noëllie. Pareció incómoda. La amiga ya no está segura de las cosas. Vallin se acuesta con una joven abogada, muy de moda. La señora Vallin no dijo su nombre. Una puede suponer que se trata de Noëllie, quien varias veces defendió causas para la firma. Pero a lo mejor es otra… El otro día Diana fue categórica. O es la amiga que teme las historias, o es Diana quien tiene miedo de que yo haga una. Me juró que no; ¡no pide otra cosa que ayudarme! Sin duda. Pero todos ellos tienen *sus* ideas sobre la mejor manera de ayudarme.

*Domingo 20*

Cada vez que veo a Colette la abrumo a preguntas. Ayer tenía los ojos llenos de lágrimas por ese motivo.

—En lo que a mí respecta, nunca me pareció que nos protegieras demasiado, me gustaba ser protegida… ¿Qué pensaba Lucienne de ti el año pasado? No éramos muy íntimas, también ella me juzgaba. Le parecíamos demasiado sentimentales, ella se hacía la dura de corazón. Por lo demás ¿qué interesa lo que pensaba ella? No es un oráculo.

Ciertamente, Colette no se sintió nunca molesta, ya que ella se conformaba espontáneamente con lo que yo esperaba de ella. Y, evidentemente, no puede pensar que es lamentable ser lo que ella es. Le pregunté si no se aburría. (Jean-Pierre es un gran tipo pero no es muy divertido.) No, estaría un tanto desbordada; es menos simple de lo que ella creía tener que atender una casa. Ya no tiene tiempo de leer y escuchar música. «Trata de hacerlo —le dije—; si no, uno termina embruteciéndose.» Le dije que hablaba con conocimiento de causa. Se rió: si yo soy tonta, ella también quiere serlo. Me quiere tiernamente, eso por lo menos no podrán quitármelo. Pero ¿la he agobiado? Ciertamente, preveía para ella una existencia totalmente distinta: más activa, más rica. La mía, a su edad, al lado de Maurice, lo era mucho más. ¿Y si se hubiera marchitado para vivir a mi sombra?

¡Cómo me gustaría verme con otros ojos que con los míos! He enseñado las tres cartas a una amiga de Colette que hace un poco de grafología. Sobre todo le interesó la caligrafía de Maurice. Dijo cosas buenas de mí; mucho menos de Noëllie. Pero los resultados estaban falseados porque ella seguramente comprendió el sentido de esta consulta.

*Domingo por la noche*

He tenido una sorpresa agradable, hace un rato, cuando Maurice me dijo: «Por supuesto, pasaremos juntos las fiestas de Fin de Año». Pienso que me ofrece una compensación por esas vacaciones de invierno a las que renuncié. Poco importa la razón. He decidido no aguarme esta alegría.

*27 de diciembre, domingo*

Más bien es la alegría la que me ha aguado. Espero que Maurice no se haya dado cuenta. Había reservado una mesa en el Club 46. Suntuoso menú, excelentes atracciones. Derrochó dinero y gentileza. Yo llevaba un bonito vestido nuevo, sonreía, pero estaba en intolerable estado de angustia. Todas esas parejas… Bien vestidas, adornadas, peinadas, maquilladas, las mujeres reían mostrando sus dientes cuidados por excelentes dentistas. Los hombres les encendían sus cigarrillos, les servían champán, cambiaban miradas y palabras tiernas. Los otros años, el lazo que unía a cada una con *su* cada uno, a cada uno con *su* cada una me parecía palpable. Yo creía en las parejas, porque creía en la nuestra. Ahora veía individuos dispuestos al azar uno enfrente del otro. De vez en cuando la vieja visión resucitaba; Maurice me parecía estar soldado a mi piel; era mi marido, como Colette mi hija, de una manera irreversible; una relación que puede olvidarse, pervertirse, pero nunca anularse. Y después, entre él y yo, ya no pasaba nada: dos extraños. Tenía ganas de gritar: todo es falso, es una comedia, es una parodia; beber champán juntos no es comulgar. Al volver a casa, Maurice me besó:

—¿Fue una bonita noche, no es cierto?

Tenía aspecto contento y relajado. Dije que sí, naturalmente. El 31 de diciembre celebramos la Nochevieja en casa de Isabelle.

*1 de enero*

No debería regocijarme por el buen humor de Maurice: la verdadera razón es que va a irse diez días con Noëllie. Pero si a costa de un sacrificio recupero su ternura y su alegría, en tanto que frecuentemente está tenso y gruñón, gano en el cambio. De nuevo éramos una pareja cuando llegamos a casa de Isabelle. Más o menos desiguales, más o menos remendados, pero, con todo, unidos, las parejas nos rodeaban. Isabelle y Charles, los Couturier, Colette y Jean-Pierre y otros. Había excelentes discos de jazz, me pasé un poco bebiendo y por primera vez desde… ¿cuánto tiempo?, me sentí alegre. La alegría: una transparencia del aire, una fluidez del tiempo, una facilidad para respirar; no pedía más. Ya no sé cómo llegué a hablar de las Salinas de Ledoux y a describirlas detalladamente. Escucharon, plantearon preguntas, pero de pronto me pregunté si no tenía aspecto de imitar a Noëllie, de

querer brillar como ella y si Maurice, una vez más, no me encontraba irrisoria. Parecía algo crispado. Tomé a Isabelle aparte:

—¿He hablado demasiado? ¿He hecho el ridículo?

—¡Claro que no, era muy interesante lo que has dicho!

Estaba abrumada por verme tan inquieta. ¿Porque no debía estarlo, o porque tenía razón? Más tarde pregunté a Maurice por qué había parecido molesto:

—¡Pero si no lo estaba!

—Lo dices como si lo estuvieras.

—Pues no.

A lo mejor es mi pregunta lo que lo irrita. Ya no sé. Ahora, siempre, por todas partes, detrás de mis palabras y mis actos hay un reverso que se me escapa.

*2 de enero*

Ayer por la noche cenamos en casa de Colette. Pobre, se había tomado mucho trabajo y nada estaba bien. La miraba con los ojos de Maurice. A su apartamento le falta encanto, es cierto. Incluso para vestirse, amueblar, casi no tiene iniciativa. Jean-Pierre es muy gentil, en adoración ante ella, un gran corazón. Pero uno no sabe de qué hablarle. No salen, tienen pocos amigos. Una vida muy opaca, muy estrecha. De nuevo me pregunté con terror: ¿es mi culpa si la brillante colegiala de quince años se ha vuelto esta joven apagada? Metamorfosis frecuente, he visto muchas parecidas: pero quizás era siempre culpa de los padres. Maurice estuvo muy alegre, muy amistoso durante toda la noche y al salir no hizo comentarios. Supongo que no por eso lo pensaba menos.

Me pareció raro que Maurice pasara todo el día de ayer en casa, y la noche conmigo en casa de Colette. Tuve una sospecha y hace un rato llamé por teléfono a casa de Noëllie: si ella hubiese contestado, habría colgado. Contestó su secretaria:

—La doctora Guérard volverá a París mañana.

¡Si seré ingenua! Noëllie se ha ido, así pues yo soy un comodín. Me ahogo de rabia. Tengo ganas de echar a Maurice, de acabar de una buena vez.

Ataqué violentamente. Me contestó que Noëllie se había ido porque él había decidido pasar estas fiestas conmigo.

—¡Claro que no!, ahora me acuerdo: siempre pasa las fiestas con su hija en casa de su marido.

—No pensaba quedarse más que cuatro días.

Me miraba con ese aspecto sincero que le cuesta tan poco.

—¡De todos modos, lo habéis combinado juntos!

—Por supuesto que le he hablado de ello. —Alzó los hombros—: Las mujeres no están contentas más que cuando lo que uno les da ha sido arrancado a la otra por violencia. Lo que cuenta no es la cosa en sí misma: es la victoria conquistada.

Lo decidieron juntos. Y es verdad que eso arruina toda la alegría que me dieron estos días. Si ella se hubiera rebelado, seguramente él habría cedido. Entonces, dependo de ella, de sus caprichos, de su grandeza de alma o de su mezquindad: de hecho, de sus intereses. Parten mañana por la noche para Courchevel. Me pregunto si mi decisión no ha sido aberrante. Él no se toma más que quince días de vacaciones en lugar de tres semanas (lo que es un sacrificio, me hizo notar, considerando su pasión por el esquí). Así pues, se queda cinco días más de lo que pensaba con Noëllie. Y yo pierdo diez días de intimidad con él. Ella tendrá todo el tiempo para embaucarlo. A la vuelta, él me dirá que todo ha terminado entre nosotros. ¡Acabé de hundirme! Me digo esto con una especie de inercia. Siento que de todos modos estoy perdida. Él me trata con miramientos, a lo mejor tiene miedo de que me liquide (lo cual está excluido, no quiero morir), pero su apego a Noëllie no disminuye.

*15 de enero*

Debería abrir una lata. O prepararme un baño. Pero entonces seguiría dando vueltas con mi pensamiento. Si escribo, me ocupo en algo, eso me permite huir. ¿Cuántas horas sin comer? ¿Cuántos días sin lavarme? He dado vacaciones a la criada, me he encerrado, han llamado al timbre en dos ocasiones, han llamado por teléfono con frecuencia, no respondo nunca, salvo a las ocho de la noche, a Maurice. Llama todos los días, puntualmente, con voz ansiosa:

—¿Qué has hecho hoy?

Contesto que voy a ver a Isabelle, Diana o Colette, que he estado en un concierto, en el cine:

—¿Y qué haces esta noche?

Digo que voy a ver a Diana o Isabelle, que iré al teatro. Insiste:

—¿Estás bien? ¿Duermes bien?

Lo tranquilizo y pregunto cómo está la nieve: nada extraordinario; y el tiempo tampoco brillante. Hay morosidad en su voz, como si ejecutara en Courchevel una obligación bastante agotadora. Y sé que tan pronto como cuelgue llegará riendo al bar en que Noëllie lo espera y beberán martinis mientras comentan con animación los incidentes del día.

Eso es lo que he querido, ¿no es cierto?

He elegido enterrarme en mi sepulcro; ya no veo el día ni la noche; cuando ando demasiado mal, cuando todo se vuelve intolerable, trago alcohol, sedantes o somníferos. Cuando va un poco mejor, tomo estimulantes y me zambullo en una novela policíaca: estoy bien abastecida. Cuando el silencio me ahoga, enciendo la

radio y me llegan de un planeta lejano voces que apenas comprendo: ese mundo tiene su tiempo, sus horas, sus leyes, su lenguaje, preocupaciones, diversiones que me son radicalmente extraños. ¡A qué grado de abandono se puede llegar cuando se está totalmente solo, encerrado! La habitación apesta a tabaco y a alcohol, hay ceniza por todas partes, estoy sucia, las sábanas están sucias, el cielo está sucio, los cristales están sucios, esta suciedad es un caparazón que me protege, no saldré de ella nunca más. Sería fácil deslizarse algo más lejos en la nada, hasta el punto sin retorno. En mi cajón tengo lo que hace falta. ¡Pero no quiero, no quiero! ¡Tengo cuarenta y cuatro años, es demasiado pronto para morir, es injusto! Ya no puedo vivir más. No quiero morir.

Durante dos semanas no he escrito nada en este cuaderno porque me he releído. Y he visto que las palabras no dicen nada. Las rabias, las pesadillas, el horror, escapan a las palabras. Pongo cosas en el papel cuando recupero fuerzas. En la desesperación o la esperanza. Pero la decepción, el embrutecimiento, la descomposición no están anotadas en estas páginas. Y además ¡mienten tanto, se equivocan tanto! ¡Cómo he sido manipulada! Despacio, despacio, Maurice me llevó a decirle: «¡Elige!», a fin de contestarme: «No renunciaré a Noëllie…». ¡Oh!, no voy a volver a comentar esta historia. No hay ni una línea de este diario que no requiera una corrección o un desmentido. Por ejemplo, si lo empecé, en las Salinas, no es a causa de una juventud repentinamente recuperada ni para poblar mi soledad, sino para conjurar una cierta ansiedad que no se confesaba. Estaba oculta en el fondo del silencio y del calor de esa inquietante siesta, ligada a las morosidades de Maurice y a su partida. Sí, a todo lo largo de estas páginas yo pensaba lo que escribía y pensaba lo contrario; y al releerlas me siento completamente perdida. Hay frases que me hacen ruborizar de vergüenza… «Siempre quise la verdad, si la obtuve es porque la quería.» ¡Puede alguien engañarse hasta ese punto respecto a su vida! ¿Todo el mundo es tan ciego o soy una tonta entre las tontas? No solamente una tonta. Yo me mentía. ¡Cómo me he mentido! Me relataba que Noëllie no contaba para nada, que Maurice me prefería y sabía perfectamente que era falso. Volví a tomar la pluma no para volver hacia atrás, sino porque el vacío era tan inmenso en mí, a mi alrededor, que era preciso este gesto de mi mano para asegurarme de que aún estaba viva.

A veces me asomo a esta ventana desde donde le vi partir, un sábado por la mañana, hace una eternidad. Yo me decía: «No volverá». Pero no estaba segura de ello. Era la intuición fulgurante de lo que ocurriría más tarde, de lo que ha ocurrido. No ha vuelto. No él: y un día no habrá ni siquiera su simulacro a mi lado. El coche está ahí, estacionado contra la acera, lo ha dejado. Significaba su presencia y mirarlo me animaba. No indica más que su ausencia. Se ha marchado. Se habrá marchado para siempre. No viviré sin él. Pero no quiero matarme. ¿Entonces?

¿Por qué? Me golpeo la cabeza contra las paredes de esta trampa. ¡No he amado durante veinte años a un canalla! ¡No soy, sin saberlo, una imbécil o una fiera! Era

real ese amor entre nosotros, era sólido: tan indestructible como la verdad. Únicamente que había ese tiempo que pasaba y yo no lo sabía. El río del tiempo, las erosiones debidas a las aguas de los ríos: eso es, ha habido erosión de su amor por las aguas del tiempo. Pero entonces, ¿por qué no del mío?

Saqué del armario las cajas donde guardamos nuestras viejas cartas. Todas las frases de Maurice que sé de memoria tienen por lo menos diez años. Es como los recuerdos. Hay que creer entonces que el amor apasionado entre nosotros (por lo menos de él hacia mí) no duró más que diez años, cuyo recuerdo ha repercutido durante los otros diez años, dando a las cosas una resonancia que verdaderamente no tenían. Sin embargo, él tenía las mismas sonrisas, las mismas miradas durante estos últimos años. (¡Oh, si solamente recuperara esas miradas y esas sonrisas!) Las cartas más recientes son divertidas y tiernas, pero destinadas a sus hijas casi tanto como a mí. De vez en cuando, una frase cálida contrasta con el tono habitual: pero tienen algo de forzado. Mis cartas…, las lágrimas me cegaron cuando quise releerlas.

Las he releído y me queda un sentimiento de desasosiego. Al principio, son acordes con las de Maurice, ardientes y alegres. Más tarde suenan curiosamente, vagamente quejosas, casi recriminatorias. Afirmo con demasiada exaltación que nos amamos como el primer día, exijo que él me tranquilice al respecto, planteo preguntas que dictan las respuestas: ¿cómo pude contentarme con ellas, sabiendo que se las había arrancado? Pero no me daba cuenta, olvidaba. He olvidado muchas cosas. ¿Qué ha sido de esa carta que él me mandó y que yo le dije haber quemado después de nuestra conversación por teléfono? Sólo me acuerdo vagamente; estaba en Mougins con las niñas, él acababa de preparar un examen, le reproché no escribirme lo bastante, me contestó duramente. Muy duramente. Me lancé sobre el teléfono, trastornada; pidió disculpas, me suplicó que quemara su carta. ¿Hay otros episodios que yo haya enterrado? Me imaginaba haber obrado siempre de buena fe. Es horrible pensar que mi propia historia ya no es tras de mí otra cosa que tinieblas.

*Dos días después*

¡Pobre Colette! Me había esforzado en hablarle por teléfono dos veces, con voz alegre, para que no se inquietara. Pero así y todo la sorprendió que no fuera a verla, que no le pidiera venir. Llamó al timbre y golpeó con tanta violencia que tuve que abrirle. Tuvo un aspecto tan estupefacto que me vi en sus ojos. Vi el apartamento y quedé estupefacta también. Me forzó a asearme y a hacer una maleta e ir a instalarme en su casa. La criada pondrá todo en orden. En cuanto Jean-Pierre se marcha, me aferro a Colette, la abrumo a preguntas. ¿Discutíamos mucho, su padre y yo? Durante un cierto período, sí, eso la aterró justamente porque hasta ese momento nosotros nos

entendíamos tan bien. Pero a continuación ya nunca más hubo escenas, por lo menos en su presencia.

—De todos modos, ¿ya no era como antes?

Dice que ella era demasiado joven para darse cuenta bien. No me ayuda. Podría darme la clave de esta historia si hiciera un esfuerzo. Me parece sentir reticencia en su voz: como si también ella tuviera segundas intenciones. ¿Cuáles? ¿Yo me había vuelto muy desagradable? ¿Verdaderamente demasiado desagradable? En este momento lo soy, sí: demacrada, los cabellos lacios, el cutis ensombrecido. ¿Pero hace ocho años? Eso no me atrevo a preguntárselo.

¿O soy tonta? ¿O por lo menos no lo bastante brillante para Maurice? Terribles preguntas cuando no se tiene la costumbre de interrogarse sobre sí mismo.

*19 de enero*

¿Debo creerlo? ¿Seré recompensada por este esfuerzo de dejar a Maurice libre, de no aferrarme a él? Por primera vez después de semanas, he dormido sin pesadillas esta noche y algo se ha roto en mi garganta. La esperanza.

Frágil todavía, pero ahí estaba. Fui a la peluquería, al instituto de belleza, estaba bien arreglada, la casa reluciente, incluso había comprado flores cuando Maurice volvió. Sin embargo, su primera frase fue:

—¡Qué aspecto tienes!

Es verdad que he adelgazado cuatro kilos. Había hecho jurar a Colette no decirle en qué estado me había encontrado, pero estoy casi segura de que ella se lo ha dicho. ¡En fin!, quizá no ha estado equivocada.

Él me tomó entre sus brazos.

—¡Mi pobre querida!

—Todo va muy bien —le dije.

(Había tomado Librium, quería estar sosegada.) Y para mi estupor, vi lágrimas en sus ojos.

—¡Me he portado como un canalla!

Dije:

—No es una canallada amar a otra mujer. No puedes evitarlo.

Dijo alzando los hombros:

—¿La quiero?

Desde hace dos días me alimento de esta frase. Han pasado dos semanas juntos en el ocio y la belleza de la montaña, y él vuelve diciendo: «¿La quiero?». Es una partida que no me hubiera atrevido a jugar a sangre fría; pero mi desesperación me favoreció. Esa larga conversación ha comenzado a desgastar su pasión. Repitió: «¡No quería eso! No quería hacerte desdichada». Ése es un clisé que me conmueve poco. Si él no hubiera tenido más que un impulso de piedad, yo no habría vuelto a tener

esperanza. Pero preguntó en voz alta delante de mí: «¿La quiero?». Y me digo que quizás es el comienzo de la descristalización que va a separarlo de Noëllie y devolvérmelo.

*23 de enero*

Ha pasado todas las noches en casa. Ha comprado nuevos discos y los hemos escuchado. Me ha prometido que para fines de febrero haríamos un viajecito por el sur.

La gente simpatiza más a gusto con la desgracia que con la felicidad. Dije a Marie Lambert que en Courchevel Noëllie se había desenmascarado y que Maurice, sin duda, estaba volviendo a mí definitivamente.

Dijo con desgana:

—Si es definitivo, tanto mejor.

Finalmente no me dio ningún consejo valedero. Estoy segura de que hablan de mí a mis espaldas. Tienen sus ideas sobre mi historia. No me las confían. Dije a Isabelle:

—Tuviste razón al impedirme crear lo irreparable. En el fondo, Maurice nunca ha dejado de amarme.

—Supongo —me respondió con un tono más bien dubitativo.

Reaccioné vivamente.

—¿Supones? ¿Piensas que ya no me ama? Afirmabas siempre lo contrario…

—No opino nada preciso. Tengo la impresión de que él mismo no sabe lo que quiere.

—¿Qué? ¿Has sabido algo nuevo?

—En absoluto.

No veo qué es lo que habría sabido. Simplemente, tiene espíritu de contradicción: me reconfortaba cuando yo dudaba; introduce dudas cuando me vuelve la confianza.

*24 de enero*

Tendría que haber colgado, haber dicho: «No está aquí»; o incluso no responder nada. ¡Qué desfachatez! ¡Y ese rostro trastornado de Maurice! Hablarle con firmeza dentro de un rato, cuando vuelva. Miraba los periódicos a mi lado cuando llamaron por teléfono: Noëllie. Es la primera vez: una vez es demasiado. Muy educada:

—Quisiera hablar con Maurice.

Estúpidamente, le pasé el auricular. Hablaba apenas, tenía aspecto terriblemente fastidiado. Repitió muchas veces: «No, es imposible». Y terminó diciendo: «Bueno. Voy a ir». En cuanto hubo cortado grité:

—¡No irás! Atreverse a buscarte aquí.

—Escucha. Nos habíamos peleado violentamente. Ella está desesperada porque no he dado señales de vida.

—Yo también he estado desesperada a menudo y jamás te llamé a casa de Noëllie.

—¡Te lo suplico, no me hagas las cosas demasiado difíciles! Noëllie es capaz de matarse.

—¡Vamos!

—No la conoces.

Caminaba de un lado para otro, dio un puntapié a un sillón y comprendí que, de todas maneras, iría. Durante días nos habíamos entendido tan bien que de nuevo fui cobarde. Dije: «Vete». Pero tan pronto como vuelva, le hablaré. Nada de escenas. Pero no quiero ser tratada como un trapo.

*25 de enero*

Estoy destrozada. Me telefoneó para decirme que pasaba la noche en casa de Noëllie, que no *podía* dejarla en el estado en que ella se encontraba. Protesté, colgó, volvió a llamar, dejé sonar mucho tiempo y entonces descolgaron. Me faltó poco para saltar a un taxi e ir a llamar al timbre a casa de Noëllie. No me atreví a afrontar el rostro de Maurice. Salí, caminé en el frío de la noche, sin ver nada, sin detenerme, hasta el agotamiento. Un taxi me trajo de vuelta y me derrumbé vestida en el diván del salón. Maurice me despertó:

—¿Por qué no te has acostado? —Había reprobación en su voz. Horrible escena. Dije que había pasado esos días conmigo porque se había peleado con Noëllie, al primer silbido, él acudía, yo ya podía reventar de dolor.

—¡Eres injusta! —me dijo con indignación—. Si quieres saberlo, es a causa de ti que discutimos.

—¿De mí?

—Ella quería que prolongara nuestra estancia en la montaña.

—Di más bien que quería que terminaras conmigo.

Lloré, lloré.

—Sabes que terminarás por dejarme.

—No.

*30 de enero*

¿Qué pasa? ¿Qué saben ellos? Ya no son los mismos conmigo. Isabelle anteayer… Estuve agresiva con ella. Le reproché haberme dado malos consejos. Desde el primer día cedí todo, aguanté todo. Resultado: Maurice y Noëllie me tratan como a un trapo.

Se defendió un poco: no sabía al principio que se tratara de una relación ya antigua. Dije:

—Y no querías admitir que Maurice es un canalla.

Protestó:

—No. ¡Maurice no es un canalla! Es un hombre entre dos mujeres: en un caso así nadie es brillante.

—No debió meterse en esta situación.

—Sucede en los mejores casos.

Ella es indulgente con Maurice porque ha aceptado muchas cosas de Charles. Pero entre ellos era una historia totalmente diferente.

—Ya no creo que Maurice sea un buen tipo —dije—. Descubro que tiene pequeñeces. Lo herí en su voluntad al no maravillarme ante sus éxitos.

—En eso eres injusta —me dijo con una especie de severidad—. Si a un hombre le gusta hablar de su trabajo, no es vanidad. Siempre me sorprendió que te preocuparas tan poco del de Maurice.

—No tengo nada interesante que decirle.

—No. Pero seguramente él hubiera querido ponerte al corriente de sus dificultades, de sus descubrimientos.

Me vino una sospecha:

—¿Le has visto? ¿Te ha hablado? ¿Te ha convencido?

—¡Tú sueñas!

—Me sorprende que te pongas de su parte. Si es un buen tipo, entonces yo soy quien tiene toda la culpa.

—Claro que no; la gente puede no entenderse sin que nadie tenga la culpa.

Ella me hablaba en otro tono, antes. ¿Qué palabras tiene en la punta de la lengua, que no me dice?

Volví descorazonada. ¡Qué recaída! Prácticamente, pasa todo su tiempo con Noëllie. Durante los escasos momentos que me concede, evita las conversaciones: me lleva al restaurante o al teatro. Tiene razón; es menos penoso que reencontrarnos en lo que ha sido nuestro hogar.

Colette y Jean-Pierre son verdaderamente amables. Se ocupan mucho de mí. Me llevaron a cenar a un restaurante pintoresco de Saint-Germaine-des-Prés donde ponían excelentes discos; sonó un blues que he escuchado a menudo con Maurice y comprendí todo mi pasado, toda mi vida, que iba a serme suprimida, que ya había perdido. Bruscamente, me desvanecí, antes de haber, parece, lanzado un grito. Volví en mí casi enseguida. Pero Colette estaba consternada. Se encolerizó:

—No quiero que te arruines de esta manera. Teniendo en cuenta el modo como papá se comporta contigo, deberías mandarlo a paseo. Que se vaya a vivir con esa mujer, estarás mucho más tranquila.

Hace solamente un mes no me habría dado ese consejo.

El hecho es que, si fuese buena perdedora, diría a Maurice que se fuera. Pero mi última oportunidad es que Noëllie por un lado se ponga nerviosa, haga escenas, se muestre tal como es. Y también que mi buena voluntad conmueva a Maurice. Y después, incluso si su presencia es poco frecuente, aquí queda de todas maneras su hogar. No vivo en un desierto. Debilidad, lasitud; pero no tengo razón para maltratarme, intento sobrevivir.

Miro mi estatuilla egipcia: está bien pegada. La habíamos comprado juntos. Estaba toda penetrada de ternura, de azul del cielo. Ahí está desnuda, desolada; la tomo en mis manos y lloro. Ya no puedo ponerme el collar que Maurice me había regalado cuando cumplí cuarenta años. A mi alrededor, todos los objetos, todos los muebles han sido raspados por un ácido. No queda otra cosa que una especie de esqueleto, lastimoso.

*31 de enero*

Pierdo los estribos. Caigo más abajo, siempre más bajo. Maurice es gentil, solícito. Pero oculta mal su alegría de haber reencontrado a Noëllie. Ya no diría: «¿La quiero?». Ayer, yo cenaba con Isabelle y me derrumbé sobre su hombro sollozando. Afortunadamente estaba en un bar muy oscuro. Dijo que abuso de los excitantes y de los tranquilizantes, que me trastorno. (Es verdad que me trastorno. He vuelto a sangrar esta mañana, quince días antes de lo que hubiera debido.) Marie Lambert me aconseja ver a un psiquiatra: no un psicoanálisis, sino un tratamiento de apoyo. Pero, ¿qué podrá hacer por mí?

*2 de febrero*

En otros tiempos, tenía carácter, habría echado a Diana, pero no soy más que un trapo. ¿Cómo he podido frecuentarla? Ella me entretenía, y en esa época nada tenía importancia.

—¡Oh, cómo ha adelgazado! ¡Qué aspecto tan fatigado tiene usted!

Ella venía por curiosidad, por maldad, lo sentí enseguida. Hubiera sido preciso no recibirla. Se puso a parlotear, yo no escuchaba. Bruscamente atacó:

—Me causa demasiada pena verla en este estado. Reaccione, cambie de ideas; por ejemplo: salga de viaje. Si no, tendrá una depresión nerviosa.

—Estoy muy bien.

—¡Vamos, vamos!, no se haga mala sangre. Créame, llega un momento en el que es necesario saber retirarse.

Puso cara de duda.

—Nadie se atreve a decirle la verdad; yo encuentro que a menudo querer andar con demasiadas contemplaciones, a la gente no le hace más que daño. Es necesario que usted se convenza de que Maurice ama a Noëllie: es muy serio.

—¿Noëllie le ha dicho eso?

—No solamente Noëllie. Amigos que los han visto con frecuencia, en Courchevel. Parecían completamente decididos a organizar su vida juntos.

Intenté adoptar un aspecto desenvuelto.

—Maurice le miente a Noëllie tanto como a mí.

Diana me miró con conmiseración.

—En todo caso, la habré prevenido. Noëllie no es el tipo de chica que se deje embaucar. Si Maurice no le da lo que ella quiere, lo dejará. Y evidentemente él lo sabe. Me asombraría que no actuara en consecuencia.

Se fue casi enseguida. La estoy oyendo. «¡Esa pobre Monique! ¡La cabeza que tiene! Se hace todavía ilusiones.» La zorra. Evidentemente, él ama a Noëllie; no me torturaría porque sí.

*3 de febrero*

No debería hacer preguntas. Son cables que le echo y él se agarra enseguida. Pregunté a Maurice.

—¿Es verdad lo que cuenta Noëllie, que has decidido vivir con ella?

—Ella seguramente no cuenta eso, porque no es verdad.

Dudó.

—Lo que yo querría (no le he hablado de ello, te concierne a ti) es vivir solo durante algún tiempo. Entre nosotros hay una tensión que desaparecerá si dejamos (provisionalmente, claro) de vivir juntos.

—¿Quieres dejarme?

—Claro que no. Nos veríamos tanto como ahora.

—¡No quiero!

Grité. Me cogió por los hombros.

—¡Basta! ¡Basta! —me dijo con dulzura—. Era una idea en el aire. Si te es tan penosa, renuncio a ella.

Noëllie quiere que él me deje, insiste, hace escenas: estoy segura de ello. Ella es quien lo incita. No cederé.

*6 de febrero, luego sin fecha*

¡Qué valentía inútil para las cosas más simples, cuando se ha perdido el gusto de vivir! Por la noche, preparo la tetera, la taza, el hervidor, dispongo cada cosa en su

lugar para que por la mañana la vida prosiga con el menor esfuerzo posible. Y así y todo es casi insuperable salir de entre las sábanas, comenzar el día. Hago venir a la criada al mediodía para poder quedarme en la cama todo lo que quiero por la mañana. A veces me levanto justo cuando Maurice vuelve a la una para almorzar. O si no vuelve, justo cuando la señora Dormoy hace girar la llave en la cerradura. Maurice frunce el ceño cuando lo recibo a la una, en salto de cama, despeinada. Piensa que le hago la comedia de la desesperación. O que, al menos, no hago el esfuerzo necesario para «vivir correctamente» la situación. Él también me da la lata.

—Deberías ver a un psiquiatra.

Continúo sangrando. ¡Si mi vida pudiera escaparse de mí sin que tenga que hacer el menor esfuerzo para eso!

Debe de haber una verdad. Debería tomar el avión para Nueva York e ir a preguntar a Lucienne la verdad. Ella no me quiere: me la dirá. Entonces borraría todo lo que está mal, todo lo que me perjudica, volvería a poner las cosas en su sitio entre Maurice y yo.

Ayer por la noche, cuando Maurice volvió, estaba sentada en el salón, en la oscuridad, en bata. Era domingo, me levanté al promediar la tarde; comí jamón y bebí coñac. Y después me quedé sentada, para seguir unos pensamientos que daban vueltas a mi cabeza. Antes de su llegada, tomé tranquilizantes, y volví a sentarme en el sillón, sin siquiera ocurrírseme encender la luz.

—¿Qué haces? ¿Por qué no enciendes la luz?

—¿Para qué?

Me sorprendió, afectuosamente pero con un fondo de irritación. ¿Por qué no veo a mis amigos? ¿Por qué no he ido al cine? Me citó cinco películas para ver. Es imposible. Hubo un tiempo en el que podía ir al cine, incluso al teatro, sola. Es que no estaba sola. Estaba su presencia en mí y alrededor de mí. Ahora, cuando estoy sola, me digo: «Estoy sola». Y tengo miedo.

—No puedes continuar así —me dijo.

—¿Continuar qué?

—Sin comer, sin vestirte, enterrándote en este apartamento.

—¿Por qué no?

—Te pondrás enferma. O chiflada. No puedo ayudarte, porque yo soy la causa. Pero te lo suplico, que te vea un psiquiatra.

Dije que no. Insistió. Al final se impacientó.

—¿Cómo quieres salir de esto? No haces nada.

—¿Salir de qué?

—De este marasmo. Se diría que te hundes a propósito.

Se encerró en su escritorio. Piensa que le hago una especie de chantaje, para aterrarlo y evitar que me deje. Quizá tenga razón. ¿Es que sé quién soy? Quizás una especie de sanguijuela que se alimenta de la vida de los otros: la de Maurice, la de nuestras hijas, la de todos esos pobres «perros falderos» a los que pretendía ayudar.

Una egoísta que rehúsa soltar la presa; bebo, me abandono, me hago la enferma con la intención inconfesada de enternecerlo. Enteramente engañada, podrida hasta los huesos, haciendo comedias, explotando su lástima. Debería decirle que viva con Noëllie, que sea feliz sin mí. No lo logro.

La otra noche, en sueños, tenía un vestido azul cielo y el cielo era azul.

Esas sonrisas, esas miradas, esas palabras, no pueden haber desaparecido. Flotan en el apartamento. Las palabras a menudo las escucho. Una voz dice en mi oído, muy claramente: «Mi pequeña, mi querida, mi querida…». Las miradas, las sonrisas, habría que atraparlas al vuelo, tomarlas por sorpresa sobre el rostro de Maurice, y entonces todo sería como antes.

Continúo sangrando. Tengo miedo.

«Cuando se está tan bajo no se puede más que subir», dice Marie Lambert. ¡Qué estupidez! Siempre se puede descender más bajo, y todavía más, y todavía más bajo. Es sin fondo. Dice eso para desembarazarse de mí. Está harta de mí. Todos están hartos. Las tragedias están bien un momento, uno se interesa, uno tiene curiosidad, se siente bueno. Y después se repite, se atasca, se vuelve fastidioso; es tan fastidioso, incluso para mí. Isabelle, Diana, Colette, Marie Lambert, ya están hasta la coronilla; y Maurice…

Un hombre había perdido su sombra. No sé ya lo que le pasaba, pero era terrible. Yo he perdido mi imagen. No la miraba a menudo, pero, en el fondo estaba allí, tal como Maurice la había pintado para mí. Una mujer directa, verdadera, «auténtica», sin mezquindad ni compromiso pero comprensiva, indulgente, sensible, profunda, atenta a las cosas y a la gente, apasionadamente entregada a los seres que amaba y creando para ellos la felicidad. Una hermosa vida, serena y plena, «armoniosa». Está oscuro, ya no veo. ¿Y qué ven los otros? Quizás algo horrible.

Hay conciliábulos a mis espaldas. Entre Colette y su padre, Isabelle y Marie Lambert, Isabelle y Maurice.

*20 de febrero*

He terminado por doblegarme a ellos. Tenía miedo de mi sangre que huía. Miedo del silencio. Había tomado la costumbre de telefonear a Isabelle tres veces por día, a

Colette en medio de la noche. Entonces ahora yo pago a alguien para que me escuche, es para morirse de risa.

Insistió en que volviera a escribir este diario. Comprendo bien su truco: intenta devolverme el interés por mí misma, restituirme mi identidad. Pero para mí nada más que Maurice cuenta. Yo, ¿qué es eso? Nunca me he preocupado mucho de mí. Estaba garantizada, puesto que me amaba. Si ya no me ama… Únicamente el paso me preocupa: ¿por qué he merecido que ya no me ame? O no lo he merecido, es un canalla, ¿y no habría que castigarlo y con él a su cómplice? El doctor Marquet toma las cosas por el otro lado: mi padre, mi madre, la muerte de mi padre; quiere que le hable de mí, y yo sólo quiero hablarle de Maurice y de Noëllie. Sin embargo, le pregunté si me encontraba inteligente. Sí, ciertamente, pero la inteligencia no es una facultad separada; cuando doy vueltas con mis obsesiones mi inteligencia ya no está disponible.

Maurice me trata con esa mezcla de delicadeza y de sorda irritación que se tiene con respecto a los enfermos. Es paciente, paciente hasta darme ganas de gritar. Lo que a veces hago. Volverme loca: eso sería una buena manera de desligarme. Pero Marquet me asegura que eso no me amenaza, estoy sólidamente estructurada. Incluso con el alcohol y las drogas, no me extravié nunca demasiado. Es una salida que se me ha cerrado.

*23 de febrero*

La hemorragia se ha detenido. Y logro comer un poco. La señora Dormoy resplandecía, ayer, porque me había tragado todo su suflé de queso. Me conmueve. Durante esta larga pesadilla de la que emerjo apenas, nadie ha sido más acogedor que ella. Cada noche encontraba sobre mi almohada un camisón bien planchado. Entonces, a veces, en lugar de acostarme completamente vestida, me ponía el camisón que por su blancura me obligaba a higienizarme. Ella me decía por la tarde: «Le he preparado un baño» y yo lo tomaba. Inventaba platos apetitosos. Sin nunca un comentario ni una pregunta. Y yo tenía vergüenza, tenía vergüenza de dejarme llevar siendo como soy rica y ella no teniendo nada.

«Colabore», pide el doctor Marquet. Quiero, quiero intentar reencontrarme. Me he plantado frente al espejo: ¡qué fea estoy!, ¡qué desagradable es mi cuerpo!, ¿desde cuándo? En mis fotos de hacía dos años, me encuentro agradable. En las del año pasado no tengo aspecto tan desmejorado, pero son fotos de principiantes. ¿Es la desdicha de estos cinco meses que me ha cambiado? ¿O he empezado a venirme abajo desde hace mucho tiempo?

Escribí a Lucienne, hace una semana. Me respondió con una carta muy afectuosa. Está desolada por lo que me ocurre, no pediría nada mejor que hablar de ello conmigo, a pesar de que no tenga nada especial que decirme. Sugiere que vaya a

verla a Nueva York, podría arreglarse para pasar allí dos semanas, charlaríamos y eso además me distraería. Pero no quiero partir ahora. Quiero luchar en mi lugar.

Cuando pienso que decía: «¡No lucharé!».

*26 de febrero*

He obedecido al psiquiatra, he aceptado el trabajo. Voy a la sala de periódicos de la Nationale a expurgar viejas revistas médicas por cuenta de un tipo que escribe sobre la historia de la medicina. No sé en qué puede resolver esto mis problemas. Cuando tengo listas dos o tres fichas por día, no experimento ninguna satisfacción.

*3 de marzo*

¡Aquí estamos! Se me ha enviado al psiquiatra, se me ha hecho recuperar fuerzas antes de asestarme el golpe definitivo. Es como esos médicos nazis que reanimaban a las víctimas para que se volviera a torturarlas. Le grité: «¡Nazi! ¡Torturador!». Tenía un aspecto agobiado. Verdaderamente, era él la víctima. Llegó hasta decirme:

—¡Monique, ten algo de piedad de mí!

Me explicó de nuevo con mil precauciones que la convivencia no nos servía de nada, que él no iría a instalarse en casa de Noëllie, no, pero que tomaría un apartamento para él. Eso no nos impediría vernos, incluso pasar una parte de las vacaciones juntos. Dije que no, le insulté. Esta vez no dijo que abandonaría su idea.

¡Qué cuento chino la ergoterapia! He abandonado ese trabajo idiota.

Pienso en el cuento de Poe: los muros de hierro que se acercan, y el péndulo en forma de cuchillo que oscila por encima de mi corazón. En ciertos momentos se detiene, pero jamás se eleva. No está más que a algunos centímetros de mi piel.

*5 de marzo*

Le he contado al psiquiatra nuestra última escena. Me dijo: «Si tiene coraje para ello, convendrá seguramente más que, durante algún tiempo al menos, usted se aleje de su marido». ¿Es que Maurice le pagó para que me dijera eso? Lo miré bien de frente.

—Es curioso que no me lo haya dicho antes.

—Esperaba que la idea viniera de usted.

—No viene de mí, viene de mi marido.

—Sí. Pero, a pesar de todo, usted me ha hablado de ello.

Y después comenzó a embrollarme con historias de personalidad perdida y reencontrada, de distancia a tomar, de retorno a sí mismo. Cuentos.

*8 de marzo*

El psiquiatra acabó de desmoralizarme. No tengo fuerzas, no intento luchar. Maurice está buscando un apartamento amueblado: tiene varios en perspectiva. Esta vez ni siquiera he protestado. No obstante, nuestra conversación fue horrible. Dije sin cólera, completamente abatida, vacía:

—Mejor habrías hecho advirtiéndome desde tu regreso, o aún en Mougins, que habías decidido dejarme.

—Para empezar, no te dejo.

—Juegas con las palabras.

—Segundo, no había decidido nada.

Una niebla pasó ante mi vista.

—¿Quieres decir que me has puesto a prueba durante seis meses y que he malgastado mi oportunidad? Es abominable.

—Claro que no. Se trata de mí. Esperaba arreglármelas entre Noëllie y tú. Me vuelvo loco. Ya ni siquiera logro trabajar.

—Es Noëllie quien exige que te vayas.

—Ella no soporta mejor que tú la situación.

—¿Si yo la hubiera soportado mejor, te quedarías?

—Pero no podías. Incluso tu gentileza, tu silencio me devastan.

—Me dejas porque sufres demasiado por la lástima que te inspiro.

—¡Oh, te lo ruego, compréndeme! —dijo con una voz implorante.

—Comprendo —repliqué.

Tal vez no mentía. Quizá no estaba decidido, este verano; en frío, incluso debía parecerle atroz la idea de destrozarme el corazón. Pero Noëllie lo acosó. ¿Acaso lo ha amenazado con romper? Entonces, finalmente, él me tira por la borda.

Repetí:

—Comprendo, Noëllie te pone entre la espada y la pared. Me dejas o ella te planta. ¡Y bien! Es francamente soez. Hubiera podido aceptar que me guardaras un pequeño hueco en tu vida.

—Pero si te guardo uno, uno grande.

Titubeaba: ¿negar o reconocer que cedía a Noëllie? Lo provoqué.

—Nunca hubiera creído que cederías a un chantaje.

—No hay ni maniobra ni chantaje. Tengo necesidad de un poco de soledad y de silencio, tengo necesidad de un sitio para mí: verás como todo irá mejor entre nosotros.

Había elegido la versión que le parecía debía hacerme menos daño. ¿Era verdadera? No lo sabré nunca. Lo que sé en compensación es que dentro de uno o dos años, cuando me haya habituado, vivirá con Noëllie. ¿Dónde estaré? ¿En un asilo? Me da lo mismo. Todo me da lo mismo…

Él insiste (y también Colette e Isabelle, y lo han tramado juntos, y quizá sugerido a Lucienne su invitación) para que vaya a pasar dos semanas a Nueva York. Me será menos penoso si se muda en mi ausencia, me explican. El hecho es que cuando le vea vaciar sus armarios, no me salvaré de una crisis de nervios. Bueno. Cedo una vez más. Lucienne me ayudará quizás a comprenderme, aunque ya no tenga ninguna importancia, por hoy.

*15 de marzo. Nueva York*

No puedo por menos que esperar el telegrama, la llamada telefónica de Maurice que me anuncie: «He roto con Noëllie»; o simplemente: «Cambié de opinión. Me quedo en casa». Y por supuesto, no llega.

¡Pensar que habría sido tan feliz al ver esta ciudad! Y es como si estuviera ciega.

Maurice y Colette me llevaron al aeropuerto, estaba atiborrada de tranquilizantes. Lucienne se haría cargo de mí al llegar: un equipaje que no cambia de depósito, una inválida, o una retrasada. Dormí, no pensé en nada y aterricé en la niebla. ¡Qué elegante se ha vuelto Lucienne! Ya no es una jovencita: una mujer, muy segura de sí. (Ella que detestaba a los adultos. Cuando le decía: «Reconoce que tengo razón», se enfurecía: «Te equivocas en tener razón».) Me condujo en coche a un bonito apartamento que una amiga le ha prestado por dos semanas, en la calle Cincuenta. Y mientras deshacíamos mis maletas yo pensaba: «La forzaré a explicarme todo. Sabré por qué fui condenada. Será menos insoportable que la ignorancia». Me dijo:

—Te queda muy bien haber adelgazado.

—¿Estaba demasiado gorda?

—Un poco. Estás mejor.

Su voz medida me intimidaba. Aun así, por la noche traté de hablarle. (Tomábamos unos martinis en un bar ruidoso donde hacía un calor terrible.)

—Nos has visto vivir —le dije—. Eras muy crítica respecto a mí. No tengas miedo de herirme. Trata de explicarme por qué tu padre ha dejado de quererme.

—Pero mamá, al cabo de quince años de matrimonio, es normal que uno deje de querer a su mujer. ¡Lo contrario sería lo sorprendente!

—Hay gente que se quiere toda la vida.

—Aparentan.

—Escucha, no me respondas como los otros, con generalidades. Es normal, es natural: no me satisface. Seguramente he cometido errores. ¿Cuáles?

—Has cometido el error de creer que las historias de amor duraban. Yo ya lo he comprendido; en cuanto empiezo a apegarme a un tipo, me busco otro.

—¡Entonces no amarás nunca!

—Seguramente, no. Ya ves a donde lleva.

—¡Para qué vivir si uno no ama a nadie!

No puedo desear no haber amado a Maurice, ni siquiera hoy no amarle más: querría que me amara.

En los días siguientes insistí:

—Sin embargo, mira a Isabelle, mira a Diana, y a los Couturier: hay matrimonios que duran.

—Es una cuestión estadística. Cuando apuestas al amor conyugal, te adjudicas una oportunidad de quedarte plantada a los cuarenta años, con las manos vacías. Sacaste un número malo; no eres la única.

—No atravesé el océano para que me digas banalidades.

—Tiene tan poco que ver con una banalidad que no habías pensado en eso nunca y que ni siquiera quieres creerlo.

—¡Las estadísticas no explican lo que me sucede a mí!

Alza los hombros, desvía la conversación, me lleva al teatro, al cine, me muestra la ciudad. Pero yo me encarnizo:

—¿Tenías la impresión de que yo no comprendía a tu padre, que no estaba a su altura?

—A los quince años, seguro, como todas las jovencitas enamoradas de su padre.

—¿Qué pensabas, exactamente?

—Que no lo admirabas lo suficiente; para mí era una especie de superhombre.

—Seguramente estuve equivocada al no interesarme más en sus trabajos. ¿Crees que me guardaba rencor?

—¿Por eso?

—Por eso o por otra cosa.

—No, que yo sepa.

—¿Disputábamos mucho?

—No. No en mi presencia.

—En 1955, a pesar de todo; Colette se acuerda…

—Porque ella estaba siempre entre tus faldas. Y era mayor que yo.

—¿Entonces, por qué causa supones que tu padre me deja?

—A menudo los hombres, a una edad así, tienen ganas de empezar una vida nueva. Se imaginan que será nueva toda la vida.

Verdaderamente, no saco nada de Lucienne. ¿Piensa tan mal de mí que le es imposible decírmelo?

*16 de marzo*

—Rehúsas hablarme de mí: ¿piensas tan mal?

—¡Qué idea!

—Machaco, es verdad. Quiero ver claro en mi pasado.

—El porvenir es lo que cuenta. Búscate un tipo. O consíguete una ocupación.

—No. Necesito a tu padre.

—Volverá a ti, quizá.

—Sabes perfectamente que no.

Hemos tenido diez veces esta conversación. A ella también la aburro, la harto. Tal vez si la llevara al límite terminaría por ceder y hablar. Pero es de una paciencia que me descorazona. Quién sabe si ellos no le han escrito para exponerle mi caso y exhortarla a soportarme.

¡Dios mío!, es algo tan liso una vida, es nítido, cuando todo va bien se desliza fácilmente. Y basta con un tropiezo. Se descubre que es opaca, que no se sabe nada de nadie, ni de sí mismo ni de los otros: lo que son, lo que piensan, lo que hacen, cómo nos ven.

Le pregunté cómo juzgaba a su padre.

—¡Oh, yo no juzgo a nadie!

—¿No te parece que se ha comportado como un canalla?

—Francamente, no. Seguramente se hace ilusiones respecto a esta tipa. Es un ingenuo. Pero no un cochino.

—¿Piensas que tiene derecho a sacrificarme?

—Evidentemente, es duro para ti. ¿Pero por qué debería sacrificarse él? En cuanto a mí, sé bien que no me sacrificaría por nadie.

Lo dijo como una especie de fanfarronada. ¿Es tan dura como quiere aparentar? Me lo pregunto. Me parece mucho menos segura de sí misma de lo que pensé en un primer momento. Ayer la interrogué sobre ella:

—Escucha, querría que fueras sincera conmigo, tengo necesidad de ello (tu padre me ha mentido tanto). ¿Es por mí que has venido a Norteamérica?

—¡Qué idea!

—Tu padre está convencido. Me lo reprocha enormemente. Sé que yo te agobiaba. Te he agobiado desde siempre.

—Más vale, digamos, que no estoy dotada para la vida de familia.

—Era mi presencia lo que no soportabas. Te marchaste para liberarte de mí.

—No exageremos; tú no me oprimías. No: solamente quise saber si podía volar con mis propias alas.

—Ahora lo sabes.

—Sí, sé que puedo.

—¿Eres feliz?

Dijo con un tono agresivo:

—Mi vida me conviene perfectamente.

Trabajo, salidas, encuentros fugaces: esa existencia me parece árida. Ella tiene brusquedades, impaciencias (no solamente conmigo) que me parecen delatar una desazón. Eso también es seguramente por mi error, esa negativa del amor: mi sentimentalismo la descorazonó, se esmeró para no parecérseme. Hay algo rígido, casi ingrato en sus maneras. Me presentó a algunos de sus amigos y he quedado impresionada por su actitud con ellos: siempre alerta, distante, cortante, su risa no tiene alegría.

*20 de marzo*

Algo no funciona bien en Lucienne. Hay en ella, dudo en escribir la palabra, me da horror, pero es lo único que conviene: maldad. Crítica, burlona, malévola, siempre la he conocido así; pero es con una verdadera rabia que despedaza a la gente que llama sus amigos. Se complace en decirles verdades desagradables. De hecho son simples relaciones. Hizo un esfuerzo por presentarme a gente, pero en general vive muy sola. La maldad: es una defensa; ¿contra quién? En todo caso, no es la muchacha fuerte, brillante, equilibrada, que yo imaginaba desde París. ¿Es que he fracasado con las dos? ¡No, oh, no!

Le pregunté:

—¿Encuentras como tu padre que Colette ha hecho un matrimonio idiota?

—Ha hecho el matrimonio que debía hacer. No soñaba más que con el amor, era fatal que se encaprichase por el primer chico que encontrara.

—¿Era culpa mía, si ella era así?

Rió, con su risa sin alegría:

—Siempre has tenido un sentido muy exagerado de tus responsabilidades.

Insistí. Según ella, lo que cuenta en una infancia es la situación psicológica, tal como existe sin que lo sepan los padres, casi a pesar de ellos. La educación, en lo que tiene de consciente, de deliberado, sería muy secundaria. Mis responsabilidades serían nulas. Magro consuelo. No pensaba tener que defenderme de ser culpable: mis hijas eran mi orgullo.

Le pregunté también:

—¿Cómo me ves?

Me miró sorprendida.

—Quiero decir: ¿cómo me describirías?

—Eres muy francesa, muy *soft*, como se dice aquí. Muy idealista también. Careces de defensa, es tu único defecto.

—¿El único?

—Claro que sí. Aparte de eso, eres animada, alegre, encantadora.

Era más bien sumaria su descripción. Repetí.

—Animada, alegre, encantadora…

Pareció molesta:

—¿Cómo te ves tú?

—Como una ciénaga. Todo es tragado por el cieno.

—Te reencontrarás.

No, y es quizá lo peor. Advierto sólo ahora cuánta estima tenía en el fondo por mí misma. Pero todas las palabras por las cuales intentaría justificarla, Maurice las ha asesinado; el código según el cual yo juzgaba a los otros y a mí misma, él lo ha repudiado. Nunca había soñado en contestarle; es decir, en contestarme. En el presente me pregunto: ¿a título de qué preferir la vida interior a la vida mundana, la contemplación a las frivolidades, la devoción a la ambición? No tenía otra cosa sino crear felicidad alrededor de mí. No he hecho feliz a Maurice. Y mis hijas tampoco lo son. ¿Entonces? No sé nada. No solamente quién soy sino cómo habría que ser. El negro y el blanco se confunden, el mundo es un magma y no tengo ya contornos. ¿Cómo vivir sin creer en nada, ni en mí misma?

Lucienne se escandalizaba de que Nueva York me interesara tan poco. Antes no salía mucho de mi cáscara, pero cuando lo hacía me interesaba por todo: los paisajes, la gente, los museos, las calles. Ahora soy una muerta. ¿Una muerta que tiene todavía cuántos años para ir tirando? Una jornada, ya, cuando abro un ojo, por la mañana, me parece imposible llevarla hasta el fin. Ayer cuando me bañaba, nada más que levantar un brazo me planteaba un problema: ¿por qué levantar un brazo, por qué poner un pie delante del otro? Cuando estoy sola, me quedo inmóvil durante unos minutos sobre el borde de la acera, enteramente paralizada.

*23 de marzo*

Parto mañana. A mi alrededor, la noche está siempre tan espesa. Telegrafié para pedir que Maurice no vaya a Orly. No tengo coraje de afrontarlo. Se habrá ido. Vuelvo y él se habrá ido.

*24 de marzo*

Heme aquí. Colette y Jean-Pierre me esperaban. Cené en su casa. Me han acompañado hasta aquí. La ventana estaba negra; siempre estará negra. Subimos la escalera, ellos dejaron las maletas en el salón. No quise que Colette se quedara a dormir: tendré que acostumbrarme. Me he sentado delante de la mesa. Estoy sentada. Y miro esas dos puertas: el despacho de Maurice; nuestra habitación. Cerradas. Una puerta cerrada, algo que acecha detrás. No se abrirá si no me muevo; jamás. Detener el tiempo y la vida.

Pero sé que me moveré. La puerta se abrirá lentamente y veré lo que hay detrás de la puerta. Es el porvenir. La puerta del porvenir va a abrirse. Lentamente. Implacablemente. Estoy en el umbral. No hay más que esta puerta y lo que acecha detrás. Tengo miedo. Y no puedo llamar a nadie en mi auxilio.

Tengo miedo.

Simone de Beauvoir (París, 1908-1986) se ha convertido en un punto de referencia obligado de la cultura europea del siglo XX. Procedente de una familia burguesa y católica, estudió filosofía en la Sorbona, donde conoció a Jean-Paul Sartre, de quien llegaría a ser inseparable. Hasta la publicación de su primera novela, *La invitada* (1943), ejerció de profesora en Marsella y Ruán, pero a partir de ese momento emprendió una intensa vida intelectual jalonada por ensayos que marcaron una época, como *El segundo sexo* o *La vejez*, relatos como los reunidos en *La ceremonia del adiós* o *La mujer rota*, novelas de gran éxito entre las que destacan *Los mandarines*, por la que obtuvo el Premio Goncourt, *La invitada*, *Todos los hombres son mortales* y *Las bellas imágenes*, y por un extensa autobiografía compuesta por *Memorias de una joven formal*, *La plenitud de la vida*, *La fuerza de las cosas* y *Final de cuentas*.

# Notas

[1] Centre National de la Recherche Scientifique: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. <<